
MC
Un escándalo
MILLONARIO

CONTENTS

Prólogo
Emma
CAPÍTULO 1
Emma
CAPÍTULO 2
Marcus
CAPÍTULO 3
Emma
CAPÍTULO 4
Marcus
CAPÍTULO 5
Emma
CAPÍTULO 6
Emma
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
Marcus
CAPÍTULO 9
Emma
CAPÍTULO 10
Emma

CAPÍTULO 11
Emma
CAPÍTULO 12
Marcus
CAPÍTULO 13
Emma
CAPÍTULO 14
Emma
CAPÍTULO 15
Emma
CAPÍTULO 16
Marcus
CAPÍTULO 17
Marcus
CAPÍTULO 18
Emma
CAPÍTULO 19
Emma
CAPÍTULO 20
Emma
CAPÍTULO 21
Emma
CAPÍTULO 22
Marcus
CAPÍTULO 23
Emma
CAPÍTULO 24
Emma
CAPÍTULO 25

Marcus
CAPÍTULO 26
Emma
CAPÍTULO 27
Marcus
CAPÍTULO 28
Emma
CAPÍTULO 29
Marcus
CAPÍTULO 30
Emma
CAPÍTULO 31
Emma
CAPÍTULO 31
Emma
CAPÍTULO 32
Marcus
Epílogo





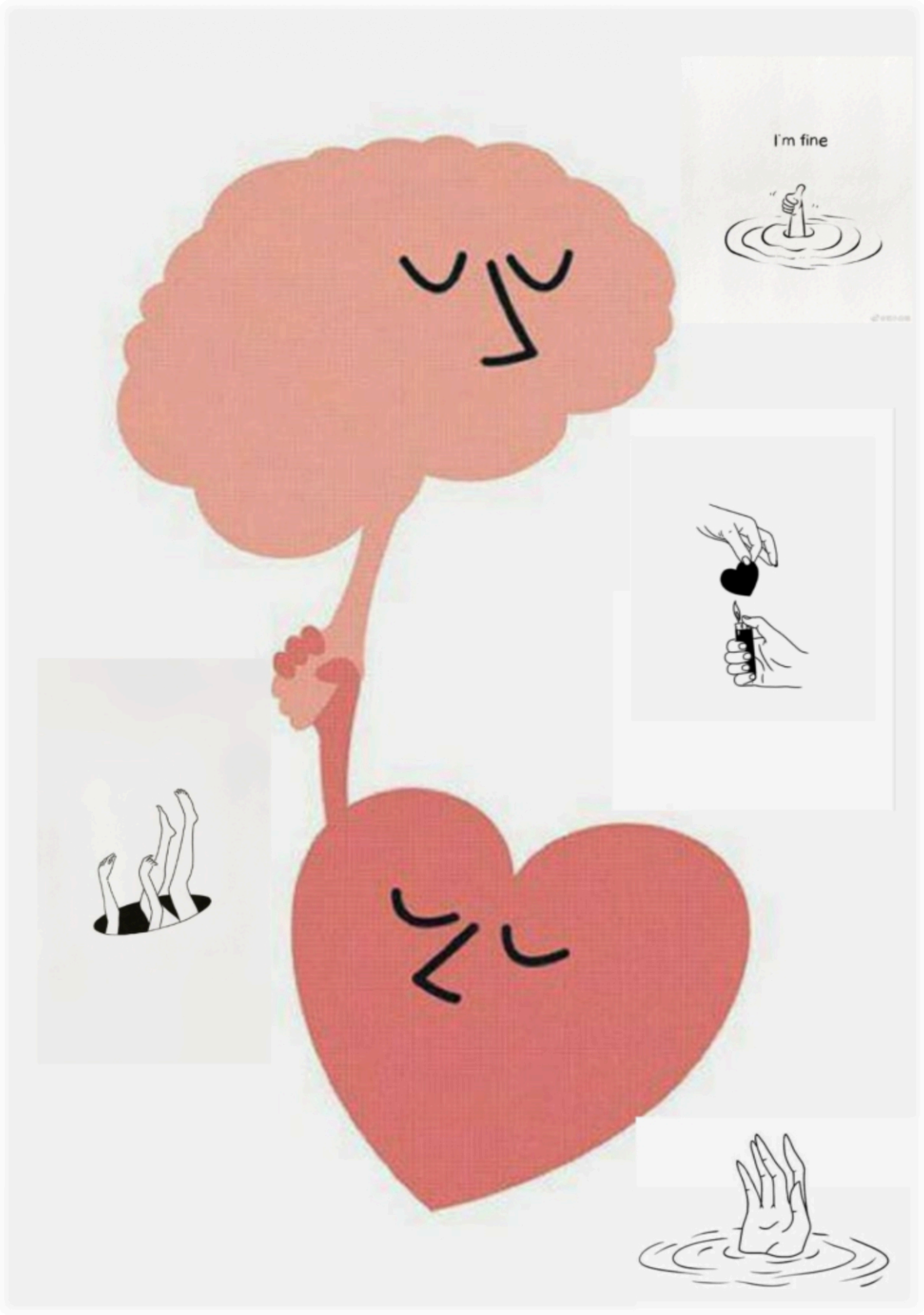
Un Escándalo Millonario

© 2025 Marta Claus
Todos los derechos reservados.

Aviso de derechos de autor:
Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación ni transmitida de ninguna forma o por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro— sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos de autor, excepto en los casos permitidos por la ley.

Cualquier reproducción, distribución, exhibición pública o creación de obras derivadas no autorizadas constituye una violación de los derechos de propiedad intelectual y puede acarrear sanciones civiles y penales.

Fecha de publicación: Octubre de 2025


I'm fine



PRÓLOGO

EMMA

¿En qué momento exacto una mujer pierde el control de su vida?

Spoiler: cuando decide acostarse con Marcus Lancaster. Lo juro. Fue como meter los dedos en un enchufe.

Uno muy atractivo.

Y muy desnudo.

Y con una sonrisa canalla que decía: esto va a ser divertido. Sin mencionar lo que venía después: hasta que deje de serlo.

—¿Segura que quieres esto? Nunca me enamoro, prefiero avisarte antes de que tú sí que lo hagas —me advirtió él, con ese tono grave que debería venir con una foto de advertencia sanitaria, como en las cajetillas de cigarros.

—¿Seguro que puedes con esto? —repliqué, sin pensar, porque estaba demasiado ocupada quitándole la camisa con los dientes debido a la tensión sexual.

Lo nuestro no fue romántico. No hubo velas ni música suave. Hubo tequila, una discusión absurda sobre si el helado de pistacho era asqueroso (lo es), y luego… ropa volando. Paredes tambaleándose. Y gritos, muchos gritos por mi parte.

Y al día siguiente, él con esa maldita sonrisa torcida y diciendo: Ya te llamaré.

Nos dijimos adiós sin dramas. Cada uno a su vida. Caso cerrado. Pero tres semanas más tarde, me encontraba frente al espejo con una prueba de embarazo en la mano, dos líneas rosas y

el repentino impulso de desmayarme. O vomitar. O llamar a Marcus y decirle: ¿Te acuerdas de aquella vez en mi piso, en la encimera, contra la puerta y luego en el sofá? Bueno… pues tenemos un souvenir.

Y ahí supe que mi vida estaba a punto de convertirse en un escándalo millonario. Literalmente.

CAPÍTULO 1

EMMA

¿Sabéis lo que hace una mujer sensata cuando ve dos rayitas rosas en un test de embarazo? Respira hondo. Se sienta. Llama a su médico. Yo, en cambio, estoy de pie, con el test aún en la mano, preguntándome si existe algún santo patrono de las idiotas para encomendarme a él y que quizá como milagro excepcional realice un milagro y me saque de este marrón. Porque de todas las tías con las que Marcus se ha acostado a lo largo de su vida, por lo visto yo he sido la única insensata que no ha tomado las suficientes precauciones como para no preñarse de él.

Y no, no es que lo odie. Bueno, sí. O sea, lo odio… pero en plan ‹‹odio lo muchísimo que me gusta››. Porque Marcus es ese tipo de hombre que debería venir con una sirena de alarma y un cartel de: PELIGRO: se recomienda mantenerse a dos metros de distancia si no quieres acabar desnuda, confundida y con tu vida hecha trizas.

Y, ¿adiviná is qué? No mantuve la distancia.
Claro que no. Yo nunca mantengo la distancia cuando se trata de tomar malas decisiones. Voy directa a ellas.

El caso es que estoy aquí, hablando conmigo misma, y con vosotros, porque necesito testigos en esta catástrofe vital, intentando asimilar que tengo dentro un pequeño… Lancaster.

Madre mía, hasta suena caro.

Y lo peor no es eso. Lo peor es que voy a tener que decírselo. Sí, sí, a ÉL. A Marcus. Al hombre que me dijo: ya te llamaré, después de darme la mejor noche de sexo de mi vida. Al hombre que se pasea por la vida con sus trajes caros, su sonrisa de anuncio de perfume y esa forma irritante de mirarte como si fueras una conquista más.

Lo visualizo en mi cabeza y se me revuelve el estómago. Y no sé si es por las hormonas o porque, honestamente, me muero de miedo.

Porque, vamos a ser claros: si hay algo que Marcus no tiene en su diccionario, es la palabra: padre.

Vale, Emma, respira. ¿Cómo demonios le dices a Marcus Lancaster que va a ser padre sin que te dé un infarto a ti primero?

Porque vamos a ser sinceras: hay varias posibles reacciones en el manual no-escrito-de-los-hombres-que-huyen-del-compromiso.

La número uno: se ríe.

La número dos: me dice que no es suyo.

La número tres: me suelta un: te apañas tú sola con esa sonrisa encantadora, y se marcha a su yate, o a su avión privado, o a donde quiera que los millonarios se refugien cuando la vida se les complica.

Y yo me quedo sola. Con mi barriga. Y con ganas de llorar.

De hecho, sí, estoy llorando. Y bastante feo además, es de ese llanto con mocos y ruido.

—Bravo, Emma —me digo mientras me miro en el espejo con los ojos rojos y la nariz brillante como una bombilla—. Estás guapísima. Cualquier hombre correría a tu lado ahora mismo.

Agarro un pañuelo, me limpio las lágrimas, y justo cuando voy a soltar otro hipido, me doy una hostia. Literal. Un bofetón. No fuerte, no quiero dejarme marca, pero lo suficiente como para espabilarme.

—Emma, eres una tía valiente de cojones. —Lo digo en voz alta, porque necesito escucharlo. Y otra vez, más alto—: ¡Valiente de cojones!

Me miro de nuevo. Y por un segundo casi me creo la mentira.

Así que me enderezo, me acomodo el pelo como si fuera a salir en la portada de Vogue. Spoiler: parezco más la bruja que

invoca demonios en la típica peli de terror. Me repito el nuevo mantra:
Si la vida te da un bebé, te haces la mejor madre del universo. Pasas de Marcus, pasas de su dinero, pasas de todo.

Perfecto.

Resuelto.

Hasta que…

—Mierda. —Me vuelvo a dar un bofetón, porque la imagen de Marcus vuelve a mi cabeza. Su sonrisa. Esa forma de agarrarme como si supiera exactamente dónde tocarme. Ese ‹‹te voy a destrozar y te va a encantar›› que se le escapaba en cada mirada.

Estoy jodidamente loca por él. Y lo peor de todo es que lo sé.

Me dejo caer en el sofá con un suspiro dramático.
Vale. El plan es sencillo: le diré que estoy embarazada. Le dejaré claro que no espero nada de él. Y cuando se ponga en plan Marcus, con sus frases prepotentes y su: tranquila, yo controlo todo, me largaré antes de que me rompa otra vez.

¿A que suena bien? Sí, sí, claro. Suena bien… Hasta que esté delante de él.

Cierro los ojos y lo llamo.

Al segundo tono responde con un simple hola, y yo hablo:

—Marcus, tenemos que vernos.

Por su parte silencio. Pasa un segundo, dos, y entonces, su voz, esa voz grave que debería estar prohibida por el ministerio de Sanidad suena de nuevo.

—Ey, nena, pensé que nunca me llamarías después de lo bien que nos lo pasamos.

Él dijo ya te llamaré, y no lo hizo.

Respiro hondo. *Emma, concéntrate. No estás llamando para… eso.*

—No te confundas, quiero decirte algo. No es para lo que crees.

—¿Segura? —contesta, con esa ironía que me atraviesa la piel—. ¿No te gustaría que te desnudase en el recibidor de tu casa, que me arrodillase sobre tu cuerpo, que metiera la lengua dentro de tu…?

Pum.

Sí, lo habéis escuchado bien. Suena una hostia. Y sí, me la he dado yo misma.

—¡Basta! —grito, con la mejilla ardiendo. Porque lo peor no es que Marcus diga esas barbaridades, lo peor es que mi cuerpo ya estaba reaccionando al escucharlas. Se me estaba calentando la piel, el cerebro, el alma… y todo lo demás.

Respiro otra vez, como si estuviera en una clase de yoga.

—No, Marcus. No. Quiero que vengas a mi casa a las seis. Un café y hablamos.

—Como tú quieras, princesa —responde, y puedo escuchar la maldita sonrisa en su voz—. Pero te adelanto que llegaré recién salido del gimnasio, y eso quiere decir recién duchado.

Mi corazón da un vuelco. Y mi cabeza también. Porque en cuanto cuelga, mi mente me traiciona: lo veo a él, con el pelo aún húmedo, la toalla resbalando por su cuerpo, sus pectorales brillando con gotitas de agua, esos abdominales de revista, esos brazos que podrían levantarme sin despeinarse, y…

—¡Mierda! —exclamo. Y sí, lo confieso: me doy otro bofetón. Tercero del día. Esto ya es un récord.

Y antes de que la cosa vaya a peor, cuelgo de inmediato, tiro el móvil al sofá y me voy directa a la ducha. Con agua fría. Helada. Como si estuviera entrenando para un campeonato de natación en el Ártico. Porque, creedme, cuando Marcus Lancaster se te mete en la cabeza… necesitas un extintor.

Son las cinco y media. Él llega a las seis.
Tengo media hora. Treinta malditos minutos para decidir cómo voy a empezar a arruinar mi vida.

Me siento en el sofá. Me levanto. Me siento otra vez. Me levanto de nuevo. ¿Cuántas calorías se queman en un ataque de ansiedad? Porque con el sube-baja que llevo, creo que he adelgazado dos kilos.

Vale. Repaso mental:

Opción A: abrir la puerta y soltarlo de golpe. Hola, Marcus, ¿qué tal? Por cierto, estoy embarazada y es tuyo. ¿Quieres azúcar en el café?.
Mmm… demasiado brusco. Podría sufrir un paro al corazón, caer al suelo y morir. No quiero un muerto en el salón.

Opción B: charlamos primero, café en mano, conversación tranquila, y luego, con voz serena, le digo: Marcus, estoy esperando un hijo tuyo.
Sí, claro, voz serena. Como si yo supiera qué es eso. Lo más probable es que termine con un ataque de hipo. Me ocurre cuando estoy nerviosa.

Opción C: me hago la misteriosa, hablo en metáforas, rollo película dramática. Dentro de mí late algo que cambiará nuestra vida para siempre.
…Vale, no. Eso suena más a tráiler de cine de terror que a confesión real.

Respiro. Respiro otra vez. Y otra.

Emma, tranquila. Solo es Marcus. El hombre con el que te acostaste en un momento de debilidad. El que te sonríe como si el mundo fuera suyo. El que te hace pensar en pecados capitales cada vez que lo imaginas sin camiseta. El que, probablemente, cuando le digas lo del bebé, va a salir corriendo más rápido que Usain Bolt.

Se me humedecen los ojos. Genial. Ya estamos con el llanto. Lo que me faltaba.

—No, no, no. —Me doy una hostia ligera en la mejilla—. ¡Nada de llorar, Emma! Eres una tía fuerte, valiente, de cojones. Si la vida te da un bebé, pues te conviertes en la mejor madre del universo y punto. Y pasas de él. De ese idiota que folla como nadie, que te desquicia, que…

Me quedo en silencio. Mierda. Acabo de darme cuenta de que sigo loca por él.

Me doy otra bofetada. Ya van cinco. El récord olímpico de autogolpes.

El reloj marca las cinco cincuenta y cinco. Cinco minutos. Cinco minutos para decidir cómo voy a cambiarlo todo. Y justo cuando empiezo a repetir en mi cabeza un discurso improvisado…

¡Ding dong!

El timbre. Ya está aquí. Marcus Lancaster. Recién duchado. Y probablemente dispuesto a convertirme en un desastre mayor del que ya soy.

Me miro en el espejo del recibidor por quinta vez. Me retoco el pelo, me pellizco las mejillas para que parezcan más sonrosadas y sonrío… Bueno, sonrío como una psicópata que está a punto de confesar un asesinato, o a cometerlo.

—Relájate, Emma, respira. —Me susurro.

Alargo la mano para abrir la puerta y… no. Espera. ¡Una última revisión! Paso los dedos por el cabello, me coloco un mechón detrás de la oreja, me giro un poco de perfil para comprobar si la barriga ya se nota. Vale, todavía no, pero yo la siento como si estuviera en la semana treinta y dos.

Me doy una bofetada suave en la mejilla.

—¡Concéntrate! No te vas a poner a pensar en su sonrisa ni en sus abdominales. Esto es serio. ¡Serio! —resoplo—. Y si hace falta, me doy otra.

El timbre vuelve a sonar. Vale, Emma. Es ahora o nunca.

Abro la puerta. Y zas. Oh, Dios. Oh, Dios. Oh, Dios.

Ahí está él. Marcus Lancaster. Recién duchado, con el pelo húmedo, la camiseta ajustada marcando cada maldito músculo de su cuerpo perfecto, y ese perfume… Ese maldito perfume que me atraviesa como un misil y me grita: *déjate hacer todo cuanto desee*.

Las bragas. Mojadas. En solo tres segundos.

Sonríe con esa maldita sonrisa ladeada que debería estar prohibida por la OMS.

—Guau… —dice, paseando sus ojos por mi cuerpo—. Estás preciosa, nena. Esos kilitos que has cogido te sientan de miedo.

Y entonces… yo lo suelto. Así. Sin anestesia.

—Pues esos kilitos de más deben ser culpa de la semilla que pusiste en mí hace casi un mes.

¡Mierda! Lo he dicho.

Silencio. Redoble de tambores mental.

¡¡¡¿Qué he hecho?!!! ¡No! ¡Eso no estaba en el plan! Yo había ensayado mentalmente veinte formas distintas de decírselo, y en ninguna de ellas usaba la palabra *semilla* como si fuese una telenovela turca.

Me muerdo el labio, escondo mi cara detrás de mis manos queriendo meterme debajo de la alfombra y no salir nunca.

Miro entre los dedos.

Marcus me mira, pestañea una vez, dos… y la sonrisa canalla se borra de golpe de su cara.

Ay, Dios. Se avecina una buena.

Marcus me agarra de la mano, da un paso dentro y, con la otra, cierra la puerta de golpe. El portazo retumba en mi pecho como un eco que grita: se acabó tu vida tranquila, Emma.

Sus ojos azules —tan bonitos como mortales— me taladran.

—¿Qué cojones acabas de decirme? —pregunta, con la voz tan grave que me tiemblan hasta las pestañas—. ¿Estás…? ¿Estás embarazada?

Yo asiento. Torpemente. Tragando saliva como si fuera arena.

—Joder, coño… —Él se lleva las manos al pelo, después a la cara, después a la nuca. Parece un hombre a punto de autodestruirse—. ¡Menudo marrón! No puede ser. Es imposible. ¡Usamos protección!

—Pues en ese casi imposible es donde ha pasado —respondo, cruzándome de brazos, como si eso me diera autoridad cuando en realidad me estoy derrumbando por dentro—. Quizá antes de la protección… ya sabes… una gotita de tu semen fue suficiente para crear vida. ¿Cómo era eso que dicen? Ah, sí, antes de llover chispea.

Marcus gime como si le hubieran dado un golpe en el estómago y se pasa las dos manos por la cara, desesperado.

Yo, intentando mantener la calma, suelto:

—Pero no te preocupes, ¿vale? No te he hecho venir aquí para exigirte nada. No quiero que seas el padre perfecto de este bebé. Solo quería decírtelo porque… yo no soy de las que se callan las cosas. Solo eso.

Levanta la cabeza de golpe y me mira como si acabara de insultarlo.

—Está bien. Voy a tener un hijo. No pasa nada. Todo está bien —habla deprisa, como si tratara de convencerse a sí mismo—. Habrá que pensar en un nombre, en dónde lo criaremos, en el colegio al que irá.

—No, no, no, no, no —lo detengo con las manos en alto, como si así pudiera frenar la avalancha Marcus Lancaster—. Este niño es mío. Y tú y yo no vamos a decidir nada juntos como si fuésemos un matrimonio.

Él se cuadra, veo que los músculos se le tensan, la mandíbula la aprieta, y por un segundo me da miedo. O excitación. O ambas cosas, porque con Marcus nunca sé dónde acaba una y empieza la otra.

—Es *mi* hijo, Emma —su voz es pura furia—. Y no vas a prohibirme ser su padre.

Me quedo helada. De repente, la realidad me golpea con la fuerza de un tren.

Voy a tener un hijo con Marcus Lancaster.
Voy a estar atada a este hombre toda mi vida.
Voy a sufrir cada vez que tenga que verlo, olerlo, respirarlo… Y lo peor: voy a seguir mojándome cada vez que me sonría de esa forma.

Mierda.

Lo miro, con esos ojos tan intensos que parecen capaces de arrancarme la ropa sin tocarme. Y justo por eso, precisamente por eso, no quiero que esté cerca.

Porque Marcus Lancaster no es un hombre de quedarse. Es un hombre de pasar. De arrasar. De dejar huella y después irse con otra, con esa sonrisa torcida y esas manos grandes que ya han recorrido mi piel como si le perteneciera.

Y si lo tengo cerca… Si lo veo aparecer cada semana con una mujer distinta del brazo… Me voy a morir. Literalmente. Una parte de mí va a romperse cada vez, hasta no quedar nada.

No lo digo en voz alta. Jamás lo admitiría. Así que solo cruzo los brazos y me obligo a mantener la frente en alto.

—No vamos a criar a este bebé como si fuésemos pareja. Acéptalo.

Él da un paso hacia mí, demasiado cerca, tanto que siento su perfume envolviéndome como una trampa.

—Eres increíble. Me dices que estás embarazada y pretendes dejarme fuera, ¿en serio? —su voz es grave, controlada, pero en el fondo noto la rabia—. Es *mi* hijo. No pienso mirar desde la barrera mientras lo crías sola.

Quiero gritarle que no se trata de eso. Que no lo aparto porque no pueda ser un buen padre. Que lo aparto porque yo no sé

sobrevivir a él.
Pero me muerdo la lengua.

Si lo supiera… si supiera que cada vez que me sonríe me tiemblan las rodillas, que cada vez que lo recuerdo desnudo tengo que darme una bofetada para volver a la realidad… Marcus tendría todo el poder sobre mí si supiera todo.

Y yo no pienso darle más armas.

—No estás entendiendo nada —le digo, con la voz firme aunque por dentro me tiemble todo—. Yo no necesito que vengas a salvarme ni a salvar a este bebé. Yo puedo con esto.

—Y yo no necesito tu permiso para ser padre —me replica, rápido, cortante, dejando la frase suspendida entre los dos como una amenaza.

Trago saliva. Y entonces me golpea la certeza.

Voy a estar atada a Marcus Lancaster para siempre. No importa cuánto corra, cuánto lo odie, cuánto lo desee. Siempre va a estar ahí. Con su sonrisa, con su cuerpo, con su puta arrogancia… y con mi hijo en sus brazos.

Y yo no sé si eso me da más miedo… o más ganas de lanzarme sobre él y olvidarlo todo.

CAPÍTULO 2

MARCUS

Salgo del apartamento de Emma con el cerebro a punto de explotar. Ni me molesto en fingir calma. Bajo las escaleras como si fueran mi sparring y, en cuanto pongo un pie en la calle, la puerta de mi limusina se abre.

—A casa de Dylan —ordeno al chófer antes incluso de sentarme.

Cierro de un portazo, me dejo caer contra el asiento de cuero y saco el móvil. Marco el número de mi abogado de confianza. Sí, ese pobre desgraciado que me ha sacado de líos más veces de las que debería confesar.

—Necesito un contrato exclusivo. Para mí. Hoy mismo. —Mi tono no admite réplica.

—¿De qué tipo de contrato hablamos, señor Lancaster? —me responde su voz.

—Del tipo que garantiza que nadie, absolutamente nadie, va a apartarme de lo que es mío. Nos vemos en casa de Dylan en dos horas. —Cuelgo.

Silencio. Solo mi respiración y el zumbido del motor es lo que se escucha.

¿En qué jodido momento se me fue la vida de las manos? Un bebé. Voy a ser padre. Padre.
Joder, ¿cómo ha podido ocurrir?

Lo repaso mentalmente como si fuera un expediente: protección, precauciones, experiencia de sobra en no dejar cabos sueltos. Y, aun así, aquí estoy, pensando en pañales y biberones cuando lo único que tenía en mente era un viaje a México para

cerrar un acuerdo millonario. México. Ese era mi plan, mi prioridad, mi escape. Y ahora… ¿qué demonios hago?

Me froto la cara con las manos. No estoy preparado para esto. No es mi estilo, no es mi vida. Yo no me comprometo, yo disfruto. No monto cunas ni decido nombres de guardería. Y, por si fuera poco, tengo otra pregunta martillándome el cráneo:

¿Debería cancelar mi cita de esta noche?

Porque, seamos claros, anoche conocí a Lidia, la azafata de mi vuelo. Altísima, piernas interminables, esa sonrisa que decía: haz conmigo lo que quieras. No hizo falta ni invitarla a cenar: ya quería follar en la primera copa. Y yo… bueno, yo no soy de los que pierden el tiempo.

Pero ahora todo suena a chiste malo. ¿De verdad voy a estar follando con una azafata mientras mi cabeza repite: tienes un hijo en camino?

Me río. O quizá gruño, no estoy seguro.

—Increíble, Lancaster. Eres un puto desastre.

Y lo peor es que, con todo y con eso, una parte de mí sigue deseando la cita. Lo cual confirma lo que siempre me han dicho: Marcus Lancaster no merece la pena como pareja.

Y ahora sé que tampoco como padre.

Ya hemos llegado, bajo del coche, toco el timbre y respiro hondo. No me gusta pedir favores. Menos aún a mi hermano mayor. Pero hoy necesito un lugar donde nadie me joda la cabeza más de lo que ya la tengo jodida, y además también quiero decirle lo que está pasando antes de que su maravillosa mujer le cuente lo que su mejor amiga tenga preparado.

La puerta se abre y aparece Dylan, con ese aire de recién casado feliz que me da ganas de vomitar.

—¿Estás solo? —pregunto, antes siquiera de saludar.

—Sí. Tessa salió a hacer unas compras. ¿Por?

Suelto aire. Bien, no me apetecía encontrarme con la mejor amiga de Emma justo ahora. Bastante tengo encima.

—Perfecto. —Entro como si la casa fuera mía y me tiro en el sofá—. Estoy en un buen lío.

—¿Y cuándo no? —replica Dylan, cruzándose de brazos.

—No, en serio. Es… gordo. —Lo miro, preparo la frase en mi cabeza y la suelto—. Voy a ser padre.

Dylan me observa. Ni parpadea. Después se ríe, como si hubiera contado el mejor chiste del año.

—Buena esa. ¿De verdad esperas que me crea una estupidez así? Tú, Marcus, padre… venga ya.

—No es broma. Emma está embarazada.

Ahí sí que se le congela la sonrisa. Me señala con un dedo acusador.

—¿Emma? ¿La Emma de Tessa? ¿La que conoces hace… qué? ¿Un mes?

—Algo así. —Levanto las manos, quitándole hierro—. Oye, no lo planeé. Pasó y ya.

Dylan se lleva la mano a la frente y suelta un bufido.

—¿Y qué vais a hacer?

—Ya está en camino mi abogado.

Él abre mucho los ojos, como si hubiera dicho que voy a invocar al demonio.

—¿Tu abogado? ¿Para qué? ¿Por qué no hablas con ella? Llegáis a un acuerdo como dos adultos normales…

—Porque yo no hago acuerdos normales. Yo hago contratos. Y este tiene que estar blindado.

Dylan me mira como si me hubieran cambiado por un *alien*.

—Marcus… estamos hablando de un bebé, no de una fusión empresarial.

—Exacto. Justo por eso necesito un contrato más sólido que una fusión.

El timbre suena y sonrío satisfecho.

—Ese debe de ser él. —Me levanto y abro.

Mi abogado, impecable como siempre, entra con un maletín. Nos sentamos los tres alrededor de la mesa del salón.

—Empezamos —digo, sacando una lista improvisada en el móvil—. Necesito que quede bien claro que la madre de mi hijo nunca accederá a mi fortuna. Después de eso, prosigamos: Punto uno: el nombre será elegido de común acuerdo. Punto dos: el bautismo se realizará en la iglesia familiar, la de siempre. Punto tres: la madre vivirá en una casa adecuada, quiero especificar la ubicación para asegurarme de que mi hijo esté en un entorno decente.

—Marcus… —Dylan me interrumpe, alzando una mano—. Para. No puedes poner eso en un contrato. Y menos con Emma. La conoces tan poco que no entiendes lo rápido que va a mandarte al infierno si le llegas con este papel.

—Te equivocas —me río, inclinándome hacia él—. Firmará. Porque, si no, se enfrentará al temible Marcus Lancaster. Y créeme, hermano, eso no le conviene a nadie. Es mi hijo, y haré lo que quiera.

Dylan me fulmina con la mirada.

—Se te olvida algo, Marcus. También es su hijo.

Silencio.

Me quedo con la mandíbula apretada, sintiendo cómo la tensión llena la habitación.

—¿De qué lado estás, Dylan? —pregunto al fin, con un nudo en el estómago disfrazado de soberbia.

—Del lado correcto.

Cierro el puño, conteniendo las ganas de estallar. Me levanto de golpe, cojo a mi abogado del brazo y lo arrastro hacia la puerta.

—Nos vamos. Ya hablaremos en privado.

Salgo de la casa echando humo, convencido de que Dylan no entiende nada.

La calma de la casa de Dylan Lancaster se rompió en cuanto Tessa abrió la puerta con varias bolsas colgando de los brazos. Sonreía, todavía con el aire fresco de la calle en las mejillas.

—Hola, amor. ¿Qué tal la mañana? —preguntó con naturalidad mientras dejaba las compras sobre la encimera de la cocina.

Dylan, sentado en el sofá, se incorporó con cierta rigidez. No era el tipo de bienvenida que ella esperaba.

—Tranquila… —respondió, aunque la expresión de su rostro decía lo contrario.

Tessa lo observó con sospecha, arqueando una ceja.

—¿Seguro? Tienes cara de haber discutido con alguien.

Él dudó un segundo antes de contestar, como si buscara las palabras más prudentes del diccionario.

—Digamos que he tenido visita.

—¿Quién? —preguntó distraída, mientras sacaba fruta de una bolsa.

—Marcus.

El movimiento de sus manos se congeló. Tessa lo miró de golpe, y se puso en alerta.

—¿Marcus aquí? ¿Y qué quería?

Dylan se pasó la mano por la nuca. Era la señal inequívoca de que venía algo gordo.

—Emma le ha dicho hoy a mi hermano que está embarazada.

Las manzanas rodaron por la encimera hasta golpear el suelo con un par de golpes secos. Tessa parpadeó, incrédula.

—¿¡Qué!? ¿Hoy? Pero si me lo dijo hace más de una semana a mí —su voz resonó por toda la estancia.

—Escúchame, Marcus no se lo está tomando de la mejor de las maneras.

—¡¿Cómo que no se lo está tomando bien?! —estalló, llevándose las manos a la frente. Caminaba de un lado a otro de la cocina como un torbellino furioso—. ¡Emma está embarazada! Él puede estar o no estar, pero no veo el problema.

Dylan se levantó y la tomó suavemente por los hombros, intentando aplacar la tormenta.

—Precisamente por eso. Parece que quiere estar demasiado. Quiere decidirlo todo, absolutamente todo. Haz el favor de no

llamarla para decirle nada. Si la llamas ahora, lo único que harás es echar más leña al fuego. Marcus ya ha complicado bastante las cosas.

—¿Qué ha hecho? —preguntó impaciente.

Él soltó un suspiro resignado.

—Ha traído a su abogado. Quiere redactar un contrato. Con cláusulas, condiciones… como si fueran socios de una empresa.

Tessa se quedó boquiabierta unos segundos, antes de explotar:

—¡Ese imbécil arrogante! ¡Un contrato para un bebé! ¿Se puede ser más egocéntrico?

—Ya lo sé, Tess. Yo mismo se lo dije. Pero no me escuchó. Por eso necesito que no llames a Emma todavía. Déjame hablar con él esta tarde, a solas. Quizá consiga que lo vea de otra manera, que deje de tratar esto como un negocio.

Ella lo miró con un fuego tan intenso que podría haber quemado hasta las paredes.

—¿Y si mientras tanto Emma se entera por otro lado de la estupidez del contrato?

—Confiemos en que Marcus no tenga la brillante idea de aparecer con el papel antes de tiempo.

—Confiemos… —repitió ella, nada convencida. Agachándose, recogió una de las manzanas caídas del suelo y la apretó entre las manos como si fuera la mismísima cabeza del hermano de su marido.

CAPÍTULO 3

EMMA

El teléfono vibra sobre la mesa de la cocina. Miro el número y me quedo helada. Tessa. Claro que es Tessa. Si el universo quiere que me muera de un infarto antes de los treinta, va por buen camino.

Respiro hondo y descuelgo.

—¿Sí?

—¿Sí? ¿En serio? —su tono me arranca una carcajada nerviosa—. Llamo a mi mejor amiga, o eso creía que era, hasta que me he enterado de que ha tardado en comunicar una noticia que no me parece que debería haber escondido tanto tiempo. Ni más ni menos que dos semanas. Y me respondes con un ¿sí?.

—Hola, Tess.

—Eso está mejor. Hola, Emma. Voy a tratar de calmarme y empezaré de nuevo. ¿Cómo estás?

Cierro los ojos un momento. La pregunta pesa más de lo que debería.

—Bien —miento como una campeona olímpica—. Genial. Feliz como una perdiz.

Ella resopla al otro lado.

—Emma, te conozco desde que tenías coleta y aparato en los dientes. Te recuerdo que no puedes mentirme.

Me muerdo el labio. No quiero llorar, pero siento el nudo en la garganta.

—No sé, Tess. Es… demasiado. Todo esto es demasiado.

Silencio. Eso es lo que se escucha. Solo su respiración al otro lado, paciente, como siempre.

—¿Por qué no se lo contaste antes? —pregunta al fin, bajando la voz—. ¿Por qué esperar hasta ahora?

La pregunta me atraviesa como un puñal.

—Por miedo —susurro—. Porque no es fácil, ¿vale? Tenía esa vocecita en mi cabeza repitiendo: Emma, es Marcus, el hombre con alergia al compromiso, el que nunca repite con la misma mujer, el que convierte cada cama en un campo de batalla y después huye como si le persiguiera la policía. ¿Cómo se lo decía? ¿Cómo le decía que estaba embarazada de él?

Mis propias palabras me hacen arder los ojos.

—Además —añado—, tenía miedo de que no quisiera saber nada. O peor, de que me dijera que el bebé no era suyo.

—Oh, Emma… —su tono es un abrazo que traspasa la línea del teléfono.

No sé en qué momento me rompo, pero de pronto estoy llorando, con los sollozos ahogándome.

—Es que… no es solo eso, Tess.

—¿Qué más, cariño?

Me tapo la cara con la mano, como si así pudiera esconderme de mi propia confesión.

—Estoy enamorada de él.

La palabra queda ahí, clavada entre nosotras. Cruel, dura, inevitable.

Al otro lado, Tessa tarda en responder.

—Ay, Emma…

—Lo sé. Es una pésima idea. Es el peor hombre posible. Lo odio, te lo juro que lo odio, pero cuando lo veo, cuando me mira… es como si me arrancaran el aire. Y lo peor de todo es que lo deseo. Lo deseo incluso cuando sé que voy a salir herida.

El silencio de Tessa se vuelve pesado, incómodo. Hasta que habla con esa franqueza brutal que la caracteriza.

—Pues voy a ser la mala de la película. Emma, tienes que olvidarte de ese capullo.

Me río entre lágrimas, aunque es un sonido roto.

—Como si fuera tan fácil.

—No, no lo es. Pero tienes que hacerlo. Porque Marcus Lancaster no es hombre para ti. Ni para ninguna.

No respondo. Solo lloro un poco más, con ese dolor mezclado de amor, deseo y frustración que me está destrozando por dentro.

—Escúchame bien —continúa Tessa, más firme todavía—. No puedes permitir que este imbécil decida tu vida. No puedes darle ese poder.

—Pero él ya lo tiene —respondo bajito, como si admitiera un crimen.

Y ahí es cuando lo suelta.

—Pues prepárate, porque acabo de enterarme de algo que va a ponerte los pies en la tierra.

Me seco las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Qué?

Ella duda un instante, y su voz sale cargada de rabia.

—Marcus vino hoy a ver a Dylan a nuestra casa mientras yo no estaba. ¿Y sabes qué hizo? Llevó a su abogado.

Me quedo muda.

—¿Su… qué?

—Su abogado, sí. Quería redactar un contrato. —Hace una pausa, como si no pudiera creerlo ni ella—. Con cláusulas. Condiciones. Como si estuviera comprando una propiedad y no hablando del hijo que llevas en tu vientre.

El corazón me da un vuelco doloroso.

—¿Un contrato? —repito, incrédula.

—Un contrato —insiste ella—. Sobre dónde vivirás, cómo se llamará el niño, dónde se bautizará… ¿te das cuenta del nivel de egoísmo de ese hombre?

Siento que algo dentro de mí se endurece. Como si, de pronto, las lágrimas se secaran y el fuego ocupara su lugar.

—Ese… —mi voz tiembla—. Ese completo gilipollas.

—Emma…

—Ese necio arrogante. Ese ególatra insoportable. Ese egoísta de mierda. —Me levanto de golpe, como si no pudiera seguir sentada, y empiezo a pasear por la cocina—. ¿Un contrato? ¿Para decidir sobre mi hijo? ¡MI hijo!

—Cariño, lo sé. Por eso te lo cuento. Para que reacciones.

Y reacciono. De golpe. Siento la audacia entrar en mi pecho como un trueno.

—Pues se acabó. Si Marcus cree que puede tratarme como a una rival más en sus negocios, está muy equivocado. No voy a permitirlo.

—Así se habla —dice Tessa, con un deje de orgullo.

—Que se prepare, porque acaba de declararme la guerra.

Al otro lado, mi mejor amiga suelta un suspiro, mezcla de alivio y preocupación.

—Sabía que ibas a decir eso.

Yo aprieto los puños.

—Voy a demostrarle que no me conoce.

Solo mi respiración agitada y el eco de mis propias palabras es lo que escucho. Y entonces me doy cuenta de que estoy temblando.

Marcus Lancaster no sabe aún en qué lío se ha metido. Pero lo descubrirá muy pronto.

Nos despedimos Tessa y yo de esa conversación tan reveladora, y escucho en la puerta tres golpes fuertes. Sí, tres toques firmes, autoritarios.
No hace falta ni mirar por la mirilla. Sé perfectamente quién es.

Respiro hondo, arrastro las lágrimas que segundos antes rodaban por mis mejillas, seco las manos en el pantalón y voy a abrir. Y ahí está. Marcus Lancaster en todo su esplendor: traje oscuro, postura arrogante, y en la mano un portafolios de cuero que parece contener la mismísima sentencia de mi vida.

—Emma. —Su voz suena grave, como si me estuviera notificando un embargo.

Arqueo una ceja.

—Marcus. Qué sorpresa. ¿Vienes a traerme flores? Qué detalle por tu parte, no sabía que eras de esos.

Un tic le salta en la mandíbula. Siempre me fascina lo poco que le gusta que me ría en su cara.

—Necesitamos hablar —dice.

Claro que sí.

—Ya lo veo. —Le abro paso—. Adelante, señor Lancaster.

Entra como si fuera dueño del lugar. Odio esa forma de caminar, esa seguridad de yo lo controlo todo. Coloca el portafolios sobre mi mesa, lo abre con la calma de un verdugo sacando la espada, y despliega un montón de papeles. Ni una arruga, ni una esquina torcida. Todo perfectamente alineado. Tan Marcus que dan ganas de vomitar.

—He redactado un contrato —dice, sin un atisbo de ironía—. Con las condiciones necesarias para garantizar el bienestar del niño.

¿Un contrato? ¿En serio? Una carcajada se me escapa, seca, incrédula.

—Un contrato. Qué original. Supongo que la cláusula número uno dice que yo tengo que arrodillarme y agradecerte por permitirme respirar.

Él ni parpadea.

—He incluido disposiciones básicas: custodia, decisiones educativas, residencia…

Ahí se me cruzan los cables. Le pego un manotazo a los papeles y salen volando por la mesa.

—¡No soy tu empresa, Marcus! ¡No soy un negocio que puedas controlar a golpe de cláusulas!

Él se inclina sobre la mesa, acercándose lo suficiente como para que huela su maldito perfume caro.

—Y yo soy su padre. No me apartaré.

Siento un escalofrío recorrerme la espalda, pero me planto firme.

—¿Y crees que imponiéndome un contrato me vas a doblegar? —mi voz suena más baja de lo que esperaba, pero es que tenerlo cerca intimida—. Pues escucha bien: conmigo no funciona tu manual de empresario de acero.

Su mirada se clava en mí. Oscura. Intensa. Y, por un segundo, parece que no sabe si besarme o devorarme. Pero claro, Marcus siempre elige devorar.

—Esto no va de ti o de mí. Va del niño.

—¡Oh, por favor! —bufido teatral incluido—. Esto va de tu ego. De tu necesidad de controlarlo todo. Ni siquiera piensas en el bebé, piensas en ti.

Él aprieta la mandíbula, respira fuerte. Está a punto de explotar, lo noto. Y por alguna razón, esa tensión me da fuerzas.

—Quizá. Pero aunque no lo creas, también pienso en ti.

¿En mí? Por un segundo me desarma. Pero me recompongo rápido.

—¿En mí? ¿O en lo cómodo que sería tenerme bien atada bajo tu control?

Se le curva un labio, arrogante, condescendiente.

—Admítelo: estás feliz porque voy a resolverte la vida.

—Eres un imbécil. No te necesito. Te quiero bien lejos de mí.

—Ya lo tengo. Te asusta que me dé cuenta de lo que sientes por mí.

Zas. Directo al hígado. Siento cómo me arde la cara, pero no voy a darle el gusto.

—¿Asustarme? No, Marcus. Lo que siento por ti me enferma. Y créeme: pienso curarme.

Lo digo despacio, como si cada palabra fuera una bomba. Y él… sonríe. ¡El muy cabrón sonríe! Esa sonrisa que se le dibuja en la cara y te dan ganas de estamparle algo en la cabeza.

—Al final tendrás que firmar —dice, tranquilo, seguro de sí mismo.

Cojo uno de los folios del suelo. Lo levanto entre nosotros y lo rasgo despacio, mirándole a los ojos. No aparto la mirada ni cuando el papel se parte en dos.

—Ni aunque me lo implores de rodillas.

Su respiración cambia. Lo noto en su pecho, en el leve temblor de su mandíbula. Marcus Lancaster, contenido por los pelos.

—No sabes con quién estás jugando.

Sonrío, fría, letal.

—Lo sé mejor que nadie. Con un gilipollas arrogante que va a descubrir que yo también sé jugar.

Él recoge los papeles desperdigados con movimientos tensos, bruscos, pero sin dejar de mirarme. Me fulmina con los ojos, como si quisiera atravesarme.

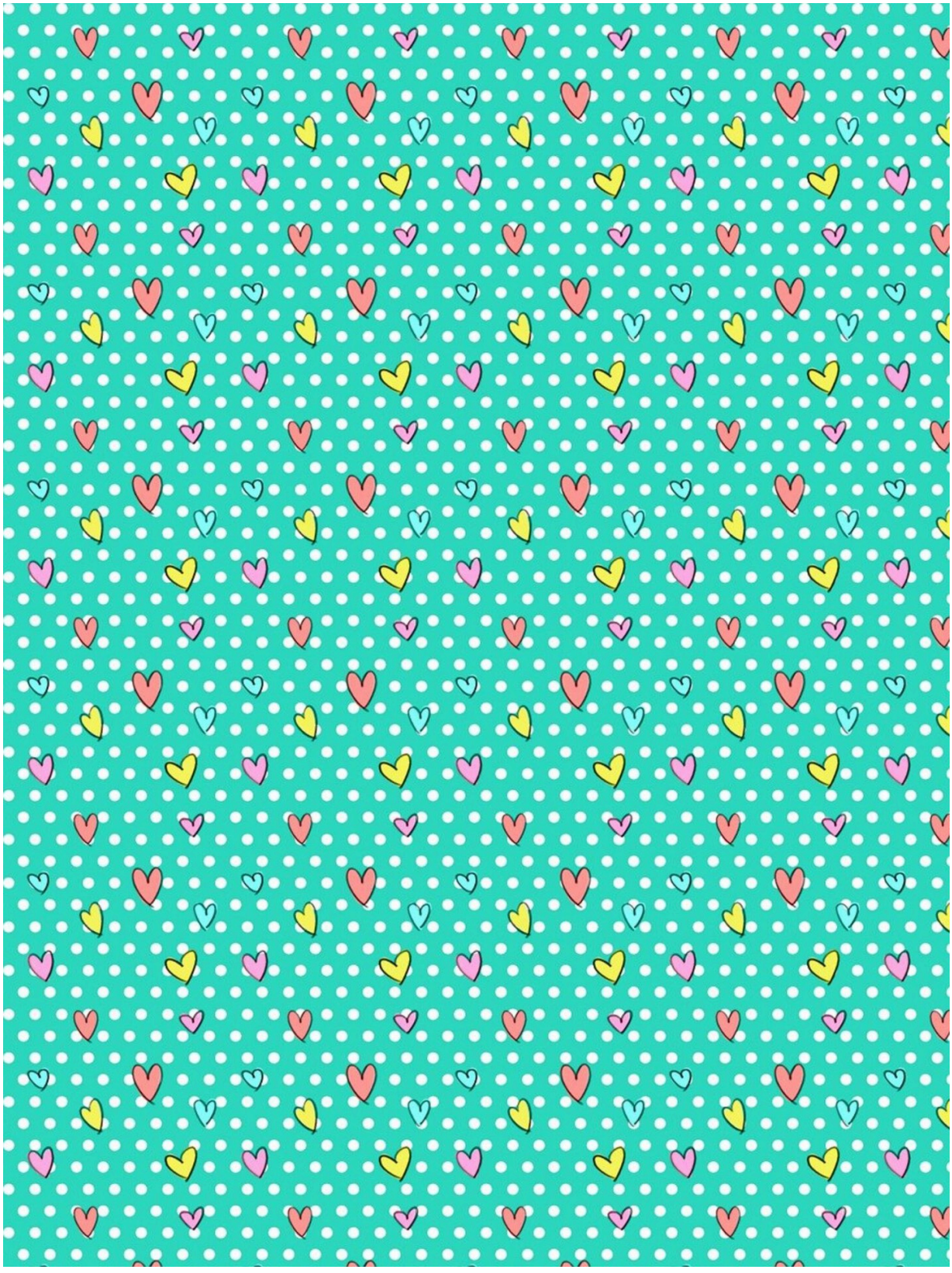
—Esto no ha terminado.

—Ni de lejos. —Cruzo los brazos y me mantengo firme, como si llevara armadura—. Prepárate, Lancaster, porque acabas de declararme la guerra.

Cierra el portafolios de golpe. El ruido resuena como un disparo. Y se va, sin mirar atrás.

Yo me quedo allí, con el corazón latiéndome en las sienes, la garganta ardiendo, pero con una certeza nueva: ya no soy la mujer temblorosa que se dejó arrastrar a su cama. Ahora soy la mujer que le planta cara.

Y Marcus… Marcus acaba de encontrarse con su peor pesadilla: alguien que no piensa inclinarse ante él.



CAPÍTULO 4

MARCUS

No iba a volver. Juro que no. Pero a medio camino, con el contrato todavía en el maletín y su cara furiosa grabada en mi cabeza, tuve que dar media vuelta.

No sé… algo en mí repetía que había sido demasiado duro. Que estaba embarazada, coño. Que igual no podía dejar las cosas así.

Mentira.

La verdad es que la rabia de Emma me excita como nada en este mundo.

Golpeé la puerta esta vez con más calma, y creo que fue eso lo que le hizo pensar que sería otra persona.

Cuando abre la puerta, sé que la estoy jodiendo. Porque viene descalza, con una coleta mal hecha y esos ojos rojos de haber llorado… y aun así me la comería viva.

—¿Qué quieres ahora? —escupe, cruzada de brazos.

No sé qué respuesta tenía preparada, porque mi mirada ya está clavada en su boca, en ese gesto desafiante que me vuelve loco.

—No pienso discutir. —miento.

—Perfecto, lárgate entonces.

—No. —doy un paso y ella retrocede, pero no lo suficiente.

Y ahí se acabó la conversación. Un segundo después la tengo contra la pared, mi lengua hundida en su boca y sus uñas arañándome la nuca.

Esto no es amor. Ni siquiera cariño. Esto es necesidad. Hambre. Es querer marcarla, poseerla, hasta que no recuerde su

propio nombre.

—Estás embarazada de mí, joder. —gruño contra su cuello, mientras le arranco la camiseta.

—Y te odio por ello. —me devuelve, pero su cadera ya me busca. Se roza contra mí.

No hay control. No hay delicadeza.
La levanto como si no pesara nada, sus piernas se cierran alrededor de mi cintura, y el resto del mundo desaparece.

Mis manos recorren su espalda, su abdomen, marcando, poseyendo. Cada curva de su cuerpo es una declaración de guerra y deseo. Ella me araña, me muerde, me desafía… y yo devoro cada desafío.

—Marcus… —jadea mi nombre como una súplica y una maldición al mismo tiempo.

—Sí, soy yo —gruño, atrapando su cadera con más fuerza, hundiéndome en ella sin compasión.

Su perfume, su sabor, su cuerpo caliente alrededor del mío… me enloquece. La tumbo sobre el sofá, me da igual donde sea. No hay tacto, no hay cuidado. Solo hambre y deseo. Mi polla golpeando en su interior, mi lengua relamiendo cada pedazo de su piel, mis dientes le muerden, mis manos la agarran, marcando, aplastando.

Ella intenta retenerme, pero cada intento la desarma más. Cada arañazo, cada empujón, cada gemido… me excita hasta el límite.

—¡Marcus! —grita, y el sonido me hace perderme más, hundirme más, arrollarla como un huracán.

Su cuerpo se arquea, se retuerce, buscando más, exigiendo más. Y yo se lo doy. Todo lo que tengo, todo lo que soy, se concentra en ese instante. En ella.

—Te… odio —susurra entre jadeos, riéndose y maldiciendo al mismo tiempo.

—Sí, y me encanta —respondo, hundiéndome aún más, agarrando su trasero con fuerza, aplastándola contra mí, sintiendo cómo todo se derrama y se mezcla entre los dos.

Cada embestida es un grito de necesidad, un desafío a la paciencia, una declaración de lo que somos en este instante: puro sexo, brutal, devastador. Nada de cariño. Nada de ternura. Solo fuego y destrucción.

El ritmo se vuelve una guerra, nuestros cuerpos un campo de batalla. No hay límites, no hay control, solo la urgencia de poseer, de quemar, de llegar al borde y no parar.

—¡Marcus! —su grito corta el aire, su cuerpo se tensa y se derrama, y yo lo sigo segundos después, atrapándola, aplastándola, mezclando gemidos con sudor y fuego.

Cuando finalmente nos detenemos, jadeando, exhaustos, sudorosos, ella me mira con los ojos brillantes, furiosa y satisfecha al mismo tiempo. Yo apenas puedo respirar, mi corazón aún galopa, mis manos todavía buscan su cuerpo.

No hay palabras. No hay explicaciones. Solo la certeza de que esto lo deseábamos los dos. Que somos bestias que se han encontrado y explotado en un instante que ninguno olvidará.

Y mientras me separo, dejando que recupere el aliento, pienso… esto no debería de haber ocurrido.

CAPÍTULO 5

EMMA

Estoy de pie, con las manos temblando mientras recojo las prendas de ropa que Marcus me ha arrancado y ha ido dejando por el suelo. Cada camiseta, cada pantalón, cada maldita pieza de ropa interior que ha acabado esparcida me recuerda lo que ha pasado hace apenas unos minutos. Recojo también toda su ropa.

—¡No! —grito, y hasta yo misma me asusto del volumen de mi voz—. ¡Fuera!

Abro la puerta y lo empujo con toda la fuerza que me queda. Marcus cae hacia atrás, cogiendo equilibrio justo antes de tocar el suelo, pero sus ojos aún brillan con esa maldita mezcla de arrogancia y chulería.

Todavía está dentro de mi apartamento.

—Vamos, sal de mi casa —escupo, respirando con dificultad, intentando recuperar un ápice de control sobre mí misma.

Él se queja, como siempre.

—Joder, Emma tú también lo estabas deseando. No me vengas ahora de estrecha… —se interrumpe, porque ni él mismo sabe cómo arreglarlo—. Joder.

Lo miro, cruzándome de brazos con las cejas arqueadas.

—¿Estrecha? —digo, y mi voz corta el aire como un cuchillo. Como ese cuchillo que le clavaría ahora mismo si yo fuera una asesina—. Sal de mi vista antes de que empiece a pensar como asesinarte. Ah, y yo no lo estaba deseando. Te recuerdo que por culpa de esto ahora tenemos un gran problema.

Se le escapa una risita canalla, y mi sangre hierve aún más.

—Tranquila… creo que no puedes quedarte embarazada de nuevo cuando ya lo estás —responde, con esa maldita sonrisa que lo hace todo aún más irritante.

Y entonces algo en mí hace clic. Mi ira se combina con un instinto que no puedo contener. Abro la puerta del todo, y él retrocede al instante, su cuerpo choca con la pared del pasillo.

—¡Cierra el pico y desaparece! —grito, con el corazón galopando y el pelo revuelto por la tensión—. ¡Ahora mismo!

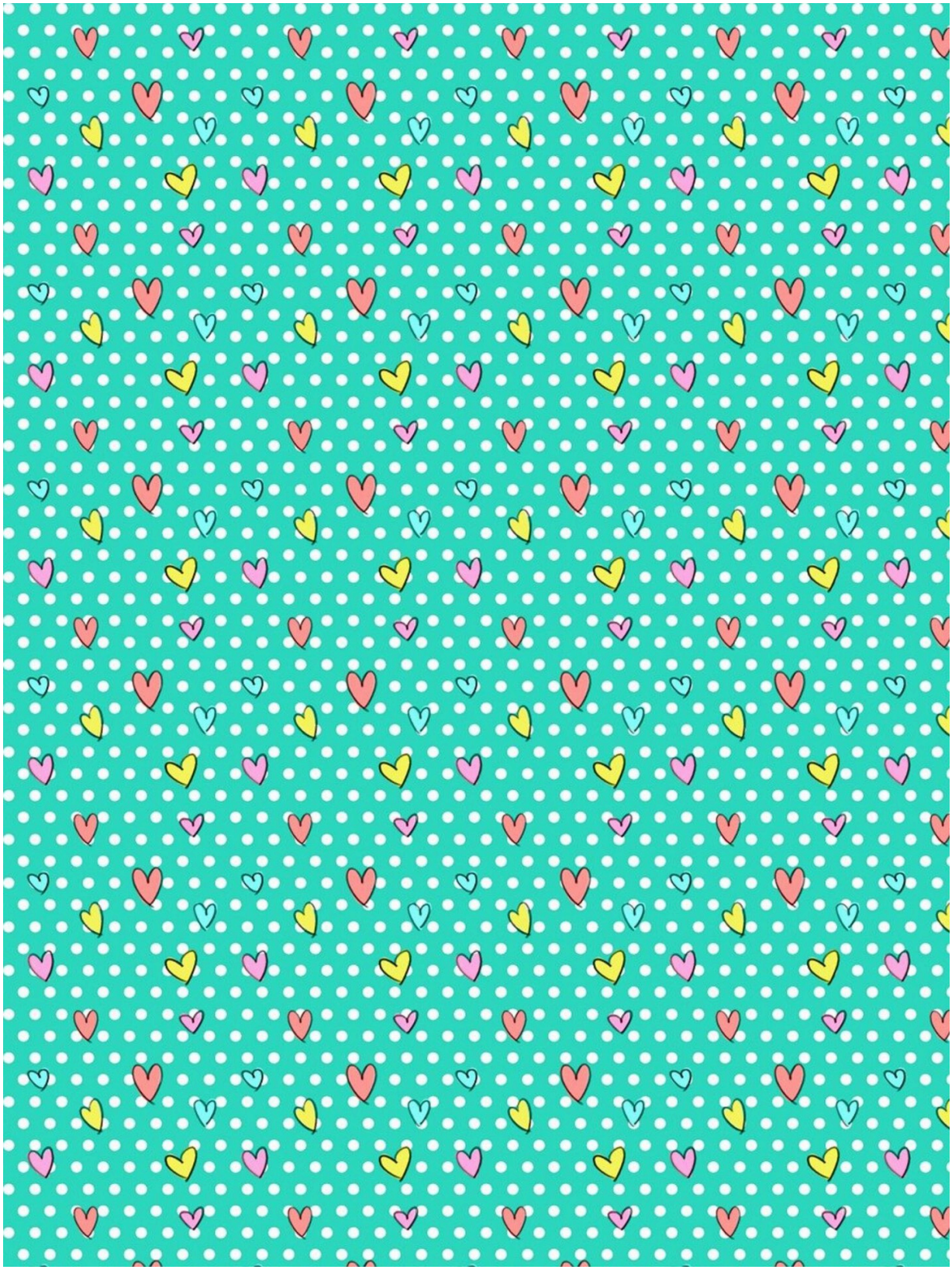
Marcus se queda quieto un segundo, con los ojos abiertos como platos, y yo veo cómo por fin comprende que esta vez no hay coqueteo posible, que no hay vuelta atrás. Su respiración se acelera, sus hombros se tensan, y veo miedo reflejado en sus ojos… miedo verdadero.

—Vale, vale… ¡me estoy yendo! —susurra, retrocediendo hacia la escalera—. Pero esto… esto no ha terminado, Emma.

Sé que no ha terminado, que tendré que volver a verlo, pero ahora eso no me importa. Me abrazo con fuerza, y lo veo bajar las escaleras, girándose cada dos segundos, como un niño que acaba de meterse en problemas.

—Idiota —murmuro para mí misma, cerrando la puerta tras él—. Maldito idiota… y maldito Marcus Lancaster.

Y mientras me dejo caer en el sofá, con el aliento entrecortado y las manos aun temblando, me doy cuenta de algo terrible: lo odio, sí… pero lo deseo más de lo que debería. Y eso, querida amiga, es exactamente lo que hace que todo esto sea un desastre absoluto.



CAPÍTULO 6

EMMA

Al día siguiente me decido a quedar con Tessa porque necesito verle la cara cuando le cuente que ayer volví a acostarme con Marcus.

Estoy sentada frente a ella en nuestra cafetería favorita, devorando un *croissant* como si no hubiera un mañana. Y no es hambre normal, jamás he sentido algo así, y deben ser los nervios, nervios de esos que te hacen abrir la boca y no cerrarla hasta que todo tu cuerpo se sienta más ligero… o más pesado, dependiendo de cómo lo mires. Tessa me mira con los ojos entre divertidos y preocupados:

—Emma… ¿estás segura de que no te estás pasando con el desayuno? —me dice, moviendo la cuchara de su café con cuidado para no derramar nada y con la vista en entre mi boca y el *croissant*.

—Tessa, si supieras lo que estoy sintiendo… —le respondo entre mordisco y mordisco, y ella levanta las cejas, ya temiendo mi siguiente confesión—. Es todo… esto. Nervios, ansiedad, hambre.

Antes de que pueda explicarle más, la puerta de la cafetería se abre y aparece mi madre, Victoria, con su habitual aire de preocupación exagerado. A su lado, otra mujer que no conozco, elegante pero con los hombros tensos, parece preparada para soltar el peor de los titulares.

—Emma… necesitamos que vengas a casa cuanto antes —dice mi madre con un tono que no admite discusión. La mujer a su lado interviene— Es un asunto muy serio.

Tessa me da un codazo sutil y susurra:

—¿Todo bien?

Intento sonreír, pero mi corazón ya está en modo alarma máxima. Me levanto de la silla, dejo unas monedas sobre la mesa y

me acerco a ellas.

—Mamá, ¿qué pasa? —pregunto, tratando de sonar tranquila, aunque mi voz tiembla un poco.

Mi madre suspira y me toma de las manos

—Emma, es… la situación es complicada. Hemos recibido varias notificaciones de inmigración. Y en esta última nos comunican que si no actuamos rápido, podrían deportarnos, a ti, a tu hermano, y a mí, a España.

Tessa lo escucha todo desde la distancia, se queda boquiabierta y yo siento que se me encoge el estómago.

—España… ¿de verdad? Pero… llevamos más de diez años aquí —balbuceo, sin entender cómo puede ser.

La mujer junto a mi madre asiente

—Ha habido cambios recientes en las leyes de residencia. Algunos documentos no se actualizaron correctamente y, técnicamente, no tenemos el estatus legal que pensábamos. Esto puede sonar injusto, pero… no hay margen de error. Yo estoy haciendo cuanto puedo pero deberíais barajar la opción de regresar.

Miro a Tessa y ella aprieta los labios, tratando de no mantener la boca cerrada aunque sé que dentro de su cabeza ya está planeando mil soluciones posibles.

—Si hay algo que pueda hacer para ayudar… —dice, intentando que su voz no delate el miedo que siente—. Dímelo, por favor.

Mi madre suspira, con la mirada perdida y la voz más suave.

—Gracias, hija. Pero ahora mismo necesitamos concentración y rapidez. Cada minuto cuenta. Aunque si soy sincera no creo que haya mucho que hacer por nuestra parte…

Tessa se acerca y me aprieta el hombro. Me sostiene la cabeza con ambas manos y me lanza una sonrisa de complicidad.

—Tranquila, Emma. Esto lo resolvemos juntas.

Yo asiento, pero dentro de mí una alarma roja parpadea: no solo es un riesgo legal, es que nuestra vida está aquí, nuestra estabilidad, todo lo que hemos construido, y puede venirse abajo en cuestión de semanas si no encontramos una solución.

Nunca pensé que volvería a pisar un edificio de inmigración. O, al menos, no de esta manera, con el corazón tan acelerado y las manos sudando como si me fueran a hacer un examen sorpresa de matemáticas para acceder a la universidad.

El lugar es un festival de grises: paredes grises, sillas grises, caras grises. Hasta la planta de la esquina parece deprimida. Y yo aquí, con una carpeta azul en las manos, como si dentro tuviera la salvación.

Me toca. Camino en dirección a la mesa que se acaba de iluminar con un letrero rojo con mi número. Me siento en una silla gris, frente a una señora todavía más gris. La mujer que tengo frente a mí debe tener unos cincuenta años, con las gafas colgando sobre su pecho de una cadenita, y una expresión en el rostro de: he visto todo en esta vida y nada me impresiona ya. Ojalá pudiera decir que su tono es cálido, pero no, es más bien como una cabaña en la montaña con ventanas rotas en pleno enero.

—Apellido. Nombre. Fecha de nacimiento —me dispara sin levantar la vista del teclado.

—Emma Rodríguez. —Carraspeo—. Veintisiete de abril de mil novecientos noventa y…

—Ajá. —Tecla, tecla, tecla. Un clic del ratón. Y otro. Parece que está jugando al solitario en vez de salvar mi futuro—. Ajá.

Odio ese: ajá. Es el sonido universal de que algo va mal.

—Mire, el caso es que mi madre recibió una notificación y…

Ella levanta la mano en un gesto seco, como si yo fuera un mosquito molesto.

—Aquí está. —Hace girar la pantalla hacia mí y me señala un párrafo que parece escrito en arameo—. El estatus de residencia no fue renovado correctamente en dos ocasiones. Una en 2017, otra en 2020.

—Pero… llevamos más de diez años aquí. Tengo trabajo, mi hermano estudia… —Me escucho sonar desesperada.

Ella me mira por encima de las gafas, con esa mezcla de compasión y rutina de alguien que ha repetido la misma frase diez mil veces.

—Entiendo su situación. Pero las cosas de palacio van despacio. Puede presentar un recurso, sí. Tendrá que esperar varios meses. Mientras tanto, usted y su familia están técnicamente sujetos a deportación.

¡Bum! Así, sin anestesia.

Yo asiento, aunque por dentro estoy gritando como si me hubieran tirado agua hirviendo encima. Y pienso: *maravilloso, Emma, perfecto. Estás embarazada de Marcus Lancaster, no sabes qué hacer con tu vida, y ahora resulta que también puedes perderla entera porque alguien no actualizó un papel hace ocho años.*

Cuando salgo del edificio, necesito aire, necesito tierra firme. Mis piernas me llevan casi en automático hasta el portal de Tessa. Toco el timbre como si me fuera la vida en ello.

—Soy yo —digo cuando la vocecilla de mi amiga resuena al otro lado del aparato.

—¿Emma? —su voz llega por el telefonillo, sorprendida.

—Ábreme, por favor. —Y no sé si lo pido o lo ruego, porque la garganta se me cierra.

En cuanto me abre la puerta y subo corriendo las escaleras, la veo aparecer en la entrada de su piso, con una camiseta ancha y el pelo recogido en un moño desordenado. La sonrisa se le borra de inmediato cuando ve mi cara.

—Dios, ¿qué ha pasado? —me pregunta, apartándose para dejarme entrar.

Y ahí, justo ahí, cuando me hundo en su sofá, con los ojos húmedos y el estómago encogido, me doy cuenta de que lo mío ya no es un problema. Es un huracán de problemas.

Yo no sé cómo llegué al sofá de Tessa. Solo recuerdo su puerta abriéndose, su cara de sorpresa y mis pies llevándome como un zombi hasta hundirme en sus cojines. Estoy temblando, sudando, y mi estómago gruñe como si no hubiera comido en tres días.

—Emma, cariño, ¿qué demonios ha pasado? —me pregunta, arrodillándose frente a mí y agarrándome las manos—. Tienes la cara más blanca que la porcelana.

Intento hablar, pero lo único que sale es una carcajada nerviosa que roza la histeria. Bravo, Emma. Una auténtica joya de serenidad.

—¿Quieres agua? ¿Un té? ¿Un... vodka? —ofrece, con esa mezcla de preocupación y humor que solo ella sabe hacer.

—Vodka. —Respondo tan seria que suelta una risa corta.

—No, en serio, dime qué pasa. Me estás asustando.

Respiro hondo. Una, dos, tres veces. Pero no sirve de nada, porque en cuanto intento soltarlo, la voz se me quiebra de nuevo.

—Nos van a deportar.

El silencio se adueña del salón, ni un coche suena en la calle, ni una gota en el grifo. Tessa parpadea un par de veces, como si no hubiera procesado bien la frase.

—¿Qué? Pero bueno, digo yo que antes de que eso suceda se podrán hacer millones de cosas para evitarlo…

—Eso mismo le pregunté a la bruja del despacho de inmigración. —Me paso las manos por la cara, furiosa—. ¿Sabes qué me dijo? Que las cosas de palacio van despacio. ¡Las cosas de palacio! Como si mi vida fuera un trámite administrativo más.

Tessa se deja caer en el sillón de al lado, con los ojos abiertos como platos.

—Pero… ¿cómo es posible? Lleváis más de diez años aquí, Emma. Tienes trabajo, tu hermano estudia, tu madre…

—¡Exacto! —exploto, alzando los brazos—. Hacemos todo bien, pagamos impuestos, no molestamos a nadie… ¿Y ahora resulta que por un jodido papel sin renovar en 2017 y otro en 2020 nos quieren mandar a España? ¡A España! Allí no tenemos nada, no nos queda familia, nuestra vida está aquí

—Ya… ya va, respira. —Me pone una mano en el hombro—. ¿Y no puedes presentar un recurso o algo?

—Sí, claro. Un recurso que puede tardar meses en resolverse. ¿Y mientras? Técnicamente somos ilegales. ¿Sabes lo que significa eso? Que puedo perder mi trabajo, que a mi hermano lo pueden sacar del colegio y que mi madre se muere del susto.

Siento cómo las lágrimas me empapan las mejillas. Y lo odio. Odio llorar frente a Tessa, aunque ella es la única persona con la que no me da tanta vergüenza.

—Joder, Em… —susurra, acariciándome la mano—. Esto es… es una pesadilla.

—No tienes ni idea. —Me encojo, abrazando mis rodillas—. Estoy embarazada, ¿te acuerdas? Embarazada de Marcus, el hombre

más insoportable y arrogante de todo Chicago. Y ahora encima tengo que lidiar con que puedo perder mi casa, mi vida, todo.

Tessa me mira con esa mezcla de ternura y frustración que solo una mejor amiga sabe poner.

—¿Por qué no me dijiste que hoy irías a esas oficinas? —pregunta suavemente—. Podría haberte ayudado, acompañarte, lo que fuera.

—Porque tenía miedo. —Las palabras me salen atropelladas—. Porque no quería que nadie me mirara con lástima. Porque ya bastante tenía con Marcus rondándome, con su maldito ego y su sonrisa que no logro sacar de mi cabeza.

—Emma… —suspira.

—No entiendes. —Me limpio la cara con la manga—. Cada vez que aparece, me hace sentir como si fuera… no sé, como si mi cuerpo lo odiara y lo deseara al mismo tiempo. Y yo sé que voy a sufrir, Tess. Voy a sufrir cada vez que lo vea con otra mujer perfecta colgada de su brazo mientras yo estoy con ojeras, un bebé en brazos y mi vida hecha un caos.

Tessa guarda silencio un momento. Me observa, como quien decide muy bien sus palabras.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —pregunta al fin.

—No lo sé. —La voz me tiembla—. Podría intentar pelear esto sola, como siempre. Buscar un abogado, porque por lo visto la abogada de mi madre es bien inútil. O pedirle a Dios un milagro, lo que sea. Pero estoy tan cansada, Tessa. Tan jodidamente cansada de que todo me salga mal.

Ella aprieta mis dedos con fuerza.

—Emma, eres la persona más valiente que conozco. Pero incluso las valientes necesitan ayuda.

Yo asiento, aunque por dentro sigo negándome a esa palabra: ayuda. Es como admitir que no puedo con mi vida.

—Y si… —Tessa duda un segundo, como si temiera decirlo—. Y si le pidieras ayuda a Marcus.

Al escuchar su nombre, siento un escalofrío.

—¿Qué? —pregunto con un hilo de voz.

—Escúchame. —Me mira seria—. Es millonario, tiene contactos, abogados, influencias. Si alguien puede mover montañas en esta ciudad en cuestión de días, es él.

Me muerdo el labio. Parte de mí sabe que tiene razón, pero la otra parte grita *no, no, no*.

—Tess, Marcus es lo último que necesito. Bastante tengo con llevarlo dentro de mi cabeza y de mi… —me muerdo la lengua antes de decir más—. Si encima me convierto en la pobre que necesita su ayuda, estoy acabada.

Ella suspira, pero no suelta mi mano.

—No digo que sea fácil. Digo que quizá sea lo único que te queda.

Yo cierro los ojos, intentando imaginarlo: ir a pedirle ayuda a Marcus Lancaster, estar en deuda con él. Estar a su merced. Sería mi final. Y, joder, me da miedo que también sea mi principio.

CAPÍTULO 7

La mesa estaba casi recogida cuando Tessa, con gesto contenido, se decidió a contarlo. Dylan la observaba mientras doblaba una servilleta, notando esa tensión en los labios de su esposa que solo aparecía cuando guardaba un secreto demasiado grande.

—Tengo que decirte algo —empezó ella, con un suspiro que no presagiaba nada bueno.

Dylan alzó la mirada, preocupado.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—No soy yo. Es Emma. —Las palabras salieron en un hilo de voz.

Él frunció el ceño, más alerta.

—¿Qué le ocurre a Emma?

Tessa dudó un segundo, como si pensara en el modo más suave de soltar la bomba. Pero al final se resignó.

—La quieren deportar. A ella, a su madre y a su hermano.

Dylan se quedó congelado, todavía sostenía los cubiertos aún en la mano.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. Han tenido problemas con los papeles, y parece que la cosa está muy seria. Emma está… —tragó saliva, intentando mantener la calma—, está desesperada.

Dylan la observó, incrédulo primero, luego preocupado de verdad. Se pasó la mano por su barba incipiente y negó en silencio.

—Dios mío… —murmuró—. No me lo esperaba.

Se levantó para ayudarla a recoger los platos, aunque su mente estaba muy lejos de los cubiertos y las copas. Tessa lo siguió a la cocina, y mientras fregaban en un silencio bastante tenso, Dylan no dejó de pensar en la expresión de su mujer al hablar de su amiga. Había miedo, angustia… y también esa chispa de rabia que solo aparecía cuando se trataba de proteger a alguien querido.

—No llames a Emma —le pidió a Tessa al acabar—. Déjame hablar primero con Marcus. Quizá… quizá él pueda hacer algo.

Tessa lo miró como si acabara de decir la mayor locura del mundo, y a la vez la mejor de las ideas.

—¿Marcus? Dylan, ¿estás seguro?

—No. —Respondió con sinceridad, secándose las manos—. Pero hay que hacer algo.

El club de campo estaba lleno de voces femeninas, risas y el sonido de copas tintineando. Dylan esperaba junto a la barra, con un *whisky* sin tocar frente a él, tamborileando los dedos contra la madera de la barra. Cada minuto que pasaba, la idea de confiar a Marcus algo tan delicado le parecía más absurda. Pero no tenía otra salida.

A los pocos segundos Marcus Lancaster entraba al lugar donde había quedado con su hermano: traje impecable, gafas de sol aún puestas, sonrisa canalla. Y lo primero que hizo fue palmearle el trasero a una camarera que pasaba junto a él. Ella chilló una risita y Marcus, encantado de sí mismo, le guiñó un ojo antes de seguir andando.

Dylan se llevó una mano a la cara, reprimiendo un gruñido.

Genial. Justo la imagen del hombre serio y responsable que Emma necesita en este momento, pensó, frustrado.

Por si fuera poco, a medio camino otra mujer —una rubia explosiva con vestido rojo— se acercó, le deslizó un papelito en la mano y le susurró algo al oído. Marcus sonrió, dobló el papel con cuidado y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta como si fuera un tesoro.

Dylan cerró los ojos un segundo. Inspiró hondo, como quien se prepara para una cirugía a vida o muerte.

Cuando Marcus al fin llegó hasta él, se dejó caer en el sillón de enfrente con una naturalidad insultante.

—Hermano —saludó, cogiendo el *whisky* de Dylan como si fuera suyo y dándole un sorbo—. ¿Me has hecho venir hasta aquí para charlar de golf o para presentarme a alguna de tus amigas casadas?

Dylan lo miró, serio como una lápida.

—Es algo más serio que eso, Marcus. Mucho más serio.

Por primera vez, el menor de los Lancaster notó que su hermano mayor no bromeaba. Y aunque aún no sabía de qué iba el

asunto, un cosquilleo incómodo se le instaló en el pecho.

—Se trata de Emma —soltó Dylan, sin rodeos.

Marcus arqueó una ceja, interesado de golpe.

—¿Emma? —repitió, apoyando el vaso en la mesa de cristal donde se habían acomodado—. ¿Qué pasa con la señorita bocazas?

Dylan apretó la mandíbula.

—Están en un lío muy serio. Ella, su madre y su hermano. Les han notificado que van a deportarlos.

La sonrisa de Marcus se borró por un segundo. Solo un segundo. Después, como si no quisiera concederle gravedad al asunto, inclinó la cabeza y bufó.

—¿Deportarlos? ¿De Chicago? No jodas… —chasqueó la lengua, mirando a un lado como quien piensa en voz alta—. Pues vaya marrón.

—No es un marrón, Marcus. Es su vida. —Dylan se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa—. Llevan más de diez años aquí. Emma ha trabajado, estudiado, ha levantado todo desde cero. Y ahora, de repente, les dicen que deben irse.

Marcus lo observó en silencio, con ese gesto socarrón que siempre usaba para esconder lo que pensaba.

—¿Y qué demonios quieres que haga yo? ¿Un discurso patriótico con el presidente?

Dylan apretó los dientes.

—Lo que quiero es que uses tu cabeza, o mejor aún, tu apellido. Que muevas tus contactos. Que ayudes a alguien que, mal que te pese, va a tener a tu hijo tuyo.

La palabra hijo hizo que Marcus entornara los ojos, afilando la mirada.

—Ya estamos con eso otra vez —murmuró, con una sonrisa ladeada que no llegaba a los ojos—. No creerás que la solución mágica es… ¿qué? ¿Casarme con ella?

Soltó una carcajada breve, seca, que hizo que Dylan lo odiara en ese instante.

—Marcus —dijo, bajando la voz con firmeza—. No estoy bromeando.

El menor de los Lancaster apoyó un codo en el respaldo del sillón y lo miró con descaro.

—Pues yo tampoco. Si piensas que voy a meterme en una boda exprés solo para salvarle el culo a tu amiguita, estás loco. ¿Sabes lo que significaría eso? Encadenarme a una mujer que no soporto, atarme las manos y la cartera, dejar de vivir mi vida… —chasqueó los dedos, como si desechara la idea—. Ni de coña.

Dylan inspiró hondo, intentando no explotar.

—¿Sabes qué, Marcus? Eres un egoísta.

—No —lo interrumpió, con esa sonrisa cínica que parecía hecha para provocar—. Soy realista.

El silencio se volvió espeso. Dylan lo sostuvo con la mirada, con la rabia tensando su mandíbula. Marcus, por su parte, jugaba con el vaso en la mano, como si nada de lo dicho pesara sobre él.

Pero Dylan lo conocía demasiado bien. Ese tic de tocarse insistentemente el meñique, esa manera de esquivar la mirada hacia la barra… eran señales. Marcus no estaba tan tranquilo como quería aparentar.

Dylan decidió presionar.

—Lo que tú llamas realismo, yo lo llamo cobardía.

Los ojos de Marcus brillaron de inmediato, como si una chispa encendiera algo en su interior.

—Cuidado, hermano —dijo en voz baja, clavando la mirada en él—. No vuelvas a llamarme cobarde.

—Pues demuéstrame que no lo eres —contraatacó Dylan, inclinándose hacia adelante—. Porque hasta ahora solo veo a un crío

malcriado huyendo de cualquier cosa que lo saque de su zona de confort. Y recuerda que esa mujer lleva dentro de ella a un hijo tuyo.

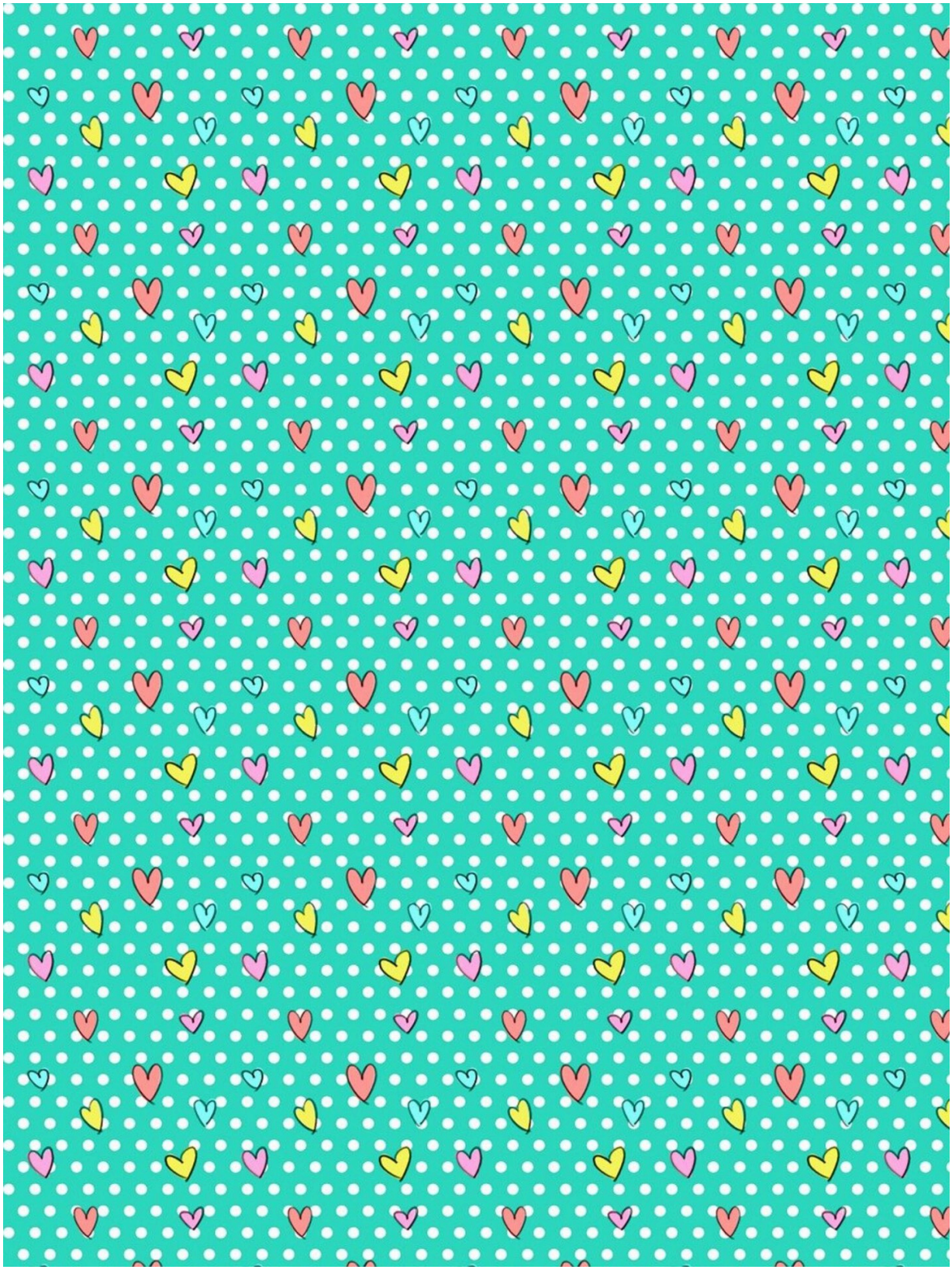
Marcus se echó hacia atrás, como si el golpe hubiera sido físico. Durante unos segundos, la tensión se podía cortar con un cuchillo.

Finalmente, Marcus soltó una risa seca, sin humor.

—Siempre tan jodidamente noble, Dylan. Tú y tus discursos de caballero blanco. Pero dime una cosa: ¿y si no quiero ser el salvador de nadie? ¿Y si me importa una mierda lo que pase con Emma?

—Pues entonces —replicó Dylan, clavándole los ojos con una seriedad demoledora—, más te vale esperar que nunca llegue el día en que te arrepientas de no haber hecho nada.

Marcus se quedó callado, jugando con el vaso vacío. No lo admitiría en voz alta, pero esas palabras le habían dejado un eco incómodo en el pecho.



CAPÍTULO 8

MARCUS

Me quedé solo en la mesa, con el vaso vacío delante y el eco de las palabras de Dylan golpeándome la cabeza. Cobarde, había dicho. Cobarde yo. Qué jodida ironía.

Apreté la mandíbula y me pasé una mano por la nuca. No era miedo lo que me frenaba. Era lógica. ¿Acaso alguien en su sano juicio se metería de cabeza en un matrimonio con Emma? La mujer es dinamita pura, imposible de controlar. Y, sin embargo…

Resoplé, mirando la carta del club sin leerla. La deportación. Eso sí era un problema real. Para ella. Para su madre. Para su hermano. Y, por supuesto, para mi hijo. Mi hijo. Esa palabra era la única que importaba. Si Emma se largaba a España, se acababa todo. El control, la cercanía, mi derecho sobre él.

Fruncí los labios, pensativo.

¿Y si le doy lo que quiere… pero bajo mis condiciones?

El pensamiento me arrancó una sonrisa. Si me casaba con ella —qué palabra tan absurda—, todo el mundo aplaudiría mi gesto de héroe. Emma salvaría a su familia, yo salvaría a mi hijo… y de paso, me aseguraría de que cada detalle de esa relación quedara bien atado sobre el papel.

Un contrato matrimonial. Exclusivo. Irrompible. Nada de romanticismos baratos ni ilusiones de cuento de hadas. Un acuerdo de negocio, como los que firmo cada semana.

—Joder, Marcus, eres un genio —murmuré para mí mismo, dejando el vaso sobre la mesa con un golpe seco.

La veía delante de mí, con esa cara de orgullo mezclado con rabia, creyendo que podía desafiarme. Se equivocaba. Si quería quedarse en este país, si quería salvar a los suyos, tendría que

aceptar cada una de mis condiciones. El nombre del niño, dónde viviría, cómo se educaría. Todo pasaría por mis manos.

La deportación era su pesadilla. Y yo, irónicamente, podía ser su salvación. Pero no gratis. Nunca nada es gratis.

Sonreí de nuevo, esta vez con la certeza de haber encontrado la jugada maestra. Dylan podía llamarme egoísta todo lo que quisiera. Él nunca entendería que en los negocios no existen sentimientos, solo estrategias.

Y Emma… Emma lo aprendería muy pronto.

Tres horas más tarde estaba recibiendo a mi abogado en mi despacho del ático, un espacio donde solo se respira poder: ventanales de suelo a techo, *whisky* caro sobre la mesa y esa vista de Chicago que hace que cualquiera se sienta insignificante. Excepto yo, claro.

—Gracias por venir tan rápido —le dije a Blackwell, mi abogado de confianza, mientras señalaba la butaca frente a mí. Él acomodó su maletín como si trajera dentro los secretos del Pentágono.

—Me dijo que era urgente, señor Lancaster. ¿De qué se trata?

Me serví un *whisky*, tomé un sorbo y fui al grano.

—Necesito un contrato matrimonial.

Levantó la vista, sorprendido.

—¿Usted? ¿Casarse? Pensé que el otro día solo quería redactar un contrato con cláusulas que le beneficiaran, pero esto es otra cosa…

—Sí, pero no se confunda. No por amor, ni por gilipolleces de esas. Es un movimiento estratégico. Quiero cada detalle controlado, cláusula por cláusula.

Sacó su libreta y empezó a apuntar, aún con la ceja arqueada.

—De acuerdo, dígame.

—Primero: la custodia del niño será compartida en papel, pero en la práctica, yo tendré la última palabra sobre su educación, residencia y seguridad.

Blackwell carraspeó.

—Eso no es custodia compartida, señor.

—Llámelo como quiera, pero escríbalo.

Él apuntó, a regañadientes.

—Segundo: el nombre del niño se elegirá de común acuerdo… siempre y cuando yo tenga derecho a veto.

—Eso es… restrictivo.

Lo ignoré.

—Tercero: la vivienda principal será la que yo disponga. Ella podrá quedarse en su apartamento de segunda, si quiere, pero el niño vivirá bajo mi techo.

Blackwell me miró como si acabara de dictarle una orden medieval.

—¿Pretende que la madre se traslade a su casa?

—Pretendo que mi hijo no viva en un cuchitril. Escríbalo.

Él suspiró, apuntando.

—Cuarto: relaciones públicas. Bajo ninguna circunstancia podrá exponer al niño a situaciones que dañen mi imagen o la de la familia Lancaster.

—¿Está hablando de vetar las amistades de la madre?

—Estoy hablando de proteger mi apellido, Blackwell. ¿De qué lado está?

El tipo dejó el bolígrafo un segundo y me miró serio.

—Señor Lancaster, este documento es… agresivo. No es un contrato matrimonial, es una declaración de guerra. No conozco a la señorita en cuestión, pero ninguna mujer de estos tiempos aceptará lo que aquí pone.

Sonreí de lado.

—Entonces lo has entendido.

—Dudo mucho que la señorita…

—Emma —lo interrumpí, degustando su nombre como un veneno.

—Dudo mucho que la señorita Emma acepte algo así.

Me incliné hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—Ella aceptará. Porque la alternativa es la deportación. Su madre, su hermano, ella misma. Y no va a arriesgarse a perderlo todo.

Blackwell me sostuvo la mirada unos segundos antes de volver a escribir. El silencio era cómodo para mí; incómodo para cualquier otro.

—Quinto: fidelidad obligatoria.

El bolígrafo se le cayó de las manos.

—¿Qué?

—Que mientras dure este matrimonio, no podrá mantener relaciones con otros hombres.

Blackwell parpadeó varias veces.

—Eso es… interesante.

—Es práctico. Y escríbelo bien claro.

Él lo hizo, con un gesto de desaprobación.

—¿Quiere que agregue reciprocidad en esa cláusula? —preguntó, casi como una provocación.

Solté una carcajada seca.

—No. Yo no me ato las manos.

Blackwell negó con la cabeza, pero siguió apuntando.

Me serví otro *whisky* y me recosté en la silla.

—Sexto: en caso de divorcio, ella no tendrá derecho a compensación económica alguna. Ni un céntimo.

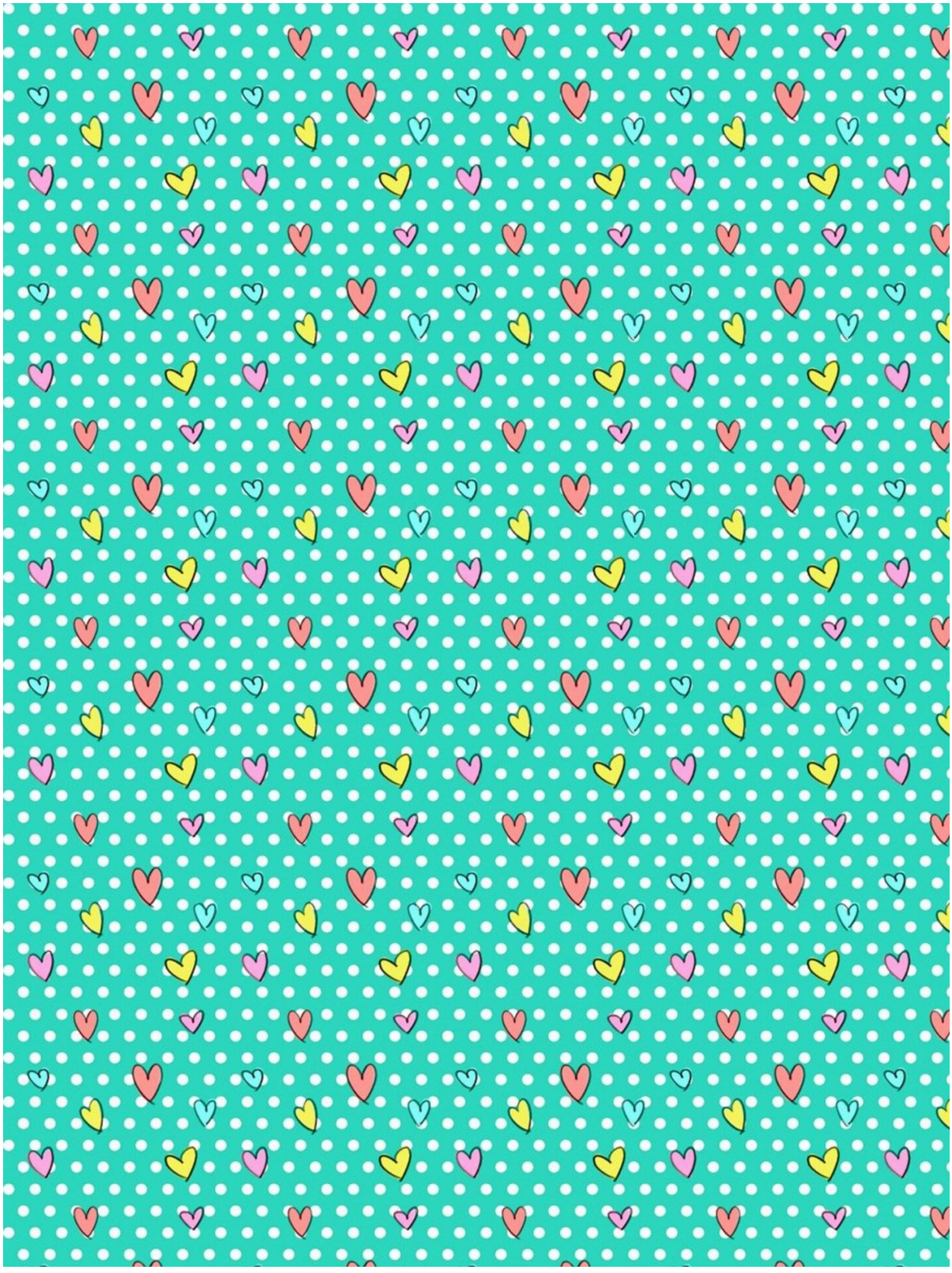
—Señor Lancaster, cualquier juez va a considerarlo abusivo. Y más cuando salga a la luz este documento.

—Por eso necesito al mejor abogado de la ciudad —le respondí, con una sonrisa helada.

Blackwell cerró la libreta y respiró hondo.

—Sabe que está jugando con fuego, ¿verdad?

—El fuego es mi terreno —dije, alzando el vaso—. Y ella tendrá que bailar sobre él, si quiere salvar a su familia.



CAPÍTULO 9

EMMA

Sabía que tarde o temprano aparecería. Lo que no esperaba era que lo hiciera con esa sonrisa de tiburón, tan seguro de sí mismo, como si viniera a hacer un milagro.

—Emma —dijo en cuanto abrí la puerta, con esa voz grave que vibra en mi pecho y que me hacía desear meterme dentro de un congelador para no derretirme—. He venido a salvarte la vida.

¿Salvarme la vida? Este cabrón…

—¿Qué demonios quieres, Marcus?

Él levantó una carpeta de cuero negro, como si fuera el santo grial, y arqueó una ceja condescendiente.

—Lo sabrás si me dejas pasar.

No sé por qué lo hice. Tal vez estaba bloqueada, o agotada, o simplemente soy estúpida. Pero me aparté, y lo dejé entrar. Lo observé caminar hacia la mesa de mi salón como si fuera el dueño del lugar, y yo lo seguí como una autómata, con esa maldita carpeta llamándome desde su mano.

Me senté frente a él. Error. Error fatal. Porque entonces lo vi dejar la chaqueta sobre el respaldo de la silla, remangarse las mangas con esa precisión hipnótica que me hace imaginar esas manos recorriéndome entera, y aflojarse la corbata como si acabara de salir de una película de pecado.

Y no se quedó ahí. No. El muy imbécil se desabrochó dos botones de la camisa, dejando al descubierto esa línea perfecta de piel dorada que me gritaba que perdiera la cordura.

Tragué saliva. Cerré los ojos un segundo. Me apreté las piernas bajo la mesa intentando sofocar el pálpito ardiente que se

había instalado entre mis muslos. Hormonas, me repetí. Malditas hormonas.

—Emma —su voz me arrastró de vuelta, profunda, segura—. Yo puedo terminar con tus problemas de asilo político.

Lo miré, incapaz de procesar lo que acababa de decir.

—¿Qué? —susurré, casi sin aire.

Él sonrió como quien tiene un as bajo la manga.

—La verdad, no sabía que eras una ilegal en mi país. Pero bueno… —encogió los hombros con indiferencia—, imagino que nadie es perfecto.

Ese fue el disparo que encendió la pólvora.

Lo sentí estallar en mi pecho, en mis venas, en cada centímetro de mí. La humillación, la rabia, el deseo. Todo mezclado, hirviendo, abrasador. Y antes de darme cuenta, ya estaba sobre él.

—¡Eres un hijo de puta! —le grité, abalanzándome con tanta fuerza que la silla chirrió bajo nosotros.

Él apenas alcanzó a reír, un sonido grave, mientras yo lo empujaba contra el respaldo, mis manos clavándose en su pecho, mi respiración descontrolada y mi corazón golpeando como un tambor de guerra dentro de mí.

—No tienes derecho a hablarme así. ¡No tienes derecho a tratarme como si fuera… como si fuera basura!

Marcus alzó las manos, sujetándome por los brazos, fuerte, demasiado fuerte, y me sostuvo la mirada con esa intensidad que me hacía arder y que odio con todas mis fuerzas.

—Tengo todo el derecho, nena —murmuró, con esa maldita calma que me hace querer arrancarle la corbata y estrangularlo con ella—. Porque voy a ser el padre de tu hijo.

Y ahí, justo ahí, sentí que iba a perder la batalla contra mi propio cuerpo.

No sé en qué momento exacto pasó. Solo sé que estaba encima de él, con la rabia quemándome por dentro, y de pronto su boca estaba tan cerca de la mía que ya no pude contenerme.

Lo besé. O más bien lo devoré.

Fue un beso salvaje, lleno de furia, de ese: te odio que se convierte en: te necesito ya. Marcus respondió igual, sin darme respiro, atrapándome el rostro entre sus manos y mordiéndome el labio hasta arrancarme un gemido que no quise dar.

—Joder, Emma —gruñó contra mi boca—. Sabía que acabarías haciendo esto.

—Cállate —jadeé, tirando de su corbata para pegarlo más a mí.

La silla casi se volcó cuando me levantó de golpe, sosteniéndome con facilidad como si no pesara nada, y me llevó contra la pared. Sentí el golpe de mi espalda contra el yeso, el aire escapándose de mis pulmones, y su cuerpo duro presionando cada centímetro del mío.

Sus manos recorrieron mis muslos con urgencia, subiendo mi vestido sin cuidado, sin pausa. Me abrió de piernas como si fueran suyas, y yo lo dejé, atrapando su cuello con mis brazos, hundiendo mis uñas en su nuca.

Cada beso era un ataque. Cada roce, un incendio.

—¿Sigues pensando que no me quieres cerca? —susurró, bajando por mi cuello a mordiscos, haciéndome arquearme.

—Sigo pensando que eres un cabrón —dije entre dientes, justo antes de gemir cuando su mano se coló bajo mi ropa interior.

Él rio, esa risa canalla que me enciende más que cualquier otra cosa, y en un segundo mi ropa íntima ya no existía. Había sido arrancada sin miramientos. Su boca volvió a la mía, feroz, mientras con una mano me levantaba más y con la otra se liberaba del cinturón.

El sonido metálico, seco, me hizo estremecer.
Mi cuerpo pedía lo que mi mente negaba.
Y entonces me tomó, sin más, directo, brutal, contra la pared.

Grité. No por dolor, sino porque fue demasiado. Demasiado intenso, demasiado rápido, demasiado Marcus.

Se movía con un ritmo salvaje, empujando, reclamando, como si quisiera marcar cada parte de mí. Yo lo odiaba, lo odiaba tanto… y aun así lo recibía con ansias, mordiendo su hombro, jadeando en su oído, perdida en ese torbellino que él sabía crear tan bien.

—Emma… —mi nombre salió de su boca como un gruñido, ronco, lleno de deseo—. Estás hecha para mí.

Mentira. Una mentira enorme. Pero en ese instante no me importaba.

Me dejé arrastrar, perderme, explotar contra él mientras sus embestidas me sacaban el alma. Y cuando finalmente cayó sobre mí, con su respiración agitada contra mi cuello, lo único que podía pensar era: maldita sea, esto es justo lo que no debía pasar.

Me separé de él de golpe, jadeando como si acabara de correr una maratón. La espalda me dolía por el roce contra la pared, mis piernas temblaban, y mi vestido estaba hecho un desastre. Y lo peor… lo peor era que aún lo quería otra vez.

—Vístete —le solté, recogiendo mi ropa interior hecha jirones del suelo, como si al cubrirme recuperara dignidad.

Él me observaba con esa sonrisa torcida que me hace querer darle una patada en las pelotas y al mismo tiempo… bueno, ya sabemos qué.

Se ajustó los pantalones con calma, como si no acabáramos de destrozarnos mutuamente contra mi pared. Y cuando estuvo listo, se acercó, tomó mi barbilla con dos dedos y me obligó a mirarlo.

—Recuerda algo, Emma —su voz era baja, peligrosa, como un secreto que quema—. Soy tu única salida.

Parpadeé.

—¿Perdona?

—Sí, nena. Tú decides. Puedes quedarte aquí, viviendo como hasta ahora, siempre con la amenaza de que te deporten a España… o puedes irte. Pero si decides marcharte, lo harás con mi hijo dentro de ti. Y te aviso —su sonrisa se amplió, canalla, insoportable—: yo iría detrás.

Un escalofrío me recorrió entera. No de placer. De puro pánico.

Ese cabrón hablaba en serio. Lo veía en sus ojos, en esa forma de mirarme como si ya me perteneciera, como si el bebé que crece dentro de mí fuera la cadena perfecta para atarme a él de por vida.

Tragué saliva, intentando que no me temblara la voz.

—Fuera —dije.

—Emma…

—He dicho que te largues.

Recojo su chaqueta que se ha quedado colgada del respaldo de una silla y se la coloco en su mano. Y antes de que pueda soltar otro de sus discursos de macho alfa, abro la puerta de par en par y lo empujo.

Él se resiste un segundo, sorprendido, y después sonríe de nuevo.

—Sabes que tengo razón.

—Yo lo único que sé es que eres un gilipollas —le espeté, cerrándole la puerta en la cara.

Apoyé la frente en la madera, respirando como una loca. ¿Mi única salida? No. No voy a darle ese poder.

Pero una parte de mí —la parte idiota, la parte que todavía tiembla por lo que acabamos de hacer— sabe que no va a ser tan fácil librarse de Marcus Lancaster.

CAPÍTULO 10

EMMA

La música estaba lo suficientemente alta como para dar ambiente, pero lo bastante baja como para que se pudiera hablar. Yo jugueteaba con la pajita de mi refresco, mareando el hielo sin beber. Tessa, en cambio, estaba como siempre: relajada, segura, con la copa de vino en la mano y los ojos puestos en mí como un radar.

—Emma —me espetó, apoyando el codo sobre la mesa y mirándome con cara de interrogatorio—. Tienes que dejar de mirar la bebida como si fuera a darte una respuesta mágica.

—No puedo —suspiré, dejándome caer contra el respaldo—. Estoy… jodida, Tess. Legalmente jodida, sentimentalmente jodida y hormonalmente jodida. Es un combo perfecto.

Ella soltó una risa suave.

—Bueno, lo de las hormonas tiene excusa. Lo de los otros dos puntos… estoy trabajando en ello.

—¿Trabajando en ello? —arqueé una ceja, sospechando ya de qué iba la cosa.

Tessa se mordió el labio, culpable, justo en el momento en que se abrió la puerta del bar. Vi a Dylan entrar, alto, impecable aún con la ropa de oficina, quitándose la chaqueta mientras escaneaba el local.

—Oh, por favor… —murmuré, cerrando los ojos—. Dime que no.

—No es una encerrona —dijo Tessa rápido, demasiado rápido—. Bueno… no exactamente.

—¡Tessa!

—Shhh, sonríe. Ahí viene mi chico.

Dylan se acercó, nos saludó con un beso en la mejilla a cada una, y se sentó al lado de su mujer.

—¿Qué tal mis chicas favoritas?

—¿Tu mujer y su amiga imbécil y embarazada, y también dentro de muy poco ilegal? Estamos bien, gracias por preguntar —bufé.

Dylan me lanzó una mirada ladeada.

—Suena mucho más serio cuando lo dices así.

Yo me limité a beber por fin un trago de mi vaso. Y justo cuando empezaba a relajarme un poquito, la puerta volvió a abrirse.

Y entró él.

Marcus.

Chaqueta al hombro, camisa blanca desabrochada en el cuello, sonrisa de tiburón. Saludó a alguien en la barra con un gesto, y en el mismo movimiento le dio un pellizco en el culo a una camarera que pasó junto a él. Ella le devolvió el gesto con un guiño. Luego, otra chica le deslizó la mano por la mejilla, y él hizo como si le mordiese el dedo. Y todo eso como si fuese lo más normal del mundo.

Yo quería hundirme debajo de la mesa.

—No… no me digas que… —empecé.

—Emma —dijo Tessa, en tono conciliador—. Relájate. Solo vamos a hablar.

—Hablar con Marcus Lancaster nunca acaba en: solo hablar.

El muy cabrón se acercó a nuestra mesa como si nada, y cuando llegó, se inclinó directamente sobre mí para darme un beso en la mejilla, cosa que evité pero no pude ignorar su perfume, el que me golpeó como un puñetazo.

—Vaya, vaya, vaya… —murmuró con esa sonrisa de diablo que me enciende y me cabrea a la vez—. ¿Qué hace mi pequeña

fugitiva aquí? ¿Celebrando la extradición con un trago? Espero que no estés bebiendo alcohol…

—Lárgate, Marcus —dije, pero mi voz no sonó tan firme como quería.

Él tiró la chaqueta en el respaldo de la silla vacía y se sentó sin esperar invitación.

—No puedo. Me han dicho que aquí había un asunto familiar importante que tratar.

Dylan se aclaró la garganta, incómodo.

—Marcus…

Pero Marcus lo ignoró, recostándose en la silla, extendiendo los brazos sobre el respaldo como si nada le importase.

—Entonces… —me miró con esa chispa burlona brillando en sus ojos—. ¿Brindamos por tu brillante futuro… o prefieres que brindemos por el mío?

Yo solté un bufido, Tessa se tapó la cara con la mano intentando no reírse, y Dylan… bueno, Dylan ya estaba arrepentido de haberlo llamado.

Tessa y Dylan se levantan como si nada, diciendo que iban a tomar aire.

—No tardamos —dijo Tessa con esa sonrisa de complicidad que me ponía los pelos de punta.

Y yo me quedé allí, con el corazón latiendo a mil por hora, porque sabía lo que eso significaba: quedarme a solas con Marcus.

—Perfecto —susurró Marcus, apoyándose en la mesa con esa postura arrogante que me volvía loca y me ponía furiosa a la vez—. Ahora sí podemos hablar sin interrupciones.

Lo odio. Lo odio porque es increíblemente sexy y me hace dudar de cada decisión que tomo. Lo odio porque no tengo ni idea de cómo voy a salir de esta situación sin derrumbarme. Y lo odio

porque, aunque lo intente con todas mis fuerzas, me muero por él cada vez que lo miro.

—Me voy a casa —dije al final, tratando de sonar convencida y no temblar.

—Claro —responde él, con esa calma que asusta, pero que también me hace perderme un poco—. Te acompaño.

Quise decirle que no, juro que quise, pero no lo hice porque había una vocecilla dentro de mí que me susurraba: si terminas en España estos momentos no se darán tan a menudo, asi que no los desperdicies.

Salimos del bar, y lo primero que me golpea es la visión de su moto aparcada en la puerta.
Mierda. Odio las motos. Odio tener que subirme a una, y odio que él sepa exactamente cómo usar ese tipo de poder para obligarme a tocarlo.

—Eh… la moto… —tartamudeo—. No… no me subo.

—Tranquila —dice, con esa sonrisa canalla asomando de nuevo mientras me ayuda a ponerme el casco.

Su cara y la mía están muy cerca mientras me está ajustando la correa del casco, y aunque sus manos se encargan del trabajo, sus ojos no apartan la mirada de mi boca. Y comienzo a temblar porque no puedo resistirme por más tiempo a acercarme a sus labios.

—Emma… —su voz es grave—. Sabes que no puedes escapar de mí, ¿verdad?

—Lo sé —murmuro, aunque quiero mentir—. Pero lo intento.

Él suelta una risa corta, divertida, y siento que cada músculo de mi cuerpo se tensa. No puedo evitarlo: mi cerebro grita: mantente lejos, mantente lejos, mientras mi cuerpo quiere justo lo contrario.

He apartado la mirada y él ha terminado de colocarme el casco. Ahora me da una mano para que suba detrás de él, y es

cuando le cojo que siento una energía que me obliga a besarle, a apretarle… y justo antes de hacer todo eso, le suelto la mano y me niego a subir quitándome el caso.

—Lo siento, pero no voy a subir.

—Está bien, iremos caminando.

—Pero ya te digo que no vas a alejarte de mí.

—Esto… —digo, tratando de desviar la conversación—. Marcus, por favor te lo pido, no pongas las cosas más difíciles de lo que ya lo son.

—No, no es cierto. No hay nada difícil en esto —responde con franqueza, mirándome con intensidad—. Pero no puedo dejar que desaparezcas así.

Me detengo un segundo, respirando hondo, intentando recomponerme. Me pregunto cómo puedo sentirme tan frustrada, tan furiosa y tan… deseosa, todo al mismo tiempo. Por un segundo cuando ha pronunciado eso he pensado que lo decía por mí, pero de manera inmediata he recordado que llevo dentro un hijo suyo.

—Marcus… —susurro, casi sin querer—. No… no podemos…

—¿Qué es lo que no podemos? Claro que podemos —interrumpe, acercándose—. Solo estamos caminando, y aun así tu cuerpo te delata.

Mi corazón se dispara y mis mejillas arden. ¿Cómo hace esto? ¿Cómo puede ser tan implacable y sexy, y aun así tan… controlado?

Llegamos a mi puerta, y por un momento el mundo se detiene. Estoy a un solo paso de mi casa, a un solo paso de recuperar el control. Él se detiene a mi lado, y siento cómo su presencia me presiona.

—Emma —dice, bajando la voz hasta un susurro que solo puedo oír yo—. Hoy podías haberte ido sola, pero sabes que no iba a dejarte ir sin asegurarme de que llegases bien.

—Gracias —respondo, intentando sonar firme, pero mi voz tiembla ligeramente.

Y entonces, mientras giro la llave, él extiende la mano y me toca el brazo de manera casual… y no puedo evitarlo. Un escalofrío recorre mi espalda, y un pensamiento inútil se instala en mi cabeza: me deshago por completo por tocarlo otra vez.

—Hasta mañana —susurra, dejándome finalmente cruzar la puerta.

Y mientras cierro tras de mí, sé que esto no termina aquí. Marcus no se va a ir, no de verdad. Y yo… no voy a poder mantenerlo lejos.

CAPÍTULO 11

EMMA

Me pasé la noche entera dando vueltas en la cama. Ya sabéis, de esas en las que las sábanas se convierten en un campo de batalla y tu almohada en el enemigo número uno.
No dejaba de pensar en él. Marcus y su sonrisa arrogante. Su moto. La manera en que me dejó en la puerta de casa como si no pudiera librarme de él nunca.

Y aquí estoy, al día siguiente, con el teléfono en la mano como una imbécil, marcando su número.

—Lancaster —responde esa voz grave.
Solo con eso ya se me encoge el estómago.

—Soy yo… —digo, y me odio por sonar tan pequeña, tan torpe.

Sé que está en plena reunión, me lo ha dicho su secretaria cuando me he decidido a llamarle al trabajo, pero en lugar de colgarme como haría cualquier otro magnate de las finanzas, me suelta:

—Perfecto. Vente a almorzar conmigo.

—¿Qué? ¡No! —respondo de inmediato, horrorizada.

—Sí —suena tan seguro, tan mandón, que por un momento me lo imagino inclinándose hacia atrás en su silla, con esa media sonrisa que dice: nadie me lleva la contraria—. Estoy en Lancaster Holding. Te espero.

Intento resistirme, de verdad que lo intento.

—No voy a ir tu torre de marfil, Marcus.

—Emma —interrumpe con calma—, te espero en cuarenta minutos.

Y aquí estoy, cuarenta y cinco minutos después, caminando como un pato mareado por los pasillos de vidrio y acero de Lancaster Holding.

El lugar parece de otro planeta. Todos con trajes perfectos, miradas inquisidoras y zapatos que cuestan más que mi alquiler. Yo, en cambio, con mi vestido sencillo y una chaqueta prestada, intentando no parecer la intrusa que soy.

Al pasar por uno de los despachos, veo a Dylan al teléfono. Me sonríe y levanta la mano, invitándome a entrar. Genial. El hermano bueno.

Cuelga la llamada en cuanto entro.

—Emma —dice, levantándose de su silla—. ¿Qué tal?

—Ya os vale, ¿eh? —sueno más sarcástica de lo que planeaba—. Me dejasteis sola con tu hermano en el bar como si fuera una cita a ciegas.

Dylan suspira y se pasa la mano por el cabello.

—Lo sé. Lo siento. Pero era la única forma de que hablarais de verdad.

—Pues no hablamos —respondo, cruzándome de brazos—. Al menos no de lo que importaba.

Él me mira con esa calma suya, esa que me hace sentir como si estuviera ante un psicólogo y no ante un Lancaster.

—¿Y ahora? —pregunta con cuidado.

Trago saliva.

—Ahora… soy yo la que lo ha llamado. Porque me he dado cuenta de que necesito su ayuda. O estaré más jodida de lo que ya lo estoy.

Dylan asiente despacio. Se acerca al escritorio, apoya los nudillos sobre la madera y me mira directo a los ojos.

—Solo piensa en que es un trámite, Emma. Un maldito trámite. Desconozco lo que Marcus te pedirá a cambio, pero

recuerda: será un simple trámite. Y tus intereses también están ahí. No lo olvides.

Me quedo callada. Porque esas palabras… esas malditas palabras me taladran más que toda la palabrería de Marcus. Un trámite. ¿Podría verlo así?

Asiento, casi de manera automática.

—Gracias, Dylan. De verdad.

Nos despedimos con un abrazo cálido, y cuando salgo de su despacho, siento que acabo de recibir un consejo muy valioso. Porque sé que lo recordaré. Una y otra vez. Especialmente cuando Marcus me ponga contra la espada y la pared.

Y entonces mientras continúo caminando lo veo. Al final del pasillo. Marcus Lancaster, con la corbata floja, mangas de la camisa arremangadas y rodeado de tres personas que parecen temblar ante cada palabra que sale de su boca. Se gira, me ve… y sonríe.

Y yo… yo ya sé que estoy perdida.

Entro en el despacho y el aire me huele a papel nuevo y al perfume de Marcus. Él me hace sentar con una mano que no suelta la carpeta ni por un segundo; esa carpeta es su mundo hoy. Me mira como quien observa un experimento a punto de iniciarse. Imagino que siente nervios para ver si todo sucede como él espera.

—Muy bien —digo, intentando sonar dura y no una niña perdida—. Dispara. Termina ya con mi agonía de una vez.

Abre la carpeta con esa calma que me saca de quicio y me extiende el folio.

—Aquí está. Léelo.

Y lo hago. Palabra por palabra, cláusula por cláusula. Primero las obvias —custodia, residencia del niño, veto sobre la exposición mediática— y yo asiento a medias; Fría, pensando que alguna de esas sandeces puedo soportarla para salvar a mi madre y a mi hermano.

Pero sigue. Y entonces todo se vuelve peor: la letra pequeña lo es todo y la letra pequeña aquí es una condena. La madre se compromete a residir en el domicilio principal designado por el esposo… —leo y mi garganta se cierra— En materia de visitas y educación, la decisión final corresponde al esposo. Sigo leyendo y siento que la habitación se inclina.

Me levanto. Camino. No controlo el paso; voy de un lado a otro, como si mis piernas quisieran escapar de mi cuerpo. La sala me resulta estrecha, el cristal de la ventana refleja mi cara desencajada y, por un instante, me miro como si fuera otra. Cierro los puños. ¿Quién osa poner esto por escrito?

La voz de Marcus, seca, desde la silla, me suena a sentencia:

—Es práctico. Firmas y lo arreglamos.

¿Práctico? ¿Arreglamos? ¿Mi vida, mi hijo, mis derechos, son prácticos para él?

Sigo caminando. El suelo del despacho me devuelve el sonido de mis pasos, el eco de mis tacones parece burlarse de mí. Me veo como un peón caminando hacia un jaque. Y de pronto tengo la imagen: mi madre, mis papeles, la posibilidad de quedarnos. La posibilidad de que todo siga igual —o al menos no se rompa del todo— si firmo.

Vuelvo hacia la mesa, con la hoja en la mano, con el pulso acelerado. Marcus me observa en silencio, con esa mezcla de impaciencia y triunfo que me revuelve las tripas. Pienso en mil maneras de arrancarle los ojos con las uñas y al mismo tiempo en cómo una simple firma ahora me garantizaría un techo, la escuela de mi hermano, la tranquilidad de mi madre. Y me dan ganas de vomitar.

—¿Vas a negarte? —me pregunta en voz baja.

No contesto.

Y entonces ocurre lo imposible: con la cabeza todavía hecha un lío, me acerco a la mesa. Levanto la hoja doblada, cojo el bolígrafo que él me ofrece y, en vez de devolverlo como tenía

planeado, lo sujeto con la mano más estable que puedo. Lo que sigue es una mezcla de rabia, reflexión y una parte rara de mí que no quiere jugar siempre a ser la víctima.

Me apoyo, me inclino —no demasiado, lo suficiente para que note mi perfume a centímetros— y le hablo sin mirarle a su cara, con la voz rasgada pero clara:

—Añade algo. Quiero que conste. Si voy a atarme a tus condiciones, que al menos quede por escrito lo que quiero yo. Que no haya lugar a malentendidos.

Marcus parpadea, sorprendido, y por un segundo la máscara de seguridad cae. Sus ojos se achinan, buscando la trampa; estoy segura de que se pregunta si es un farol, un último arrebato de una loca. Pero yo no sonrío. No hay lugar a que crea que juego en mis gestos. Hay decisión, y miedo viejo convertido en dureza.

Y es cuando le susurro las palabras elegidas despacio:

—Que conste que durante la vigencia de este matrimonio, el esposo se compromete a satisfacer los deseos sexuales de su mujer cuando esta lo requiera. Y además ella en todo momento le rendirá respeto, esperando por su parte lo mismo.

Se lo digo despacio, para que quede claro, para que el frío del contrato lo mime su verbo. Él no sonríe de inmediato: le sube una chispa de sorpresa, luego algo parecido al gusto. Se inclina, toma la pluma de mi mano y la coloca en la línea en blanco que había dejado para cláusulas adicionales. La tinta seca despacio y, mientras lo hace, mi estómago se vuelve una madeja de hielo y fuego.

—¿Estás segura? —pregunta, con esa voz que suena a coacción envuelta en seda.

Bajo la mirada. Parpadeo. Pienso en mi hermano, en mi madre, en el piso, en una notificación que lo cambia todo. Pienso también en que si escribo esto quizá me convierta en algo que no reconozco. Y, sin embargo, hay una parte simple y brutal dentro de mí que está disfrutándolo: firmo, me quedo; no firmo, nos largan a España.

Levanto la vista y veo a Marcus firmar debajo de mi cláusula. La tinta se mezcla con el latido en mi garganta. No es orgullo lo que siento. No es valentía. Es supervivencia envuelta en terror.

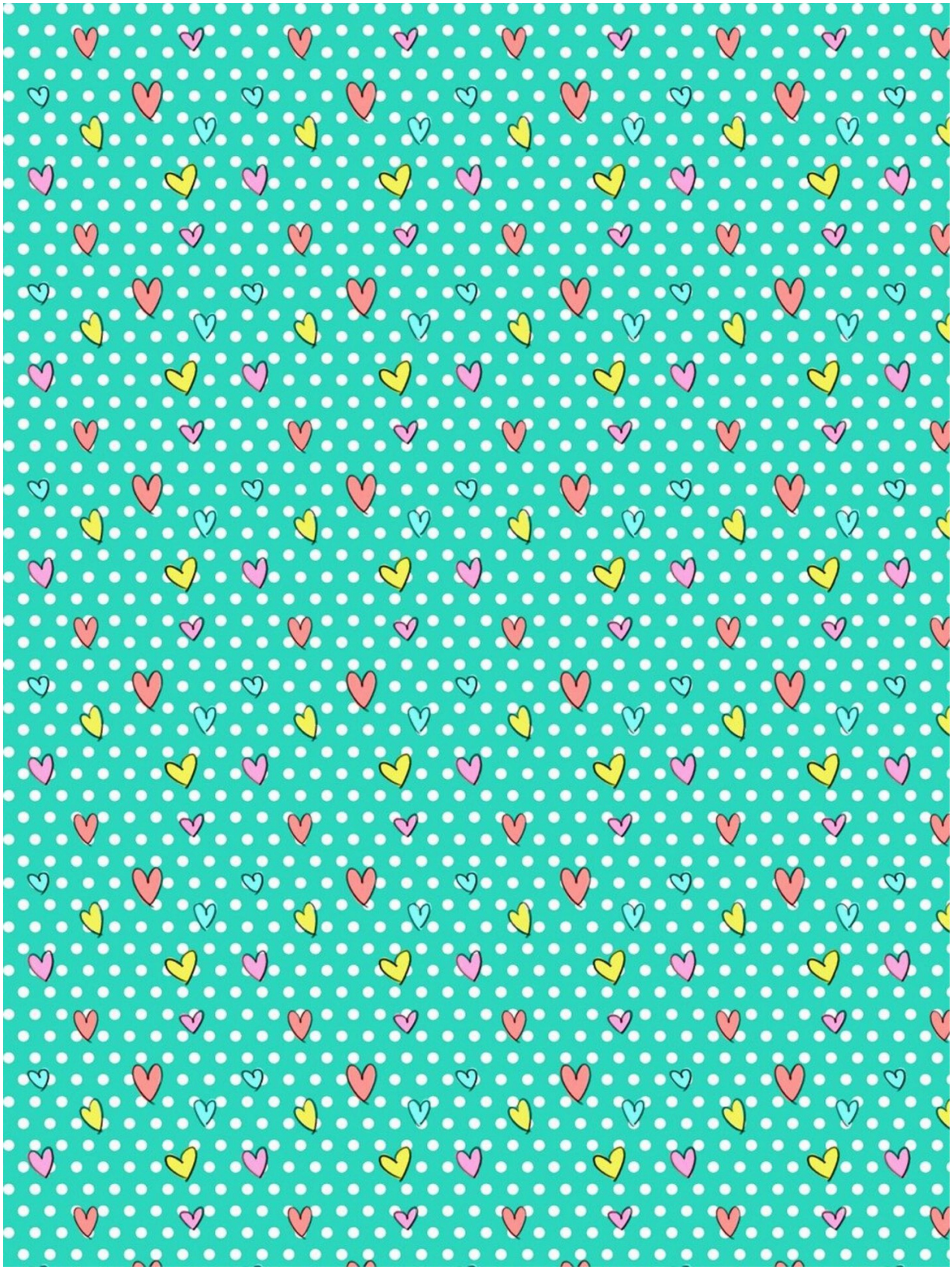
—Hecho —dice Marcus, y deja el bolígrafo con una indiferencia que huele a victoria.

Me entrega la hoja, con mi nombre escrito con mi letra, y la veo como si fuera un animal asustado. Él me devuelve la carpeta cerrada, con su dominio intacto.

Salgo del despacho con el papel en la mano y una certeza terrible: he cruzado un umbral. No habrá marcha atrás fácil. He negociado mi cuerpo —y por tanto mi libertad— por mi familia. Y mientras bajo las escaleras, la sala me parece más pequeña, más oscura, y yo más prisionera que nunca.

Adentro, en algún lugar de mi pecho, dos cosas chocan: la calma ácida de quien ha hecho lo necesario para sobrevivir… y la certeza atroz de que Marcus no me soltará con facilidad.

Lo que no sé aún es cuánto voy a odiarme por esto mañana.



CAPÍTULO 12

MARCUS

Me quedo solo en el despacho. Emma se ha ido con su carpeta bajo el brazo como si cargara dinamita.
Y lo cierto es que sí: esa mujer es dinamita.

Apoyo los codos en el escritorio, entrelazo los dedos y me río solo. No es una carcajada alegre. No. Es esa risa seca, la que me sale cuando alguien me sorprende de una forma tan retorcida que no sé si aplaudir o mandar todo a la mierda.

¿En serio me ha pedido que añada esa cláusula? ¿En serio? Pensaba que la tendría llorando, rogando, pidiendo condiciones más blandas. Pero no. Ha preferido tirarme una granada en la cara. Satisfacer sus deseos sexuales cuando lo necesite. Literal. Salido de su boca.

Y la forma en que lo dijo... Joder. Con los ojos clavados en mí, firme, como si me estuviera desafiando. Como si no me estuviera regalando el control, sino lanzándome un reto: *¿Crees que puedes manejarme? Pues inténtalo, Lancaster.*

Me paso la mano por la mandíbula. La noto tensa. Estoy excitado, claro. Cualquiera lo estaría. Una mujer así no se rinde, pelea. Y yo vivo para esto: para pelear, para ganar, para ver cómo al final caen a mis pies.

El problema es que no sé si Emma ha caído... o si es ella la que me está arrastrando a su terreno.

Resoplo. La lógica me dice que he ganado: contrato firmado, cláusula incluida, la tengo atada. Legalmente, emocionalmente, sexualmente. Mi plan debería ser abrir una botella de *whisky* y celebrar. Pero en lugar de eso, estoy aquí, inquieto.

Porque no encaja. Porque esa cláusula debería ser mi idea, no la suya. Porque lo que me da miedo —y sí, he dicho miedo— es que me guste demasiado que haya sido ella quien lo haya pedido.

Me levanto, camino hasta la ventana. La ciudad se extiende a mis pies como siempre, edificios, luces, todo bajo control. Y yo, Marcus Lancaster, el hombre que nunca pierde el control, estoy dudando.

¿Y si esta mujer me complica la vida más de lo que vale la pena? ¿Y si, en vez de la sumisión que quiero, me da guerra cada día? ¿Y si termino deseándola de verdad, más allá del contrato?

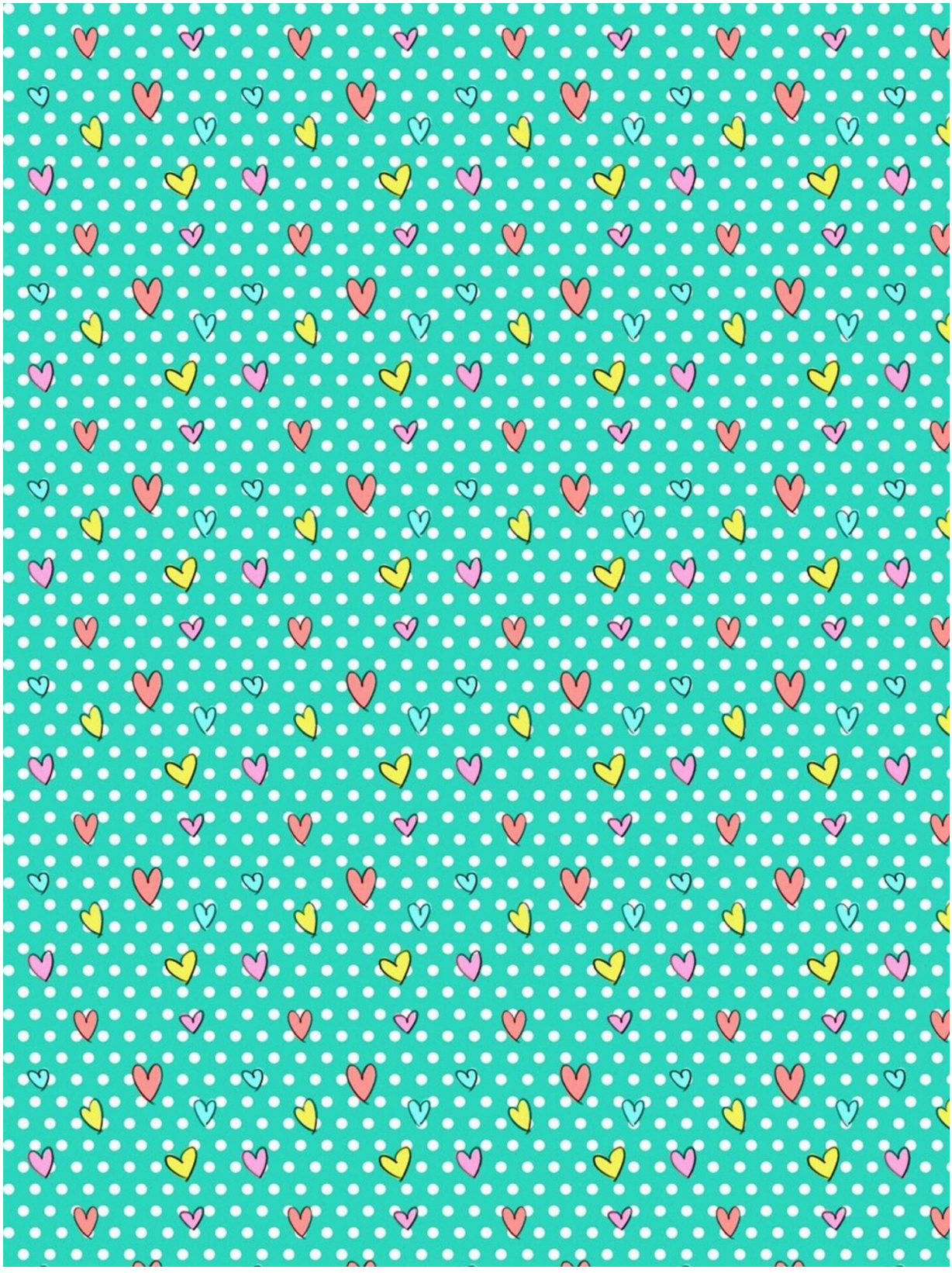
Sacudo la cabeza. No. Eso no va a pasar. Yo no me engancho. Nunca. Ella es un trato, un trámite, una firma más en una pila de acuerdos millonarios.

...Y al mismo tiempo, me recuerdo la manera en que me miraba cuando me dictaba la cláusula. El fuego en sus ojos. El pulso en su cuello. Mierda. Me estoy poniendo duro solo de pensarlo.

Me dejo caer en la silla otra vez y sonrío con esa sonrisa torcida que siempre me ha servido para salirme con la mía.

Vale, Emma. Has querido jugar fuerte. Has puesto tus cartas sobre la mesa. Pero lo que no sabes, nena, es que yo nunca pierdo.

Nunca.



CAPÍTULO 13

EMMA

—¿Perdona? —Tessa me mira con los ojos como platos, la taza de café a medio camino entre la mesa y sus labios—. Repite lo que acabas de decir, porque creo que mi cerebro acaba de explotar.

Suspiro, me cubro la cara con las manos y después las aparto con una sonrisa nerviosa.

—He firmado el contrato de matrimonio con Marcus.

—Vale. —Deja la taza de golpe, salpicando café en el platito—. Eso ya es una locura. Una locura de las tuyas, pero no me sorprende con lo arrinconada que estabas. Ahora… lo otro que dijiste, Emma.

Me muerdo el labio. Trago saliva.

—Exigí que incluyera una cláusula en la que… él debe satisfacerme sexualmente cuando yo lo desee.

El silencio se estira. Solo se oye el maldito reloj de pared. Tessa parpadea dos veces, como si necesitara reiniciar.

—¿¡Tú has perdido la cabeza!?

—Lo sé, lo sé. —Levanto las manos como quien se rinde—. Pero lo hice. Y no me arrepiento. Tenías que haber leído todas sus peticiones, eran abrumadoras, al menos yo debía sacar algo de todo esto, ¿no?

—¿No te paraste a pensar que lo que tú sacas es quedarte en Chicago y no ser enviada con envío urgente a España??

—No es para tanto lo que pedí.

—¡No te arrepientes! —Tessa suelta una risa nerviosa que suena más a grito que a risa—. Emma, así jamás vas a olvidarte de

que Marcus es un hombre. ¡Nunca! ¿Eres consciente de la bomba que acabas de poner en tu vida?

Me dejo caer contra el respaldo, mirando al techo como si pudiera esconderme ahí.

—Igualmente estoy perdida en ese tema, Tess. Aunque no lo pusiera en un papel, él nunca se alejará de mí mientras tengamos un hijo juntos. ¿No lo crees?

Ella se queda callada un momento, estudiándome, como si buscara la forma de no destrozarme con lo que viene.

—Sí… tienes razón. Nunca se va a alejar de ti. Pero eso no es lo que me preocupa.

Frunzo el ceño.

—¿Entonces qué?

Tessa se inclina hacia mí, bajando la voz como si estuviéramos tramando un delito.

—Que Marcus no juega limpio. Nunca. Él siempre calcula, siempre gana, y tú… —me apunta con el dedo, seria, como una madre enfadada— tú estás colgada de él hasta las orejas y ni siquiera lo intentas disimular.

Me quedo muda. Los labios me tiemblan.

—No estoy colgada —murmuro, y hasta yo escucho lo patético que suena.

—¿Ah, no? —arquea una ceja, implacable—. Pues explícame quién demonios mete una cláusula de sexo en un contrato matrimonial. Eso no lo hace alguien indiferente, Emma. Eso lo hace alguien que quiere tenerlo cerca, aunque sea a costa de arder viva.

Cierro los ojos. El nudo en mi estómago me corta la respiración.

—Tal vez… —susurro—. Tal vez ya estoy quemada.

Tessa me aprieta la mano con fuerza, como si quisiera sacudirme desde dentro.

—Entonces prométeme una cosa: que vas a entrar a este juego con los ojos abiertos. Porque si no, Marcus te va a destrozar. Y yo no pienso quedarme mirando cómo lo hace. Y Emma, es el hermano de mi marido.

Trago saliva, asiento despacio. Pero por más que quiera engañarme, en lo más profundo de mi pecho la chispa de deseo que me enciende con Marcus no deja de crecer.

CAPÍTULO 14

EMMA

Me ajusté la chaqueta antes de tocar el timbre. No era una visita casual. Ni amistosa. Era exactamente lo que había firmado.

Cuando la puerta se abrió y apareció Marcus, con el cabello aún húmedo de la ducha y la camisa mal abrochada, casi me atraganté con mi propio aire. Maldito. Tenía que recibirme así, como si supiera que venía dispuesta a hundirme en el barro.

—Vaya, vaya… —arqueó una ceja, recostado en el marco de la puerta con esa insolencia que lo caracterizaba—. ¿Qué honor me haces viniendo a mi… humilde morada?

Solté una carcajada incrédula y di un paso atrás para abarcar su pedazo de casoplón con la mirada.

—¿Humilde? Marcus, esto no es una casa, es una maldita mansión. Hasta tu jardín tiene jardín.

Encogió los hombros con esa sonrisa canalla que tanto odio y tanto me revuelve por dentro.

—Me esfuerzo en mantener ciertos estándares. Pero no has venido a hablar de jardinería, ¿verdad?

Lo miré con el mentón en alto, decidida a no achicarme.

—Creí que lo habrías imaginado rápido. Vengo a por mi pedazo de interés firmado.

—¿Interés firmado? —repitió con voz grave, como si saboreara cada palabra.

—Sí. —Lo atravesé con la mirada—. Estoy cachonda y ya no hay necesidad de usar un simple juguetito para darme placer. ¿O acaso te pillo en mal momento, Lancaster?

Se quedó quieto, observándome como si estuviera decidiendo si atacarme o reírse en mi cara. Y yo, para no dar mi brazo a torcer, di media vuelta hacia la salida.

—Olvídalo, me voy —escupí con desdén, aunque por dentro el corazón me golpeaba fuerte por haber sido una estúpida al pensar que iba a poder sacar de un Lancaster nada sin que él lo deseara primero.

Pero en un segundo me atrapó la muñeca. Tiró de mí con esa fuerza suya y me estampó contra la pared. El calor de su cuerpo cerró todas mis vías de escape.

—¿De verdad creíste que iba a dejarte marchar después de provocarme así? —su voz grave me rozó la oreja, erizando mi piel—. Querías cobrar tu cláusula, Emma… pues bienvenida al infierno que acabas de encender.

Lo odié por cómo me temblaban las piernas. Lo odié por cómo sonreía, sabiendo que me tenía atrapada.

—Entonces no me hagas esperar —susurré, con más descaro del que realmente sentía.

Su sonrisa se ensanchó depredadora. En un parpadeo me levantó en brazos como si pesara lo mismo que una almohada. No tuve tiempo ni de protestar: ya me estaba dejando caer sobre el sofá de cuero, mirándome con ese brillo salvaje en los ojos mientras se desabrochaba la camisa con lentitud, como si quisiera torturarme.

—Tú has querido esto —dijo, y sus dedos recorrieron el borde de mi falda, subiéndola poco a poco—. Y vas a tenerlo… hasta el último detalle.

Arqueé la espalda, incapaz de disimular el pálpito abrasador que me recorría. Cada caricia suya era un incendio, cada mordisco un desafío. Marcus me provocaba, me contenía, me obligaba a rogarle sin necesidad de abrir la boca. Y cuando por fin me tomó, lo hizo con la fuerza de un huracán desatado.

Grité, reí entre jadeos, lo arañé como si quisiera dejarle marcas para siempre. Lo besé con rabia, con desesperación. Él me

devoró encantado, disfrutando como un demonio de que yo misma hubiese venido a buscarlo.

El contrato acababa de ponerse en práctica. Y el huracán Lancaster me arrastró consigo, aunque jurara mentalmente que era la última vez que me perdía en él con aquella intensidad.

Me ajusto la blusa con los dedos todavía temblorosos, intentando recuperar algo de dignidad después de lo que acaba de ocurrir en este sofá.

Marcus, en cambio, parece estar en su elemento: relajado, con el pelo aún despeinado por mis manos y esa media sonrisa que me provoca ganas de morderle el labio.

—Quédate a cenar —dice de pronto, como si fuera lo más normal del mundo—. Pedí demasiada comida justo antes de que llegases.

Lo miro, aún de pie, con el bolso colgando de mi hombro. Una parte de mí quiere aceptar. Quedarme, cenar con él, prolongar este paréntesis en nuestra guerra. Pero la otra parte, la que intenta proteger mi corazón a codazos, me grita que corra.

—No, Marcus. Será mejor que me vaya. —Me aclaro la garganta y evito su mirada—. No quiero… confundirte.

Y entonces lo escucho reírse. Bajo, ronco, condescendiente.

—¿Confundirme a mí? —Se levanta despacio, abrochándose la camisa con calma—. Quizá seas tú la que empieza a confundirse, Emma.

Lo miro sin entender del todo.

—¿De qué hablas?

—De tu dichosa cláusula. —Se acerca, sujetando aún los últimos botones de su camisa—. ¿De verdad creíste que al escribirme algo parecido a una obligación de lealtad ibas a conseguirla? Porque espero que no seas tan ingenua.

El aire me abandona los pulmones.

—Claro que lo creí. Es lo que firmamos. No es algo parecido, sino es una obligación.

—No. —Su sonrisa se ensancha como una daga que me corta la piel—. Lo que firmaste fue que *tú* te abstendrás de acostarte con otros hombres mientras seas mi esposa. Para mí no se me exigía lo mismo.

Me congelo. Recorro mentalmente las líneas del contrato, la escena en su despacho, el momento en que le entregué el bolígrafo. Y entonces caigo: es verdad. Nunca lo exigí de su parte. Solo de la mía.

—No… —murmuro, incrédula, sintiendo cómo me arde la cara.

—Sí. —Su tono se vuelve cruel, como si disfrutara clavando la estocada—. Puedes divertirte conmigo cuando quieras, esa es la parte que me encanta de este acuerdo. Pero no pretendas que yo vaya a renunciar a nada. Yo también me divertiré, aquí contigo, o con otras.

Las palabras me golpean con la fuerza de una bofetada. Soy idiota. Una completa idiota.

Intenté negociar con un Lancaster.

Y acabo de perder.

Me muerdo el labio, conteniéndome para no gritarle, para no llorar como una cría frente a él. Aprieto el bolso contra mi costado como si fuera un escudo y camino hacia la puerta sin mirarlo más.

—Emma… —me llama con esa voz baja que me hace temblar hasta cuando estoy furiosa.

Pero no me detengo. Ni un segundo. Porque si lo hago, me romperé en pedazos.

CAPÍTULO 15

EMMA

Me desplomo en la silla frente a Tessa, con el café todavía humeando en la mesa, y siento que las palabras me salen a borbotones.

—Tess… la he cagado. Y no sabes cuánto.

Ella me mira arqueando una ceja, acostumbrada a mis dramas, pero aún sin imaginarse el nivel de este.

—¿Qué ha pasado ahora?

Me paso las manos por el pelo, desesperada.

—Me he acostado con Marcus.

El silencio es inmediato. Puedo ver cómo la taza se le queda a medio camino de la mesa a sus labios, igual que la otra vez.

—¿Perdona?

—Un par de veces ya. —Cierro los ojos, como si al confesarlo así doliera menos—. La primera justo después de contarle lo del embarazo. No te lo había dicho porque… porque no tuve ocasión. Quería, de verdad. Pero cuando iba a abrir la boca apareció mi madre con la noticia de la deportación, y después… después Marcus apareció en el bar. Y desde ahí todo fue en caída libre.

Tessa suelta el aire lentamente, como quien intenta no gritarme en plena cafetería.

—O sea, que además de firmar un contrato con él, ya cruzaste esa línea.

—Sí. —Me río sin humor—. Y no solo eso. He firmado que yo lo respetaría, que no tendría nada con otros hombres. Y a él… —me muerdo el labio, rabiosa conmigo misma— a él solo le exigí moralmente que hiciera lo mismo. ¿Te das cuenta? ¡Qué puta mierda

de cláusula es esa! Ni siquiera puse lo que pretendía por escrito. Es como… como haber firmado mi propia condena de idiota por idiota.

Ella se encoge de hombros, casi divertida.

—Emma, perder contra un Lancaster es lo más normal del mundo. Créeme, no eres la primera ni serás la última.

—Pero yo soy la idiota que creyó que podría jugar con él de igual a igual.

Tessa suelta una risa suave, y yo frunzo el ceño.

—¿De qué te ríes?

—De que hace un rato Marcus me llamó para pedirme un favor.

—¿Marcus te llamó a ti?

—Ajá. Que te preguntara si prefieres rosas o margaritas.

Parpadeo, sin entender.

—¿Qué?

—Flores, Emma. Rosas o margaritas. Y no me mires así, que todavía hay más: tu suegra quiere saber si en la decoración será amarillo y blanco o solo blanco.

Me quedo helada.

—¿Mi… suegra? ¿Su madre ya está al tanto de todo?

Antes de que pueda asimilarlo, el timbre de mi móvil interrumpe el momento. Vibra sobre la mesa, la pantalla iluminada con un número desconocido.

—No lo conozco…

—Yo sí. —Tessa me lanza una mirada cargada de significado—. Es su madre.

El corazón se me acelera.

—¿Qué querrá?

—No tengo ni idea, pero tranquila. —Me aprieta la mano y me guiña un ojo—. Recuérdalo: será la abuela de tu hijo.

Me levanto despacio, como si las piernas pesaran toneladas, y me aparto un poco de la mesa. El móvil vibra otra vez en mi mano. Trago saliva, respiro hondo y descuelgo.

—¿Hola? —mi voz suena insegura, casi temblorosa. —¿Hola?

—Emma, querida. —Una voz femenina, serena y elegantemente dulce, me acaricia el oído desde el otro lado—. Soy la señora Lancaster.

Siento que me falta el aire y miro de reojo a Tessa, que me observa con los ojos brillando de pura diversión.

—Oh… señora Lancaster… yo… hola.

—No quiero asustarte ni incomodarte con esta llamada, cariño. Todo lo contrario. He pensado que lo más sensato es que nos conozcamos con calma, sin prisas y en un ambiente acogedor. Por eso, me encantaría invitarte esta misma semana a cenar a nuestra casa.

Mi estómago se encoge. La casa de los Lancaster.

—Oh… no sé si…

—Tranquila. —Su tono baja aún más, hasta se vuelve envolvente, como si supiera exactamente lo que pienso—. Para que te sientas cómoda he pedido también a Dylan y a Tessa que nos acompañen. Así será una velada familiar, relajada, sin presiones.

Me muerdo el labio con fuerza, con el corazón en la garganta. Esa mujer me está desarmando sin esfuerzo, como si ya me hubiera leído por dentro.

—¿De verdad? —pregunto en un susurro.

—De verdad, querida. No hay nada de qué preocuparse. Solo somos una familia que desea conocerte mejor. Tú y mi futuro nieto sois lo más importante ahora.

Cierro los ojos, intentando procesar sus palabras, y una lágrima rebelde amenaza con escaparse.

—Está bien… acepto la invitación.

—Maravilloso. —Se nota la sonrisa en su voz—. Te enviaré los detalles por mensaje. Y Emma… —hace una pausa breve, suave— gracias por no cerrarnos la puerta.

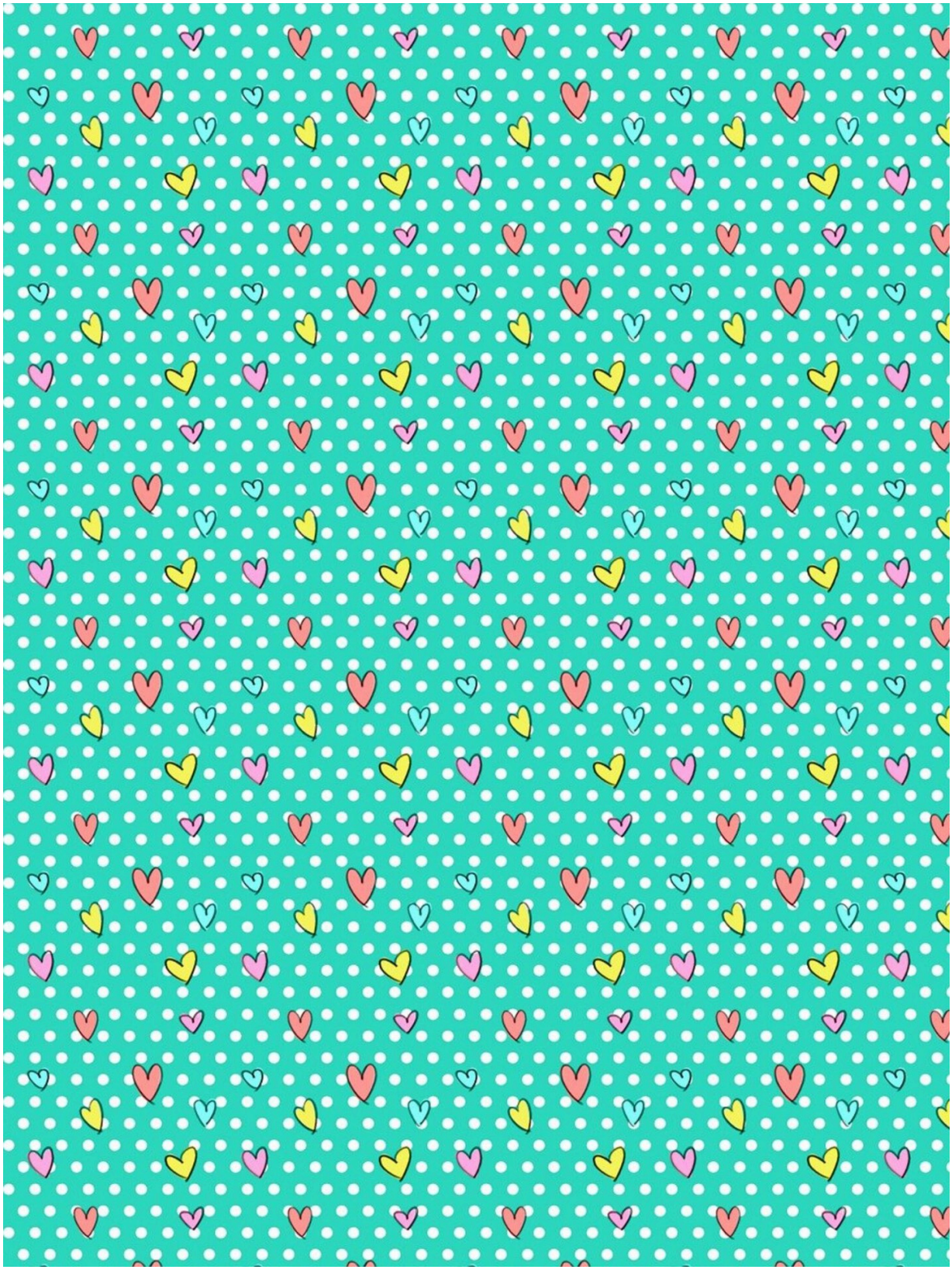
Cuando cuelgo, me quedo quieta, con el teléfono aún en la mano.

—Bueno… —dice Tessa, cruzándose de brazos y con esa sonrisa de zorro que nunca augura nada bueno—. Ya ves. Parece que te vas de cena con los Lancaster. Y lo mejor de todo: yo también.

La miro, atónita, y me dejo caer en la silla como si acabaran de arrollarme.

—Voy a vomitar.

—No, cariño. —Tessa da un sorbo de su café con total calma—. Vas a cenar. Y vas a sobrevivir. Créeme, es encantadora.



CAPÍTULO 16

MARCUS

El reloj del salón marcaba las seis cuando crucé la puerta de la casa familiar. Mi madre estaba en el sofá, con su eterna taza de té humeante entre las manos, como si el mundo nunca pudiera perturbarla.

—Madre. —Me quité la chaqueta y la dejé caer sobre la butaca más cercana.

Me miró con esos ojos suyos que nunca han necesitado palabras para desnudarme.

—¿Vas a contarme por fin qué ocurre con esa muchacha?

Sentí un leve tirón en la mandíbula, pero me recompuse de inmediato. Ni un socio, ni un rival, ni siquiera mi propia madre podía leer en mí lo que no quería mostrar.

—No hay mucho que contar. No te encariñes demasiado con Emma. Lo único que la une a mí es que se convertirá en la madre de mi hijo. Ha sido un accidente, y yo… —hice un gesto con la mano, restándole importancia— apechugaré con las consecuencias.

Mi madre dejó la taza sobre la mesa con una lentitud calculada.

—¿Un accidente, dices?

—Exacto. —Me dejé caer en la butaca frente a ella, cruzando una pierna sobre la otra. Mi voz era fría, distante, como si hablara de cualquier operación empresarial—. Nada más.

—Entonces explícame por qué hablas de matrimonio. —No alzó el tono, pero la pregunta fue un golpe seco.

Inhalé con calma, aunque por dentro me irritaba aquella manía suya de hurgar en lo que no debía.

—Ese es otro tema. La quieren deportar a España. Si se marcha, se lleva a mi hijo y todo se complica. Casarme con ella es la solución más sencilla. Un movimiento estratégico. Nada más.

El silencio se extendió como una sombra entre los dos. Yo mantuve la mirada fija en el techo, como si ya hubiera cerrado la conversación.

Entonces escuché su voz, suave, casi divertida.

—Hablas de estrategia, de trámites, de obligaciones… Y, sin embargo, tu tono cambia cada vez que pronuncias su nombre.

Giré bruscamente la cabeza y la encaré. Sus ojos azules estaban clavados en mí, escrutándome con esa maldita sabiduría que nunca falla.

—No confundas las cosas, madre —repliqué, seco, como si mis palabras pudieran blindarme—. No siento nada por ella.

Mi madre sonrió, pequeña, triunfante. Dio un sorbo a su té como si me hubiera leído entero.

—Claro, hijo. Como tú digas.

Apreté los labios, conteniendo la rabia. Porque sabía que no le había convencido. Y lo peor era que ni yo mismo estaba seguro de querer convencerme.

El comedor estaba impecable. Mantel de lino blanco, la cubertería de plata pulida y más velas de las que yo jamás habría elegido por voluntad propia. Todo era obra de mi madre, por supuesto. Ella insistía en que, si iba a recibir invitados, debía hacerlo como un Lancaster. Yo lo habría resuelto con una botella de *whisky* y un par de copas.

El timbre sonó.

Me encaminé hacia la puerta con el paso seguro, relajado, como si no me importara en absoluto. Era una farsa que dominaba a la perfección.

Al abrir, encontré a Dylan y a Tessa en el umbral. Mi hermano me estrechó la mano con esa sonrisa forzada que solo usaba cuando estaba atrapado entre su lealtad hacia mí y la devoción que sentía por su mujer.

—Hermano. —Me dio una palmada en el hombro—. Espero que tengas buen *whisky*, porque lo voy a necesitar.

—Siempre lo hay. —Le respondí con una media sonrisa, apartándome para dejarles pasar.

Tessa entró detrás de él, radiante, con ese brillo en los ojos que me recordaba demasiado a Emma. Me saludó con un gesto educado, aunque su mirada llevaba una advertencia escondida. No hacía falta que hablara: podía leer en su expresión que venía dispuesta a vigilarme.

—Todo esto se ve… —hizo una pausa, recorriendo el comedor con la vista— demasiado elegante para ti.

Solté una risa breve.

—Es obra de mi madre. Ya deberías saberlo.

Mientras nos instalábamos en el salón, la tensión me caló por dentro. No lo mostré, pero ahí estaba: el zumbido constante de la espera. Porque la verdadera invitada aún no había llegado.

Y entonces sonó el timbre de nuevo.

No sé por qué, pero mi pecho se contrajo. Crucé el pasillo con calma estudiada, como si aquello no significara nada. Como si no hubiera pasado horas imaginando esa entrada.

Abrí la puerta.

Y allí estaba ella.

Emma. Vestida con sencillez, pero cada curva, cada gesto de inseguridad en sus ojos la hacía más arrebatadora que cualquier mujer con la que hubiera jugado antes. Tragó saliva, como si hubiera reunido toda su fuerza para estar frente a mí.

—Buenas noches —dijo, en un murmullo.

Mi primer impulso fue arrastrarla dentro y acorralarla contra la pared. Pero me limité a inclinar la cabeza, manteniendo la compostura.

—Bienvenida, Emma. Pasa.

Cuando cruzó el umbral, el aire pareció volverse más denso. Su perfume, su respiración nerviosa, el roce accidental de su brazo contra el mío… Todo me golpeaba como un anzuelo directo al pecho.

La conduje hasta el salón, donde Dylan y Tessa ya esperaban. Mi madre apareció justo en ese momento, con esa sonrisa cálida y hospitalaria que siempre desarmaba a cualquiera.

—Emma, querida, me alegra tanto que estés aquí. —Le tendió la mano, con delicadeza—. Y espero que te sientas cómoda. Esta casa es la tuya.

La vi sonrojarse, casi balbucear un agradecimiento. Y entonces lo comprendí con claridad brutal: Emma estaba fuera de lugar, nerviosa, frágil. Y, al mismo tiempo, era la única que conseguía ponerme contra las cuerdas en mi propio terreno.

Me serví una copa de *whisky*, necesitaba algo en la mano para no dejar que se me notara el temblor.

Esta cena iba a ser una guerra silenciosa, y todos lo sabíamos.

El murmullo de la conversación se mezclaba con el tintinear de la cubertería. Parecía una cena normal, pero bajo esa fachada había pólvora lista para estallar.

Emma estaba sentada frente a mí, al lado de Tessa. Mi madre presidía la mesa, encantada, mientras Dylan intentaba suavizar cualquier chispa que se escapara.

Yo solo podía pensar en cómo Emma me sostenía la mirada. Ni un pestañeo. Como si hubiera jurado no dejarme ganar ni una sola batalla esa noche.

—¿Habéis pensado en nombres? —preguntó mi madre con entusiasmo, sirviéndose un poco más de vino.

Sonreí, seguro de mi respuesta.

—Alexander. Fuerte, clásico, digno de un Lancaster.

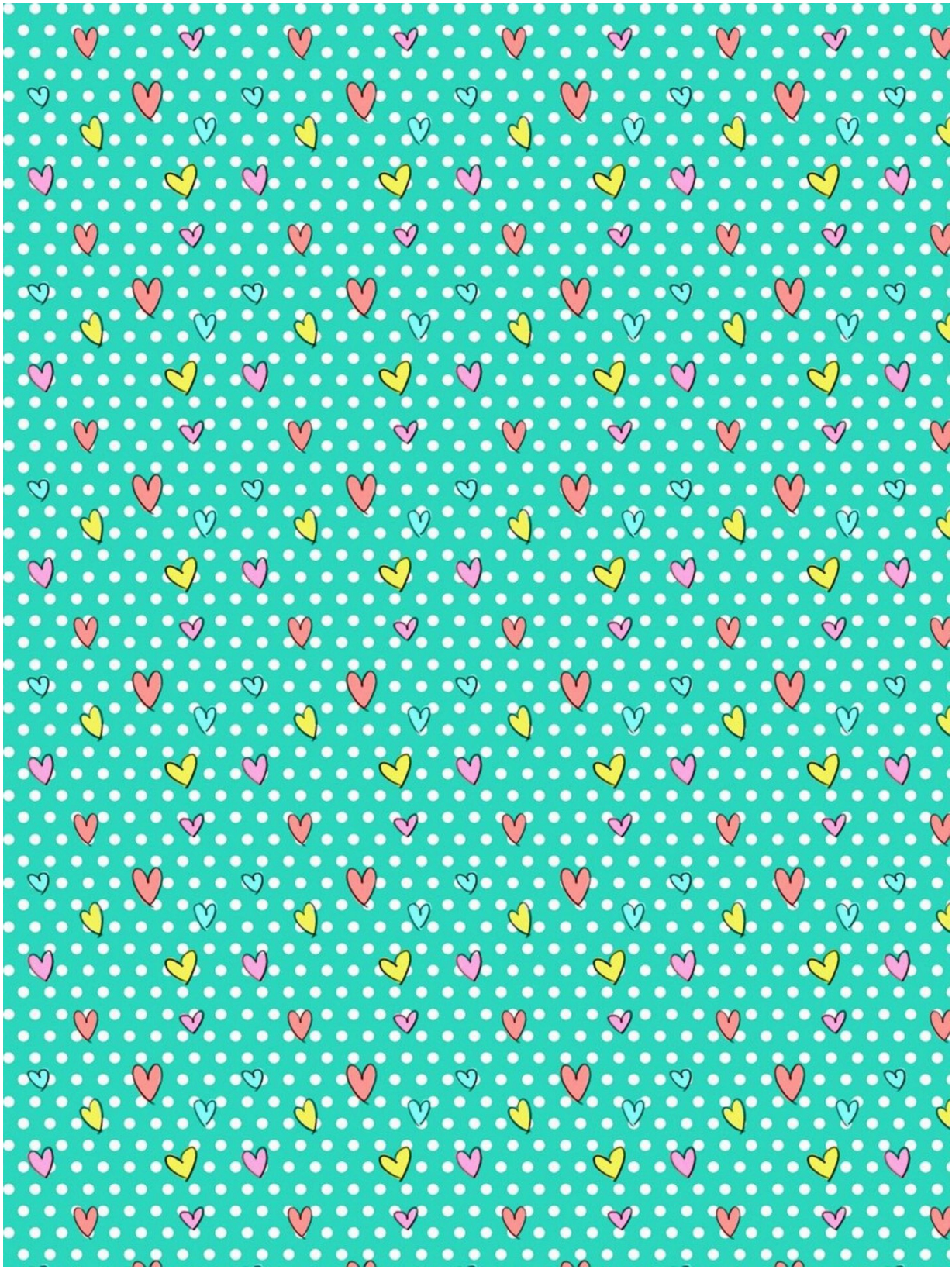
Emma arqueó una ceja.

—Alexander. Vaya. ¿Y si resulta que es niña? ¿También la llamarás Alexander para mantener tu dignidad de Lancaster?

La carcajada de Tessa rompió la solemnidad. Yo apreté la mandíbula.

—Si es niña, Olivia. —dije con calma—. Suena elegante.

—Suena a abuela aburrida. —disparó Emma con una sonrisa angelical—. Yo pensaba en Sofía, o quizá Luna. Algo menos… predecible.



CAPÍTULO 17

MARCUS

Noté mi pierna tensarse bajo la mesa, justo cuando un pie pequeño —el suyo, sin duda— me dio un toque. Al principio pensé que había sido un accidente, pero luego el empujón se repitió, más fuerte.

Le devolví el gesto, mi rodilla rozó la suya con deliberada lentitud. Ella contuvo un respingo y me lanzó una mirada fulminante.

Mi madre intervino, sin captar la electricidad que cruzaba la mesa.

—Cualquiera de los nombres me parece precioso. Lo importante es que el bebé crezca con amor.

Emma sonrió, inclinándose hacia mi madre con complicidad.

—Exacto. Y no con un contrato que le dicte hasta la cuna donde debe dormir.

—No sigas por ahí. —murmuré, inclinándome hacia adelante, lo suficiente para que solo ella me oyera—. Muy ingeniosa, cariño —eso último lo dije en voz alta.

Me atravesó con los ojos, pero no retrocedió.

Dylan, intentando desviar el tema, preguntó:

—¿Y sobre el bautismo? ¿Habéis hablado de eso?

—Por supuesto. —respondí sin dudar—. En la iglesia familiar. Es tradición.

Emma casi se atragantó con el agua.

—Ah, no. —se giró hacia mí, con el tono educado pero los ojos en llamas—. No pienso que mi hijo sea obligado a nada que no sea una decisión suya cuando tenga edad para decidirlo.

—Nuestro hijo. —la corregí, dejando el vaso en la mesa con un golpe seco—. Y será bautizado.

Bajo la mesa, su pie volvió a chocar contra mi pierna, esta vez clavando la punta del zapato en mi pantorrilla.

Me incliné hacia ella con una sonrisa helada.

—Si quieres guerra, preciosa, te prometo que perderás.

Ella no bajó la mirada. Al contrario, se inclinó también, tan cerca que pude sentir su aliento.

—Lo mismo pensabas anoche… y aún estoy esperando que cumplas lo que prometiste.

Mi copa de *whisky* tembló en la mano. Maldita mujer. ¿Qué ha querido decir con eso? ¿Que no fui lo suficientemente bueno?

Mi madre, ajena al fuego cruzado, sonreía encantada como si todo marchara de maravilla. Tessa la imitaba, aunque yo notaba cómo apretaba los labios para no reírse del espectáculo.

Era una cena civilizada, sí. Pero cada palabra era un puñal, cada roce bajo la mesa un desafío, cada mirada un incendio.

Y por primera vez en mucho tiempo, me di cuenta de que no estaba jugando con una amante ocasional. Estaba jugando con alguien que no pensaba ceder.

Y lo peor… es que empezaba a gustarme demasiado este juego.

Salí del salón un momento, fingiendo interés en la sobremesa, pero en realidad quería aire. La tensión en esa cena estaba tan cargada que podía cortarla con un cuchillo. Emma, esa pequeña y testaruda mujer, me había dejado sin palabras varias veces… y sin control sobre mí mismo.

Cuando volví, la encontré desaparecida del salón. Mis instintos me llevaron directo al baño. La puerta estaba entreabierta, y allí estaba ella, de espaldas, lavándose las manos, fingiendo no estar nerviosa.

—¿A qué juegas, Emma? —pregunté, con voz baja, acercándome hasta que el calor de mi cuerpo se mezcló con el suyo.

Ella se giró, como si no tuviera miedo. Pero sus ojos, esos malditos ojos verdes, delataban que también sentía lo que yo sentía. La tensión sexual no era un secreto. Era un incendio a punto de estallar.

—¿A qué juego? —respondió, cruzándose de brazos, aunque un hilo de sonrisa traicionera se dibujaba en sus labios.

—Firmaste que obedecerías, Emma. —me acerqué un paso más, sintiendo su aliento en mi cara—. Y ahora te estás revelando.

Su mirada brilló con desafío, y mi pulso se aceleró. Mi cabeza sabía que debería controlarme, que está embarazada y que no podía perder la compostura. Pero mi cuerpo… mi cuerpo no estaba de acuerdo.

—Ni lo sueñes —susurró, con una mezcla de descaro y desafío, y por un segundo sentí que el mundo se detenía y que yo estaba totalmente desubicado.

Sonreí con malicia, recorriendo lentamente la distancia que nos separaba. El calor de su cuerpo era adictivo, la provocación un reto que no podía rechazar.

—¿Deseas que calme tus deseos ahora? —pregunté, jugando con la cláusula que ella misma me obligó a incluir en nuestro contrato—. Ya sabes, esa que… me obliga a mí cuando tú quieras.

Ella tragó saliva, intentando mantener la compostura, pero el temblor en sus manos y la forma en que su mirada se desvió de la mía la delataron.

—Ni lo sueñes. —repitió, firme, pero sus labios se entreabrieron y su respiración se aceleró, revelando que por dentro se derretía.

Un segundo, solo un segundo, y la tensión se transformó en electricidad pura entre nosotros. Cada centímetro que nos separaba

era un campo de batalla, y ambos sabíamos que ninguno cedería… pero tampoco podíamos alejarnos.

Me incliné, lo suficiente para que solo ella lo sintiera.

—Maldita sea… —murmuré contra su oído, con voz grave—. No sabes cuánto me tienta ver cuánto puedes resistirte.

Emma cerró los ojos, apretando los labios, y aunque su mente intentaba mantenerse firme, podía sentir cómo se rendía lentamente a todo lo que yo representaba.

Ese instante, esa mezcla de desafío y deseo, me recordó por qué nadie podía jugar con un Lancaster como si fuera un juego trivial.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —pregunté, casi retador, respirando su perfume—. Porque yo… no pienso marcharme.

—Ni se te ocurra —susurró ella, y al pronunciar esas palabras, supe que esto no era solo una guerra de voluntades. Era pura adicción.

Y en ese momento, supe que ninguno de los dos saldría indemne.

CAPÍTULO 18

EMMA

Su sonrisa se ensancha, y antes de que pueda reaccionar, su mano se desliza con descaro por mi muslo, subiendo bajo mi falda. Un temblor me recorre y me muerdo el labio, intentando contener un gemido.

—Maldita sea… —murmura—. No sabes cuánto me gusta verte resistirte.

Su otra mano se posa sobre mi cintura, acercándome más a su cuerpo. Siento el calor de su torso, la dureza de sus músculos, y me derrito por dentro. Mis manos buscan refugio en su camisa, tirando de ella, rogándole sin palabras.

—Emma… —susurra, con su voz ronca y tentadora—. Pídemelo.

Mi respiración se acelera, y casi sin darme cuenta, lo hago.

—Marcus… tócame… —susurro, apenas es audible, pero está cargado de urgencia.

Y él lo hace, con manos expertas que me recorren de arriba abajo, arrancando gemidos y temblores. Cada toque me quema, me enciende, me hace perder la noción de todo excepto de él.

Pero entonces, justo cuando estoy a punto de perder el control, se detiene. Sus dedos se apartan, su cuerpo se separa, y me deja temblando, con un gemido atrapado en la garganta.

—Me gusta más cuando me lo pides —dice con esa sonrisa canalla que me hace odiarlo y amarlo a partes iguales—. Y ahora… me voy, quiero que sepas que si tú no estás dispuesta a obedecer las normas, puede que yo tampoco.

Se da la vuelta y se aleja, dejándome con el fuego aun ardiendo entre mis piernas, los pensamientos revolucionados y un nudo en el estómago que me recuerda que Marcus Lancaster siempre tiene el control.

Me apoyo contra la pared, tratando de calmar el temblor de mi cuerpo, jurando que esta vez no me rendiré tan fácilmente… aunque sé, en el fondo, que he perdido otra batalla antes siquiera de que comience la guerra.

Me quedo apoyada contra la pared, respirando a trompicones, con las piernas temblando como si hubiera corrido una maratón y el corazón latiéndome en la garganta. *Bien, Emma, bien… esto es exactamente lo que necesitabas hoy*, me digo con ironía. Claro, porque nada dice tranquila y centrada como haber sido tocada por Marcus Lancaster hasta casi perder el control.

Recogí un poco de dignidad de donde pude y cerré la puerta del baño, porque al menos ahí puedo llorar un poco en privado… o gritar. Todavía no estoy segura de cuál me ayudaría más a procesar la humillación y el deseo que me corre por las venas.

Mientras me miro en el espejo, mi reflejo me devuelve una Emma furiosa y… derretida por dentro. *Sí, derretida, y encima embarazada. Bravo, genio, qué buen plan de vida estás llevando*.

Mis manos tiemblan cuando intento arreglarme un poco. Los botones de mi blusa parecen un obstáculo imposible, como si fueran a desatar otra tormenta en cualquier momento. Me miro al espejo y me pregunto: *¿cómo coño voy a mantener este contrato, esta regla absurda, sin que mi cordura se escape por la ventana?*

Y luego pienso en él. Marcus, con esa sonrisa de canalla, su manera de tocarme como si yo fuera suya aunque legalmente aún no lo sea… y maldita sea, porque sabe exactamente cómo jugar conmigo. Y yo… yo lo dejo. *¿Por qué lo dejo? Porque soy estúpida, porque soy humana, y porque me está volviendo loca*.

Me siento en el borde del lavabo, tratando de calmarme, pero cada recuerdo de sus manos, de su aroma, de su calor… me hace

jurar que podría volver a perderme en él en cualquier momento. Incluso ahora, con el contrato firmado y todo en regla, mi cuerpo y mi cabeza no se alinean para nada más que para pensar en Marcus.

—Bien, Emma —me digo en voz baja—. Ahora respira. Recuerda que el contrato dice que él debe… y que tú debes… —trago saliva—. Que eres dueña de tus decisiones, incluso si eres una completa idiota.

Porque eso soy: una idiota que sabe perfectamente que ha encendido un fuego que no va a apagarse por sí solo, y que el pobre Marcus Lancaster va a usarlo a su favor. *Y yo también… si sobrevivo a mis propios impulsos, quizá tenga alguna carta que jugar*.

Me seco la frente con la manga de la blusa y, por primera vez en minutos, siento que puedo pensar con algo de claridad. Sí, todavía estoy ardiendo, sí, todavía me derrito por dentro cada vez que lo recuerdo, pero también sé que debo mantener la cabeza fría. Este contrato, esta cláusula absurda, este deseo que él me provoca… todo es una bomba de relojería que, si no la manejo, me va a explotar en la cara.

—Vamos, Emma —susurro, casi riéndome de mí misma—. Tienes un hijo que proteger, un contrato que sobrevivir, y un hombre que no piensa marcharse de tu vida tan fácilmente. Y encima, tienes que mantener tu dignidad intacta… o algo que se le parezca.

Salgo del baño con pasos firmes, aunque mi interior grite en rojo absoluto. Y mientras camino hacia el salón, Marcus Lancaster ya ha reclamado su primer derecho, y yo… bueno, yo voy a tener que demostrarle que no soy fácil de someter, aunque mi cuerpo diga otra cosa.

Prepárate, Emma. Porque esto no ha hecho más que empezar.

Después de un buen rato de risas algo forzadas, al menos por mi parte, decido poner fin a la cena, y me despido de la señora Lancaster con una mezcla de gratitud y nervios. Es imposible no

sentir cierta calidez hacia ella, aunque sé que eso no cambia nada de lo que me espera con Marcus.

—Gracias por todo —le digo, intentando sonar más firme de lo que me siento—. De verdad, ha sido… muy amable.

Ella me sonríe, con esa dulzura que parece capaz de derretir hasta al más frío de los hombres.

—Emma, la próxima semana llegará mi marido —dice, inclinando ligeramente la cabeza—. Estoy segura de que él querrá conocerte.

Mi corazón da un brinco. *Su marido, el señor Lancaster… ¿y seguro que desea conocerme? Dios, esto se va a complicar todavía más.*

—Estaré encantada —respondo, aunque en mi interior me retuerzo con mil pensamientos—. Y gracias otra vez por hacerme sentir… bienvenida.

Ella me hace un guiño cómplice, como si leyera todo lo que no digo.

Me levanto para irme, recogiendo mis cosas, y siento que algo dentro de mí se aprieta. *Otra cena… otra oportunidad para que Marcus me vuelva loca, y quién sabe qué más.*

—Hasta pronto, Emma —me despide, con una sonrisa que es un abrazo sin contacto físico—. Y recuerda, no estás sola.

Salgo de su casa con el corazón latiendo a mil, tratando de recomponer mi expresión. Por fuera intento parecer tranquila, controlada, pero por dentro estoy hecha un torbellino.

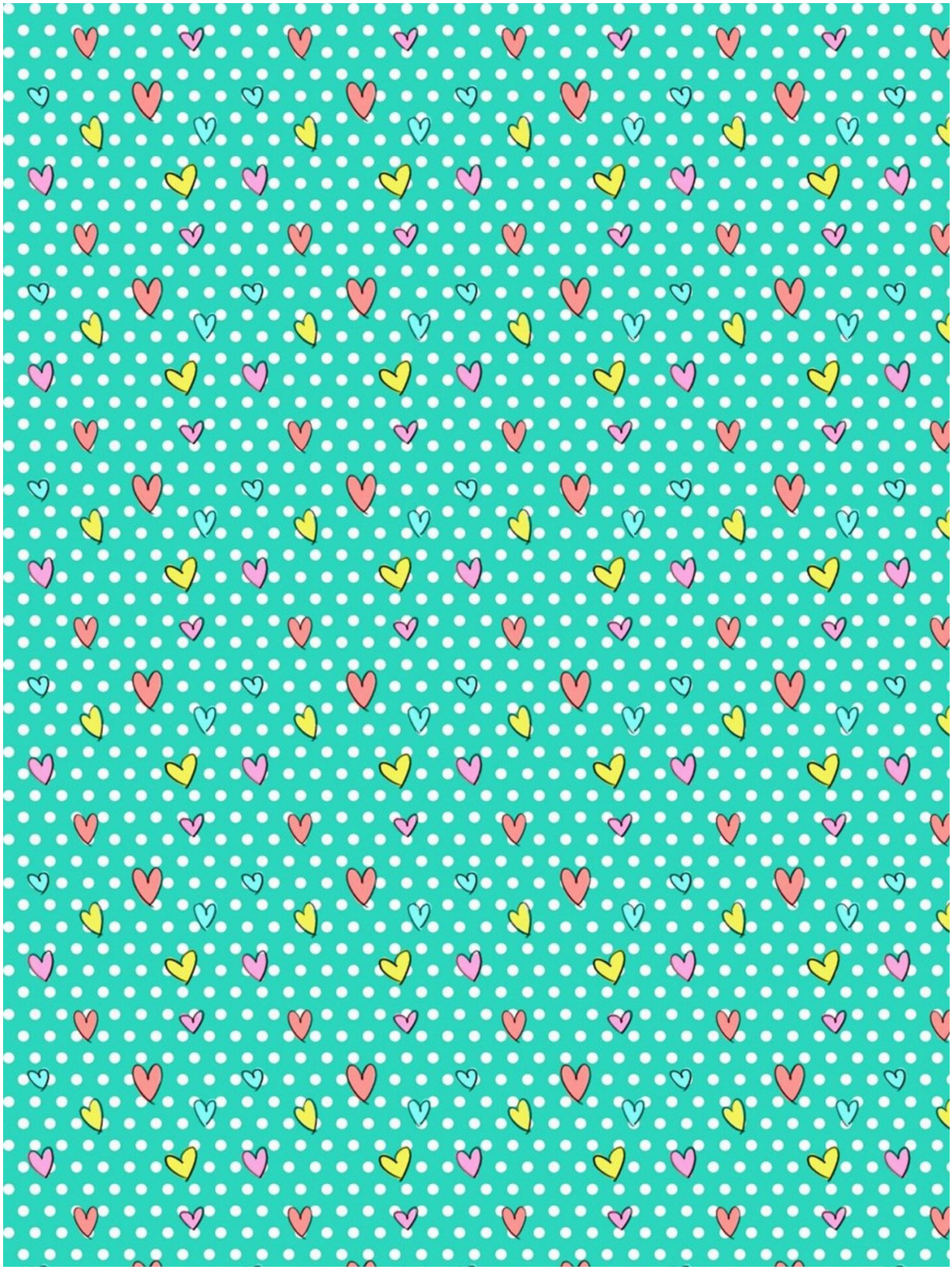
Tessa y Dylan han insistido en traerme a casa, pero no les he dejado. En realidad necesitaba estar sola con mis pensamientos, a ver si de una maldita vez consigo ponerlos en orden.

El taxi se aleja y yo me quedo unos segundos frente al portal, abrazada a mi bolso como si fuera un escudo. Estoy agotada, saturada de tantas emociones. La madre de Marcus ha sido encantadora, tanto que me remueve más todavía. Y ahora me queda

la resaca emocional de haber estado sonriendo como si todo fuera normal.

Suspiro y alargo la mano hacia la puerta… cuando una sombra se mueve a mi lado.

—¿Te ha gustado mi madre?



CAPÍTULO 19

EMMA

Casi me da un infarto. Me giro en seco y ahí está él. Marcus. Apoyado en la pared como si llevara media hora esperándome, con las manos en los bolsillos y esa sonrisa de medio lado que debería estar prohibida por ley.

—¿Qué demonios haces aquí? —es lo único que atino a decir, con la mano todavía en el pomo de la puerta del portal del edificio.

—Digamos que quería asegurarme de que mi madre no te abrumara con su entusiasmo —responde, y su tono tiene ese deje socarrón que me crispa y me enciende al mismo tiempo.

—Tu madre ha sido encantadora. Tú, en cambio, no tanto.

Marcus sonríe como si yo le hubiera regalado el mejor cumplido del mundo. Da un paso hacia mí y yo instintivamente retrocedo un poco. La puerta del portal presiona contra mi espalda. Estoy atrapada.

—No vine a hablar solo de ella —dice, con voz baja, tan baja que me vibra en la piel—. Tenemos algo pendiente.

Trago saliva. Mi cerebro grita *huye*, pero mi cuerpo está demasiado ocupado encendiéndose como una hoguera.

—¿Pendiente? —pregunto, fingiendo ingenuidad.

Él inclina la cabeza, esos ojos oscuros fijos en mí, devorándome. Se acerca tanto que siento el calor de su aliento rozándome la mejilla.

—¿Quieres que lo diga en voz alta? —susurra, y desliza un dedo por mi muñeca hasta entrelazarlo con los míos.

Siento un espasmo recorrerme entera. Las piernas me tiemblan.

—Marcus… —intento sonar seria, pero mi voz se ve traicionada por el temblor que me recorre.

—Lo sé —me corta, con su sonrisa canalla ampliándose—. Estás agotada, confundida, lo que quieras… pero también me deseas. Y no lo niegues, Emma, porque lo noto.

Su mano sube por mi brazo, lenta, letal. Mi respiración se acelera. *Malditas hormonas, maldito él.*

—Te equivocas —miento descaradamente, aunque mis mejillas arden como si acabara de salir del infierno.

Marcus ríe bajo, con ese sonido grave que se me mete en el pecho y me desarma.

—Entonces, si no estás segura de que me deseas deja que te convenza.

Antes de que pueda replicar, su boca roza la mía un segundo, un roce que me incendia de arriba abajo. Y me odio por no apartarlo, por no darle una bofetada… porque en el fondo lo único que quiero es que no se detenga.

Marcus me besa como si tuviera derecho a hacerlo. Como si mi boca le perteneciera. Y lo peor —o lo mejor, depende de cómo se mire— es que yo se la cedo sin poner resistencia. Mis labios responden solos, desesperados, como si lo hubieran estado esperando todo el día.

Su lengua invade, reclama, manda. Y yo, la idiota que juró mantenerse firme, estoy pegada a la pared con los dedos hundidos en su camisa, arrastrándolo más cerca, como si no pudiera soportar ni un centímetro de distancia.

La mano de Marcus se cuela bajo mi blusa, firme, caliente, subiendo sin pudor. Gimoteo cuando me atrapa un pecho y aprieta con fuerza, arrancándome un jadeo que me avergüenza y excita a la vez.

—Lo sabía —susurra contra mi boca, con esa maldita arrogancia que me vuelve loca—. Tu cuerpo no miente, Emma.

Sus dedos pellizcan mi pezón a través del sujetador y un espasmo me sacude entera. Dios, esto es pura tortura.

De pronto se aparta. Da un paso atrás, solo uno, pero suficiente para que la piel me duela de repente al perder su calor. Me mira con esa media sonrisa de demonio, con los labios húmedos, el pecho agitado.

—Podría dejarte así —dice la voz ronca, llena de maldito poder.

Yo me quedo boquiabierta. *¿Cómo que dejarme así?* Mis muslos arden, mi cuerpo grita por él, y este imbécil pretende largarse como si nada.

—¿Perdona? —escupo, con la respiración descontrolada.

—Es solo que… me gusta más cuando me lo pides —responde, ajustándose la camisa como si de verdad tuviera pensado marcharse.

El cabreo me atraviesa como un rayo. ¿En serio? ¿Después de encenderme así? ¿Después de arrastrarme al mismísimo borde del abismo?

Lo agarro del brazo y tiro de él hacia mí con tanta rabia que choco contra su pecho. Mis labios rozan los suyos y gruño:

—Pues quédate con tus malditas preferencias, Marcus. Pero ahora mismo me vas a follar.

Un destello salvaje brilla en sus ojos. No hay más palabras. Me levanta en vilo y me lleva adentro, hasta mi apartamento, sin importarle que casi derribamos la puerta contra la pared.

Me lanza sobre el sofá y se abalanza encima, devorándome otra vez, esta vez sin piedad.

Sus manos arrancan mi blusa, sus dedos me desnudan con prisa, y en segundos estoy desnuda bajo él, jadeando, temblando, suplicando.

—Así me gusta —gruñe mientras baja por mi cuello, mordisqueando, dejando marcas que mañana me arderán solo con mirarlas en el espejo.

Lo siento duro contra mi vientre y gimo desesperada, arqueando las caderas, rogando sin decirlo. Hasta que me penetra con esa brutalidad arrolladora que me arranca un grito.

No hay ternura. No hay calma. Es una guerra de cuerpos, un choque violento que me roba el aire y me arranca gemidos que jamás pensé dejar salir. Mis uñas se clavan en su espalda, mis piernas lo aprisionan, y él se mueve como si quisiera destrozarme desde dentro.

Marcus ríe entre jadeos, salvaje.

—Eso… así, Emma. Sabía que terminarías pidiéndomelo.

Yo no respondo. No puedo. Estoy perdida en el huracán Lancaster, en el sexo más bestia de mi vida, y lo único que hago es gritar su nombre una y otra vez mientras me rompe en mil pedazos.

Caigo contra el sofá jadeando, con el cuerpo todavía temblando por los espasmos que me han sacudido entera.

Marcus se aparta apenas lo justo para recuperar el aire, apoyando los codos a ambos lados de mi cabeza. Está sudado, arrebatador, con esa expresión satisfecha de depredador que siempre consigue revolverme el estómago… y no de hambre precisamente.

Lo miro, esperando —no sé qué demonios espero, la verdad—. Tal vez un gesto más humano, algo que me diga que esto ha significado un mínimo para él. Pero lo único que obtengo es su voz grave y contundente:

—Ya ves, Emma. Esto forma parte de nuestro acuerdo —me dice sin pestañear—. Cumplo con lo que firmamos. Y espero que tú también lo hagas.

Mi sonrisa se congela antes de nacer.

—¿Nuestro acuerdo? —pregunto con ironía, aunque la garganta me arde.

Marcus se aparta del todo, se ajusta la camisa como si lo que acabamos de hacer hubiera sido una simple tarea pendiente.

—Firmaste obedecer, ¿recuerdas? —me lanza, mirándome con esos ojos fríos que tanto me confunden—. Yo también cumplo mi parte: respeto la cláusula de saciar tu sed sexual, aunque no me la hayas pedido esta vez sé leer entre líneas.

Cláusula. Obediencia. Contrato. Eso es lo que soy para él. Una cláusula viva. Un capricho legalizado.

Me quedo helada, tragándome el nudo en la garganta, mientras él termina de abotonarse con una calma insultante.

—No confundas las cosas, Emma. No me acerco a ti por otra razón que no sea la que pactamos.

Y ahí está. El golpe final. Cruel. Preciso.

Asiento despacio, fingiendo entereza, aunque por dentro me desmorono.

—Claro, Marcus —susurro, odiándome por el temblor en mi voz—. Qué tontería pensar lo contrario.

Él me lanza una última mirada, mezcla de satisfacción y advertencia, antes de coger su chaqueta y encaminarse hacia la puerta.

Me quedo sola en esa esquina del sofá mientras él se aleja.

Todavía desnuda, con el cuerpo oliendo a él, y la mente hecha un torbellino.

‹‹Eres idiota, Emma. Idiota››.

Creí que lo que empezaba a surgir entre nosotros podía parecerse a ese amor del que siempre me reí en voz alta pero que en silencio soñé. Creí que sus manos, sus besos, su manera de poseerme escondía algo más que puro egoísmo.

Pero claro… ¿cómo he podido ser tan estúpida? Marcus Lancaster no ama. Marcus posee. Y yo acabo de recordarlo de la manera más dolorosa posible.

—¿Sabes lo que parece, Emma? —me dice Marcus mientras apoya una mano en la puerta, con esa sonrisa torcida que nunca anuncia nada bueno.

—¿Qué? —respondo, todavía intentando recomponerme después del huracán que acabamos de desatar.

Sus ojos, oscuros y fríos, se clavan en los míos.

—Que te estás enamorando de mí.

Suelto una carcajada rápida, demasiado aguda, demasiado forzada.

—¿Enamorarme de ti? —repito, fingiendo diversión—. No seas ridículo, Marcus.

Él no aparta la mirada. Y en el silencio que se extiende entre nosotros, sé que lo ha notado: la grieta en mi risa, el temblor en mi voz, la mentira que no he podido ocultar. Me arde la piel.

No dice nada, solo me mira.

—Marcus… —intento decir algo, cualquier cosa.

No me contesta.

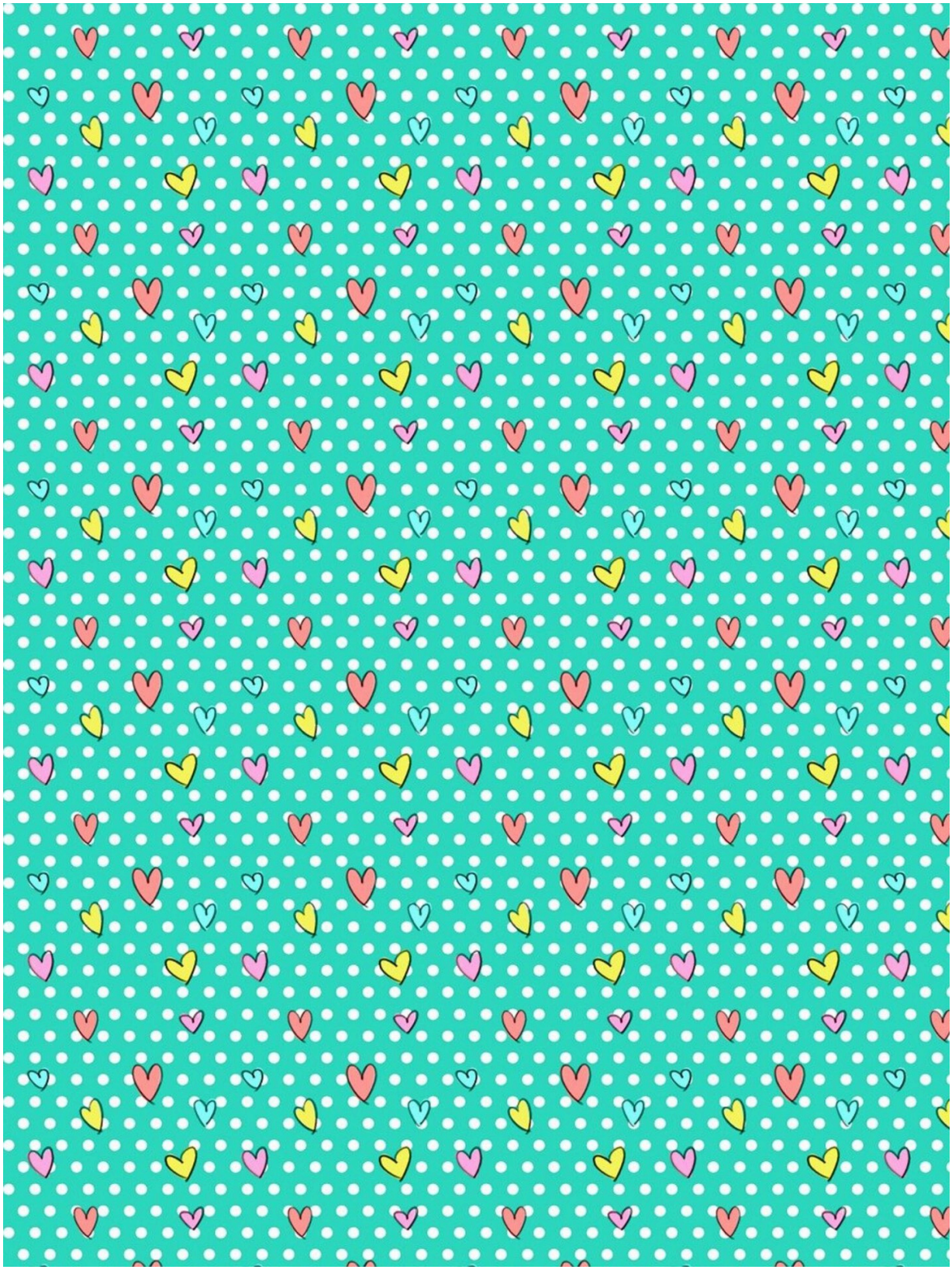
La puerta se cierra con un golpe seco. Y yo me quedo ahí, desnuda, con el alma hecha pedazos y un presentimiento horrible latiéndome en las sienes.

El móvil vibra unos minutos después. Un mensaje suyo. Frío. Impersonal.

‹‹La próxima semana recibirás todos los detalles de la boda por parte de mi abogado. He decidido que, pese a lo que mi familia espere, será mejor mantenerlo todo íntimo y en secreto››.

Me quedo mirando la pantalla sin saber si reír o llorar. Así termina todo. Con un mensaje. Con un adiós tácito.

Claro, Lancaster. Mejor secreto. Así nadie verá lo estúpida que soy. Pienso.



CAPÍTULO 20

EMMA

El teléfono vibra sobre la mesa del comedor justo cuando termino de dejar la bolsa del supermercado en el suelo. El nombre de Tessa parpadea en la pantalla y, aunque mi estómago aún está revuelto por la cena con los Lancaster y no me apetece hablar sobre ella, respondo.

—¿Superviviente? —es lo primero que me suelta, sin saludo previo.

Suelto una carcajada cansada.

—Estuvo bien. Aunque admito que tu marido y tu querida suegra fueron mi salvación.

—Ajá… pero yo llamo por lo jugoso —dice con voz cantarina—. ¿Qué tal la velada con Marcus? Sé que después de que te marcharas de la casa Lancaster él salió corriendo a tu encuentro.

Cierro los ojos y me paso la mano por la frente. No quiero hablar de eso por teléfono, sé cómo es Tessa.

—¿Podemos vernos? No creo que esto se pueda resumir en dos frases.

—Te paso a recoger en diez. Café de emergencia.

No protesto.

Diez minutos después estoy en su coche y otros veinte más tarde, sentadas en nuestra cafetería de siempre, ella me mira como si fuese a sacarme una confesión criminal.

—Empieza. Y no me vengas con detalles aburridos de cubiertos de plata o flores en la mesa, recuerda que en la cena estuve presente, quiero lo de después. Quiero lo otro. —Me clava los ojos con malicia—. Lo que tiene que ver con tu Lancaster.

Resoplo, removiendo el café sin probarlo.

—Vale… lo digo de golpe, ¿sí? —ella asiente, expectante—. Me he acostado con Marcus.

El ruido de su cucharilla al chocar contra la taza es tan fuerte que varias cabezas se giran en la cafetería.

—¿¡Cómo!? ¿Otra vez?

Levanto las manos en plan culpable.

—Un par de veces ya, en realidad.

—¿Un par? —sus ojos parecen dos platos—. Emma, ¿te das cuenta de lo que me estás diciendo? Es Marcus.

Tessa me mira como si me hubiera vuelto loca, que probablemente lo estoy.

—Vale, bien, dos veces. Ya me parece suficiente para mandarte a un psiquiátrico, pero… ¿qué más pasó?

Levanto la cabeza y suelto una risa nerviosa, esa que me sale cuando no sé si reír o llorar.

—¿Te puedes creer lo que me dijo después de…?

—Ilumíname.

—Que había detectado algo en mí. Que si acaso me estaba enamorando de él. —La carcajada me sale ahogada, casi histérica—. ¡¿Te lo imaginas?! Marcus Lancaster, diciéndome eso en mi cara.

—Y tú, claro, te partiste de la risa.

—Exacto. —Sonrío forzada, aunque sé que mis ojos no acompañan—. Me reí en su cara.

Tessa me estudia en silencio unos segundos y yo empiezo a remover el café como si fuera a encontrar respuestas en el fondo de la taza.

—Ya ves… —dice al fin, ladeando la cabeza—. Se ha dado cuenta de que estás locamente pillada, ¿eh?

—¡No! —salto de inmediato, demasiado rápido, demasiado alto.

Ella se recuesta en la silla, triunfante.

—Ya… claro.

—¡Que no, Tess! —protesto, y empiezo a pasear la mirada por todo el local, como si necesitara escapar de sus ojos—. Solo fue sexo. ¡Sexo! Y un maldito contrato. La cláusula esa… fue una tontería, un capricho.

—Una estrategia muy sexy, sí —me suelta, conteniendo la risa.

—¡No fue porque me guste! —insisto, aunque noto cómo la voz me tiembla—. Es arrogante, controlador, egocéntrico… ¡yo no estoy colgada de él!

Tessa arquea una ceja, disfrutando de mi hundimiento.

—No, qué va. Solo te aseguraste de que tu arrogante controlador egocéntrico no tuviese fuerzas de acostarse con nadie más que contigo porque tuviera la obligación de darte placer cuando a ti se te antojara. Muy indiferente todo.

Me quedo de piedra, con la boca abierta. Siento un nudo en la garganta y unas ganas terribles de gritar o de llorar.

—Soy una estúpida… —murmuro al fin, derrotada.

Tessa me toma la mano y aprieta fuerte.

—Sí, lo eres. Pero eres mi estúpida, y lo sabes. Y si Marcus juega sucio, aquí estaré yo para recordártelo.

Cierro los ojos, tragando saliva, porque aunque quiero creer sus palabras, en el fondo de mi pecho hay una chispa que no dejo de negar, y que me consume más cada día.

Estaba aún con el regusto amargo de nuestra charla cuando mi móvil vibra de nuevo. Esta vez no era una llamada: era un correo. El remitente me hizo abrir los ojos como platos.

—Es del abogado de Marcus —murmuré, bajando la voz sin darme cuenta.

Tessa se inclinó por encima de la mesa.

—¿Y qué dice? —preguntó.

Abrí el correo con manos temblorosas. Un par de líneas, frías, impersonales, como todo lo que venía de ese hombre: *Lugar y fecha de la ceremonia. Rogamos puntualidad.* Y nada más. Ni una palabra extra, ni un saludo cordial, ni una mísera informalidad.

Se lo pasé a Tessa con la pantalla encendida. Ella lo leyó en silencio, y cuando levantó la mirada tenía los ojos encendidos como antorchas.

—No me lo puedo creer.

Antes de que pudiera reaccionar, ya estaba marcando un número en su propio móvil.

—¿Qué haces? —pregunté, alarmada.

—Lo que alguien tiene que hacer. —Se lo llevó a la oreja y, en cuanto contestaron al otro lado, explotó—: ¡Marcus Lancaster, debes de ser el mayor gilipollas de este planeta!

Abrí la boca, muda, viendo cómo la cafetería entera giraba la cabeza hacia nosotras.

—¡Esto no es un partido de fútbol al que invitas con un: tráete las cervezas! ¡Es una boda, idiota! —bramaba Tessa—. ¿O es que piensas que tu madre no va a decir nada cuando se entere de que te has casado en secreto con Emma?

Pude oír vagamente la voz de Marcus al otro lado, grave y calmada, aunque no entendí sus palabras. Pero el gesto de Tessa me lo dijo todo: estaba empeorando la cosa.

—¡¿Ese es tu problema?! —gritó, encogiéndose sobre la mesa como si quisiera golpear el teléfono—. ¡¿Seguir follándote a todas las guarras que te llevas a la cama?! Te aviso, a mi amiga le importa una mierda lo que hagas con tu vida privada, pero te recuerdo algo,

Lancaster: de aquí en adelante tendrás que empezar a preocuparte por alguien más que no seas tú.

Hubo un silencio breve. Después, Tessa apartó el teléfono de su oído y lo miró.

—Me ha colgado.

—¿Qué… qué te ha dicho? —pregunté, aún sin aliento.

Ella dejó el móvil sobre la mesa y me sostuvo la mirada.

—Que ese es su problema. Que ya te está haciendo un favor y no piensa montar ninguna boda por todo lo alto. Que mejor en secreto, así podrá seguir con su vida y tú con la tuya.

Sentí un nudo en el estómago, como si acabara de tragarme un pedazo de hierro.

—Claro… típico de Marcus.

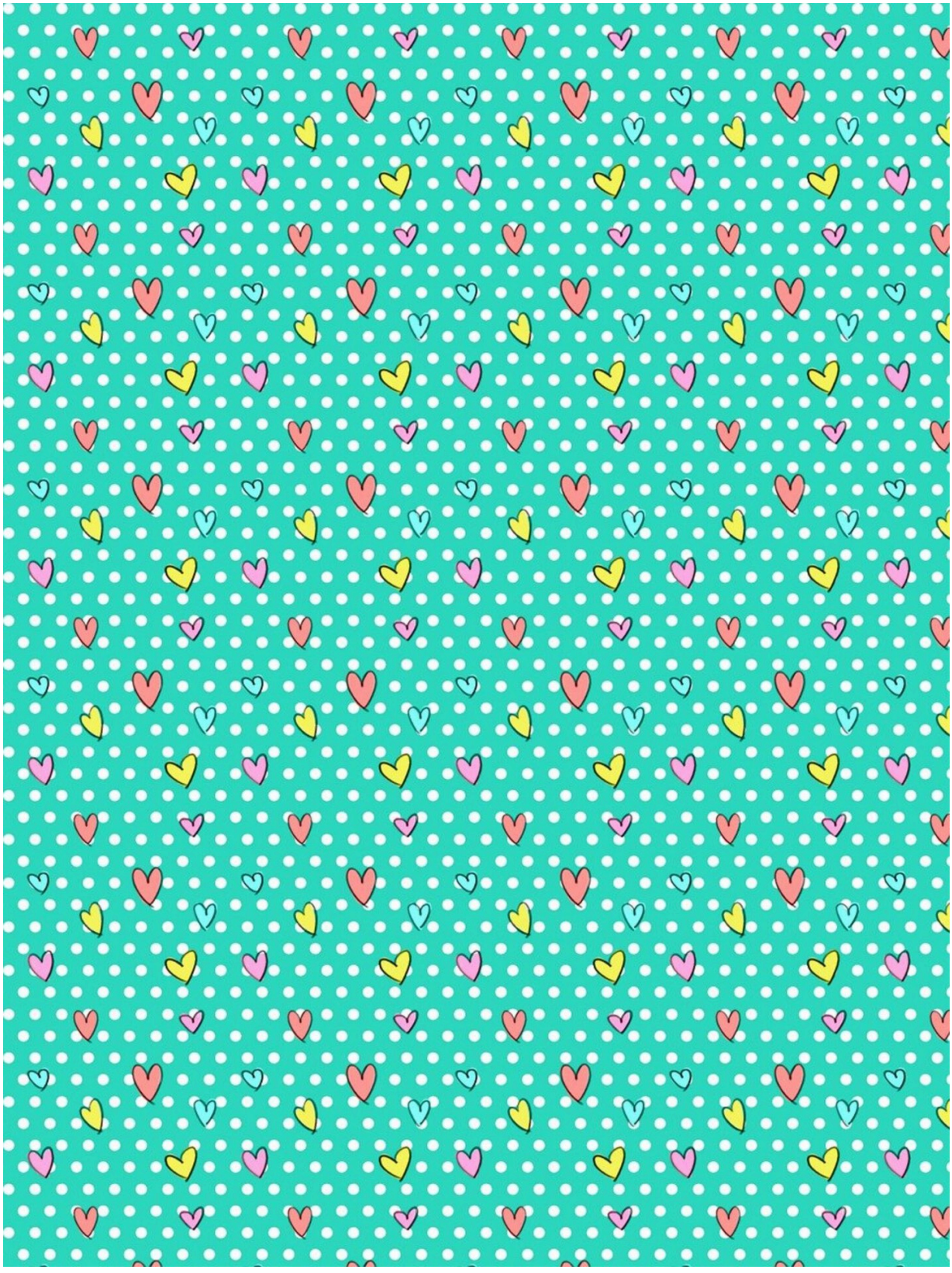
Tessa, en cambio, no se ablandó ni un ápice.

—Olvídate de Marcus Lancaster. Usa lo que te ofrece, el matrimonio, la protección… y ya. —Me cogió las manos entre las suyas, más fuerte de lo normal—. Vive bien gracias a eso, pero no te metas más en su mundo. Y si aceptas mi consejo, desaparece de la ciudad hasta que nazca el bebé.

La miré, sintiendo que las lágrimas me presionaban por detrás de los párpados.

—¿Desaparecer?

—Sí, Emma. —Asintió con firmeza—. Porque si te quedas aquí… él te va a romper. Y yo no pienso recoger los pedazos.



CAPÍTULO 21

EMMA

Sentí que mi corazón aún latía con fuerza cuando cerré los ojos y recordé aquel día en Lancaster Holding. La oficina fría, las paredes de cristal, el silencio interrumpido solo por el sonido del bolígrafo sobre el papel, y la tarjeta que Marcus me entregó. Todo se había resuelto en secreto, sin ceremonias, sin invitados, sin rastro del mundo exterior.

Acepté casarme con él, y lo hice sin discutir, porque era evidente que no había otra opción si quería protegerme a mí misma y a mi hijo. La palabra obligación nunca había tenido tanto peso, pero también me sentí extrañamente liberada: todo estaba en regla, todos los documentos de residencia, todo solucionado. Lo único que necesitaba ahora era comunicarle a mi madre que el papeleo estaba resuelto y que, por fin, no habría deportación. Y que me marchaba unos meses a visitar a esa amiga que tenía en Los Ángeles, esa que no conocía ella, y yo tampoco porque era totalmente inventada, pero Tessa tenía razón, debía desaparecer unos meses para intentar olvidarme de Marcus.

Las mentiras no se me han dado francamente bien jamás, a la vista estaba que hasta Marcus me había cazado enamorada de él, pese a mi negación absoluta, asi que decidí contarle a mi madre que estaba embarazada. Un bebé no es algo que se pueda meter en un cajón y guardarlo en secreto. Contra todo pronostico me dijo que ella ya lo sabía, igual que sabía que ese Lancaster era un buen hombre, y que me tomase mi tiempo pero que no la privase de ser abuela, que regresara pronto.

No hace falta decir que me rompió el corazón, porque sí, una madre conoce bien a una hija, y eso era lo que me tranquilizaba de ella, que sabía a la perfección que yo iba a estar bien.

Todavía recuerdo el día B con angustia. Marcus me miró con esa calma perturbadora suya, casi leyendo mis pensamientos. Sus palabras fueron claras y precisas, sin espacio para dudas:

—Compra todo cuanto necesites para que ese bebé tenga de todo antes de llegar a este mundo. Está claro que puedes asistir al mejor ginecólogo de la ciudad. Si surge cualquier problema, llama a mi secretaria; ella sabrá qué hacer. Por lo demás, no es necesario que tengamos relación alguna hasta el día del parto.

Quise abrir la boca para hablar de aquella cláusula absurda que él había aceptado, la que obligaba a satisfacer mis deseos, pero apenas lo pensé cuando Marcus me interrumpió. Como si leyera mis pensamientos de nuevo, su voz sonó firme, implacable:

—Creo que lo mejor es no tener contacto alguno. Por ti, por mí y por el bien del que será en breve nuestro hijo. Si tú aceptas yo cederé en ciertas cosas en las que quizá he sido demasiado rígido. No habrá bautizo, y el nombre podemos pensarlo.

Y salió del despacho, dejándome sola con un nudo en la garganta y un recuerdo que todavía me quemaba por dentro. Ese fue el último momento que compartí con Marcus antes de… siete largos meses.

Ahora, siete meses y una semana después, sentada en este avión de regreso a Chicago, todo me vuelve a la cabeza. Le hice caso a Tessa y me fui, porque necesitaba ese tiempo para mi salud mental.

Pero los meses han pasado y no puedo seguir escapando. Tengo que regresar. Y con cada turbulencia del avión siento que me acerco al punto en el que todo cambiará de nuevo: volveré a la ciudad, volveré a mi vida, y Marcus… Marcus también estará allí, aunque no sé si estoy lista para enfrentarlo, o para enfrentar lo que vendrá con nuestro hijo.

El recuerdo de su mirada, fría y calculadora, mezclada con aquella chispa de intimidad que jamás podremos negar, me hace apretar los puños. Sé que nada será fácil. Y, aun así, un extraño

vértigo recorre mi cuerpo: estoy a punto de regresar a la tormenta que es él, y sé que no hay marcha atrás.

Salí del avión y lo primero que vi fueron los rostros de Tessa y Dylan. La sorpresa en sus ojos casi me hizo reír… y eso que yo misma me estaba asombrando de lo grande que estoy. La barriga ha explotado de manera espectacular, y aunque la ropa me sienta bien, no puedo negar que estoy a punto de reventar.

—Emma… —Dylan no puede contenerse, señalándome con la boca abierta—. ¿Ahí dentro solo hay un bebé? Porque… parece que llevas sextillizos.

Me eché a reír, más por nervios que por otra cosa.

—Sólo hay uno, Dylan. Te lo prometo. —Lo digo mientras acaricio la barriga, intentando calmar el vértigo que me sube por la columna.

Tessa me abrazó con fuerza y noté que me temblaban las piernas.

—Tranquila, todo va a estar bien —me susurró, apretándome contra ella.

Pero entonces Dylan se giró hacia mí con esa expresión que mezcla culpa y diversión.

—Lo siento, Emma… pero no he podido evitarlo. Mi hermano está fuera esperando.

El sudor me recorrió la espalda. Un miedo frío me atravesó el cuerpo y no pude evitar recordar todos esos mensajes que había ignorado de Marcus meses atrás: sus llamadas preguntando dónde estaba, sus insistentes peticiones para asistir a alguna ecografía, los silencios que me había obligado a mantener.

Mi instinto fue retroceder, buscar una salida, cualquier rincón donde no me viera así, vulnerable y tan… embarazada.

—Saldré por el lateral. No estoy preparada para que me vea así —dije con voz temblorosa, tratando de mantener la dignidad.

Dylan asintió, comprensivo:

—Está bien, intentaré que tengas tiempo de desaparecer antes de que se dé cuenta.

Pero ninguno contaba con que Marcus es más listo de lo que aparenta. Durante todo este tiempo, ya sospechaba que mis esquinazos y escapatorias no eran solo casuales. Y allí estaba él, esperándome pacientemente en la otra salida, con esa sonrisa que me hacía temblar y que sabía perfectamente que no había forma de esquivar.

Sentí que el corazón se me aceleraba, la barriga me pesaba el doble y, por primera vez en meses, supe que no habría escapatoria. Marcus estaba allí, y lo peor de todo… era que yo quería que estuviera.

El aeropuerto estaba lleno de ruidos y pasos que iban a la carrera, pero para mí todo parecía reducido a un solo punto: Marcus. Mi respiración se aceleró al instante en que lo vi apoyado junto a la columna de donde colgaba la palabra salida, su mirada recorriéndome como si pudiera leer cada pensamiento que se escondía bajo mi ropa ajustada y mi barriga prominente.

Mi instinto gritaba que me detuviera, que retrocediera, pero mis pies avanzaban solos.

—Emma —dijo, con esa voz profunda que hacía que mi cuerpo se erizara—. ¿Puedo acercarme?

Mi mente gritaba no, mi cuerpo decía sí. Pero me obligué a asentir apenas, consciente de cada gesto, cada respiración.

Se acercó lentamente, midiendo la distancia, como un depredador elegante que sabe que un solo movimiento en falso podría arruinar todo. Yo lo miraba, tratando de no perderme en sus ojos oscuros, en esa sonrisa que me derretía.

Dios, solo con verla de cerca, mi autocontrol se desmorona. Cada curva de su cuerpo, la suavidad de su piel, cómo se muerde el labio para no traicionarse… quiero tocarla, necesito tocarla, pero sé

que sería mi perdición. Ella está embarazada, pero incluso eso no apaga el fuego que me quema por dentro. Si cedo, todo se va al infierno.

Su proximidad me está matando. Cada segundo que pasa, cada leve roce de su brazo mientras pasa frente a mí me hace desear que me toque… y a la vez me aterra. No puedo permitirme perderme otra vez en él. Tengo que mantener el control, aunque cada fibra de mi ser quiera arrojarse a sus brazos.

Marcus se detuvo apenas a un paso de mí. Su aliento se mezclaba con el mío, su mirada estaba fija en mi boca, en mis ojos, en todo lo que podría hacerme sucumbir. Mi cuerpo se tensó, temblando por dentro, mientras mis manos se aferraban a mi bolso como si fuera un ancla que me mantuviera a salvo.

—No… —susurré, aunque el tono no sonaba convincente ni para mí misma.

—No qué —su sonrisa ladeada dejaba claro que sabía exactamente lo que estaba pasando—. ¿Vas a intentar resistirte?

Intenté apartar la mirada, bajar los ojos, concentrarme en cualquier cosa que no fuera él. Pero no pude. Cada reflejo suyo me atrapaba, cada pequeño movimiento hacía que mi corazón se acelerara.

Se está resistiendo… y eso me mata más que si me atacara. Cada segundo que no la toco es una tortura. No puedo perderla, ni siquiera por un instante. Siete meses sin ella y ahora entiendo por qué no pude vivir con normalidad. Porque no hay normalidad cuando ella existe así, frente a mí, provocando cada deseo que he reprimido.

Se inclinó ligeramente, sin tocarme, y sus dedos rozaron mi mano cuando pasé frente a él. Un roce mínimo, casi accidental, pero suficiente para que un escalofrío me recorriera. Retrocedí un paso y apreté los labios, intentando recuperar el control.

—Emma… —susurró—. No me hagas perder la cabeza ahora.

Maldita sea. Sus palabras me hicieron temblar de pies a cabeza. Cada parte de mí quería tirarme a sus brazos, dejar que me tocara, que me devorara allí mismo. Pero también sabía que eso sería el principio de mi destrucción. Tengo que resistir, Emma. Por ti, por tu hijo, por tu dignidad.

Marcus dio un paso atrás y sus ojos nunca me dejaron de recorrer. No me tocó, pero su cercanía era más devastadora que cualquier contacto físico. Mi respiración se aceleró, mis manos temblaban, y sentí cómo mis piernas se debilitaban bajo mi control.

—Tienes… un efecto en mí —dijo, en un murmullo, y yo sentí un calor subirme por la cara.

—Y tú en mí —susurré sin pensar, arrepintiéndome al instante de haberlo admitido siquiera en voz baja.

Se alejó un poco, pero no demasiado. Seguía siendo imposible ignorarlo. Cada gesto suyo, cada respiración contenida, era un desafío a mi autocontrol.

—No voy a tocarte —dijo finalmente, con esa frialdad en la voz que solo él podía proyectar mientras sus ojos brillaban con deseo—. Pero cada segundo cerca de ti es un martirio. Y sé que tú sientes lo mismo.

Sí, lo siento. Lo siento y es una tortura. Cada milímetro de este espacio compartido me consume, me hace desear cosas que sé que no debo. Pero también sé algo más: Marcus nunca dejará de ser él mismo, y yo nunca dejaré de quererlo.

Retrocedí un poco, respirando hondo, intentando recomponerme. Marcus hizo lo mismo, manteniendo la distancia, pero con la intensidad de su mirada clavada en mí, haciéndome desear que él no hubiera aprendido a controlarse.

—Entonces… —dijo, bajando la voz—. Nos mantenemos aquí, respirando, aguantando… hasta que alguno de los dos pierda la cabeza. ¿O prefieres que me marche?

Era un juego peligroso, ambos sabíamos que cualquier roce, cualquier movimiento, podría romper la barrera que nos separaba. Pero también sabíamos que, por primera vez en siete meses, el simple hecho de estar cerca ya era demasiado para nuestros cuerpos y nuestras mentes.

—No lo sé.

Me giré ligeramente para intentar salir de aquel corredor improvisado de miradas y respiraciones aceleradas, pero Marcus dio un paso hacia mí al mismo tiempo. Instintivamente me detuve, y el corazón se me disparó. Su proximidad no era casual; podía olerlo, sentir el calor de su cuerpo a centímetros del mío, y cada fibra de mi ser gritaba que me lanzara a él.

—Emma —susurró—. ¿Seguro que quieres que me vaya?

Negué con la cabeza, aunque no podía apartar los ojos de su boca. Cada palabra, cada gesto suyo parecía diseñada para provocarme, y lo peor era que funcionaba. Mi respiración se aceleró sin que pudiera controlarla, y un temblor recorrió mis piernas.

Se inclinó un poco hacia mí, rozando mi brazo con el suyo. Un contacto mínimo, casi inocente, y sin embargo suficiente para que un escalofrío me recorriera entera.

Me aparté, di un paso atrás, intentando recordar que estaba embarazada, que no podía dejarme arrastrar… pero Marcus estaba ahí, tan cerca, tan perfecto, que toda mi razón se desvanecía.

—Te veo que estas controlándote, Emma —dijo, casi en un murmullo—. Pero dime, ¿cuánto más vas a resistirte? Porque puedo esperar, eternamente.

Maldita sea. Me estaba volviendo loca. Cada palabra suya, cada roce mínimo, me quemaba por dentro. Si me dejaba llevar, sabía que todo se iría al infierno… pero si seguía resistiéndome, sentía que me moría.

Su mano rozó la mía otra vez, esta vez más segura, más decidida, como si estuviera probando mis límites. No podía

apartarme; estaba atrapada entre el deseo y el miedo. Sentí el calor subirme por las piernas, un hormigueo que no podía ignorar, mientras intentaba respirar hondo y no sucumbir.

—Emma —dijo, con su rostro a centímetros del mío—. No voy a tocarte más de lo necesario… pero cada segundo contigo es una tortura. Y sé que lo sientes.

Asentí, y noté cómo sus ojos brillaban con algo que no era simple deseo: era provocación. Me mordí el labio, intentando mantener la compostura, pero él sonrió, consciente de que estaba consiguiendo lo que fuese que quería conseguir.

Su mano se deslizó por mi brazo hasta mi codo, un toque que no me obligaba a nada pero que me decía todo. Quise apartarme, pero mi cuerpo no obedecía; estaba demasiado acostumbrado a reaccionar a él.

—Te noto… demasiado cerca de perder el control —murmuré, tratando de que sonara firme, aunque mis mejillas ardían y mi respiración era entrecortada.

—Y tú me haces querer perderlo —respondió él—. Pero puedo esperar. Hasta que tú decidas ceder… o hasta que no puedas más.

Ceder… ¿cómo voy a ceder cuando debería huir? Y sin embargo, no puedo. No puedo apartarme, no puedo dejar de mirarlo, de sentir su proximidad, su calor. Cada milímetro de este espacio compartido me consume, me tortura. Y él lo sabe.

Intenté girarme de nuevo para avanzar hacia la salida, pero Marcus bloqueó mi camino con solo un movimiento, tan elegante, tan seguro, que no tuve opción de esquivarlo. Su cuerpo rozaba el mío lo suficiente para que mis sentidos explotaran.

—No vas a huir de mí —dijo suavemente, y en su voz había un mandato implícito—. No ahora, no después de siete meses.

Un temblor me recorrió toda la espalda. Sabía que si me dejaba llevar, no habría retorno. Y Marcus también lo sabía. Sus

dedos rozaron mi cintura al moverse un poco hacia mí, y el contacto fue suficiente para que me derritiera por dentro, aunque mis ojos y mi mente intentaban mantenerse firmes.

—Ni lo sueñes Marcus. Fuiste tú quien decidido que dejásemos de vernos. Fuiste tú quien me obligó a tomar la decisión de marcharme, fuiste tú quien me apartó—susurré decidida a no ceder.

Se apartó un poco al escucharme, lo suficiente para mantener el equilibrio entre la tensión y la distancia. Y aun así, podía sentir cada latido de su corazón, cada respiración, cada deseo que emanaba de él.

—Emma, no fue hasta que te fuiste que me di cuenta de lo que eras para mí —murmuró, antes de retroceder y desaparecer unos pasos, dejando el aire cargado entre nosotros.

Quedé allí, respirando con dificultad, con las manos temblando, el cuerpo vibrando y la cabeza dando vueltas. Su cercanía me había dejado exhausta, y sin embargo, una parte de mí quería que no se alejara nunca. Pero la otra parte sabía que Marcus era un ser egoísta y que yo en este tiempo había a prendido a vivir pensando en mí y lol que era mejor para mí.

A los pocos segundos me estaba abofeteando figuradamente. Maldiciéndome por haber regresado, y sabiendo que el sentimiento de fracaso al verlo no iba a ser algo pasajero, si no que era el aviso de que mi mundo de nuevo se ponía bocabajo.

CAPÍTULO 22

MARCUS

Salí del aeropuerto con los puños cerrados y la mandíbula tan tensa que creí que en cualquier momento me iba a partir un diente. El aire frío me golpeó en la cara, pero no sirvió de nada: no me enfrió, no me calmó, no logró disipar la rabia ni la frustración que me consumían.

Maldije en voz baja mientras caminaba hacia el coche, con pasos largos, casi violentos, sin mirar a nadie. La gente iba y venía con maletas, con prisas, con sonrisas de bienvenida o lágrimas de despedida, y yo no veía nada. Solo veía a Emma. Su rostro se había quedado grabado.

Emma, con su cuerpo cambiado por el embarazo, tan distinta y, al mismo tiempo, tan jodidamente perfecta.

Me llevé una mano al pelo y tiré de él con fuerza, tratando de arrancarme de la cabeza esa imagen. No podía. La tenía grabada a fuego. El vestido que le marcaba las curvas nuevas, la piel suave y brillante, los ojos nerviosos que buscaban cualquier salida con tal de no encontrarse con los míos. La había visto temblar, sonrojarse, morderse el labio como siempre hacía cuando intentaba aparentar seguridad. Y Dios… la había deseado desde el primer segundo en el que mis ojos la encontraron.

Un beso. Solo un beso. Eso era lo que había querido, lo que había estado a punto de robarle, lo que había sentido tan cerca que todavía podía saborearlo en mis labios aunque nunca llegó a suceder. Y me odiaba por no haberlo hecho. Por haberme detenido.

Me apoyé un segundo contra la puerta del coche, cerrando los ojos. Inspiré hondo, pero lo único que inhalé fue a Emma, ese

recuerdo de su perfume mezclado con su piel, con ese calor que siempre me desarma.

Soy un gilipollas. No hay otra palabra. Un jodido gilipollas.

Porque durante siete meses me repetí como un mantra que había hecho lo correcto al apartarla de mi vida. Que lo nuestro no podía ser, que ella merecía más, que yo iba a destrozarla si seguía a mi lado. Quise convencerme de que la alejaba para protegerla, para darle libertad, para que pudiera rehacer su vida sin mi sombra oscura contaminándolo todo.

Pero la verdad es otra. La verdad es que soy un cobarde. La verdad es que me asusté porque estaba viéndome a mí mismo reflejado en sus ojos, y lo que vi fue amor. Amor por mí. Por mí, Marcus Lancaster, el hombre que no cree en eso, el hombre que no se ata, que no mira atrás, que no permite que nadie penetre en su mundo.

Y, sin embargo, ella lo hizo.

Lo peor es que me enamoré también.

Me odio incluso al revivirlo en mi propia cabeza, me parece ridículo, me parece humillante. Yo, Marcus, enamorado. No, no puede ser. No debería ser. Y aun así lo es. Porque no hubo una sola noche en estos meses en los que no me despertara pensando en ella, escuchando su risa en mi memoria, viéndola en cada maldito rincón de mi casa vacía.

Me esforcé, vaya si me esforcé. Rodeado de mujeres con las que antes habría sido imposible no caer. Las busqué, las cité, dejé que se me insinuaran. Tenía todo al alcance de mi mano: piernas perfectas, labios rojos, cuerpos dispuestos a entregarse. Y yo… yo no pude. No quise. Cada vez que lo intentaba, aparecía Emma. Su risa. Su forma de mirarme cuando pensaba que yo no me daba cuenta. La manía que tenía de discutir hasta lo más mínimo, y la manera en que sus mejillas se encendían cuando yo la descolocaba. Ella estaba en todas, en cada una de ellas, recordándome lo que había perdido.

Fue mi castigo, y lo merecía. Una tortura lenta, noche tras noche, día tras día. Y aun así, nada me preparó para lo que sentí hoy al verla.

Preciosa. Perfecta. Brillaba. Nunca pensé que pudiera desear tanto a una mujer embarazada, nunca imaginé que el cuerpo de Emma pudiera provocarme de esa forma, tan redondeado, tan distinto, y a la vez tan suyo, tan único. Estaba radiante. Era la mujer más bonita que había visto en mi vida. Y eso me mató.

Apreté los puños otra vez, golpeando suavemente el techo del coche como si eso pudiera liberar algo de lo que me estaba consumiendo por dentro.

Soy un gilipollas. Porque lo que tenía que haber hecho era besarla, besarla hasta que olvidara todos mis errores, hasta que entendiera que no podía alejarme más de ella. Besarla para que supiera que era mía, que siempre lo había sido.

Pero no lo hice.

Me quedé inmóvil, atrapado en mi propio control, como si aún me creyera capaz de protegerla de mí mismo.

Recordé su risa, la misma que me desarmó la primera vez. Recordé cómo me miraba en silencio, como si pudiera leer dentro de mí, como si viera más allá del hombre frío y calculador. Recordé cómo me desafiaba, cómo no tenía miedo de ponerme en mi sitio. Ella me dio guerra, me dio vida. Y yo le di la espalda.

Quise protegerla, eso me digo. Quise alejarla para no arrastrarla conmigo. Pero la verdad es que lo hice porque estaba cagado. Porque nunca me había pasado esto, porque Marcus Lancaster no se enamora, y de pronto yo lo estaba.

Y lo sigo estando.

Abrí la puerta del coche con tanta fuerza que chirrió, me metí dentro y cerré de un portazo. Me quedé unos segundos con las manos en el volante, sin arrancar, simplemente dejando que la respiración me ardiera en el pecho.

Quiero tenerla. Quiero tenerla conmigo, a mi lado, riendo, discutiendo, durmiendo en mis brazos. Quiero besarla, tocarla, hundirme en ella hasta perderme. La deseo como no he deseado nada en mi vida. Pero no es solo eso. La quiero. Quiero su caos, su dulzura, su obstinación. Quiero todo lo que es Emma.

Y soy un capullo. Porque la dejé ir. Porque la rechacé cuando más me necesitaba. Porque firmamos aquel papel frío, estúpido, que me convertía en su esposo y a ella en mi mujer, y en lugar de abrazarla lo único que le di fue una tarjeta y el número de mi secretaria.

Soy un capullo porque ahora mismo podría haber estado besándola, tocando su vientre, sintiendo a nuestro hijo crecer bajo mi mano. Pero en vez de eso, estoy aquí, en un coche vacío, con la certeza de que ella me odia tanto como yo me odio a mí mismo.

Arranqué el motor con rabia, pero no moví el coche. Mis manos temblaban en el volante. No podía marcharme sin admitirlo: Emma me ha cambiado. Me ha convertido en un hombre que no reconozco. Un hombre que piensa en alguien más antes que en sí mismo. Un hombre que ha estado enamorado en secreto durante meses y que ahora, al verla otra vez, lo siente con tanta fuerza que apenas puede respirar.

Y aunque sé que he cometido todos los errores posibles, aunque sé que ella tiene razones de sobra para odiarme, lo único que quiero es recuperarla.

Lo único que quiero es besarla.

Lo único que quiero es a Emma.

CAPÍTULO 23

EMMA

Lo vi marcharse. Con aquel coche negro que tanto odiaba —porque siempre me recordaba lo inalcanzable que era Marcus Lancaster— desapareció entre el tráfico del aeropuerto y yo me quedé con la respiración atascada en la garganta.

No me había besado. No me había tocado. No había hecho nada.

Y eso me dolió más que cualquier insulto, más que cualquier palabra fría que hubiera podido pronunciar. Durante meses había temido este reencuentro, había imaginado todas las formas en las que podía suceder, y al final… lo único que había pasado es que Marcus se había marchado.

¿La verdad? No me engañaba. No era porque hubiera aprendido a controlarse, no porque ahora fuera un hombre distinto. No. Lo había hecho porque ya no me deseaba. Porque yo ya no era la misma.

Apreté el abrigo contra mi cuerpo enorme, torpe, redondeado. Me sentía hinchada, pesada, ridícula, antiestética. Mi vientre se movía y recordaba a todos que dentro había vida, pero yo solo podía pensar en cómo esa vida me había robado la cintura, las formas que antes él perseguía con las manos, los pechos que ahora se sentían demasiado pesados, los tobillos hinchados.

Seguro que me vio y pensó que había cometido el error de su vida. Que esa mujer no era la que había deseado. Que Emma se había convertido en alguien irreconocible. Y no le culpaba por pensarlo. Yo misma apenas me reconocía cuando me miraba en el espejo.

Cogí un taxi y di la dirección de mi madre. Pasaron siete meses desde que había estado en esa casa, pero todo seguía igual cuando entré. El mismo olor a galletas de chocolate, la misma luz cálida entrando por las ventanas, las mismas plantas que ella cuidaba como si fueran parte de la familia.

—¡Emma! —mi madre me abrazó con tanto cuidado que sentí ternura y pena a la vez. Como si temiera romperme, como si el embarazo me volviera de cristal.

—Hola, mamá —murmuré, escondiendo la cara en su hombro.

Ella se apartó un poco para mirarme de arriba abajo. Sus ojos brillaron con lágrimas, pero sonrió.

—Estás preciosa.

Preciosa. La palabra se me clavó en el pecho. Quise creerla, quise agarrarme a ella, pero la voz de Marcus en mi cabeza decía lo contrario. No me había besado, no me había tocado, se había marchado.

Dejé la maleta en la entrada y pasé a la cocina. Y ahí estaba. La ecografía. Pegada con un imán en la puerta de la nevera. Me quedé mirándola, con una sonrisa que apareció sin permiso. No por mí, ni por Marcus, sino por ese pequeño que crecía dentro de mí y que ya tenía su lugar en la casa de mi madre.

—La puse en cuanto me la mandaste —dijo ella, notando cómo mis dedos acariciaban el papel—. Tenía que estar aquí, donde pueda verla todos los días.

Tragué saliva y asentí. Era como si esa manchita en blanco y negro fuera la única certeza que tenía en la vida.

—¿Quieres que te prepare tu habitación? —preguntó mi madre, con esa ilusión que siempre tenía cuando yo volvía a casa.

Negué rápido.

—No, mamá. Voy a quedarme con Tessa. He hablado con ella y hasta que nazca el bebé me quedaré en mi apartamento con ella.

La decepción pasó por su rostro, pero no intentó convencerme. Me conocía demasiado bien. Yo era de ideas fijas, y una vez tomada una decisión, nada podía moverme de ella.

—Está bien, cariño. —Suspiró y cambió de tema, como solo ella sabía hacerlo—. Tenemos que pensar en muchas cosas, ¿sabes? La ropa de bebé, la cuna, el carro… No tienes nada aún.

Sonreí débilmente y me senté a la mesa mientras ella abría una libreta. La escuché hablar de tiendas, de colores, de modelos de cochecitos. Y de pronto, entre una lista y otra, su voz cambió de tono.

—Emma… ¿ya le dijiste al padre el sexo del bebé?

Sentí que el aire se me escapaba de los pulmones.

—No. —Lo solté sin pensarlo, casi como si estuviese enfadada.

Mi madre me miró, sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque no pienso decirle nada. —Me apreté las manos sobre el vientre, como si así pudiera protegerlo de él—. Este bebé es mío. Y si Marcus no quiso saber nada al principio, si me dejó claro que lo mejor era mantener la distancia, entonces ahora no tiene derecho a aparecer y decidir qué saber y qué no.

Ella suspiró.

—Hija, él te llamó cuando te fuiste, ¿recuerdas? Solo había pasado un mes y ya se dio cuenta de que había cometido un error. Te buscó, quiso verte.

—Un mes, mamá. —Mi voz sonó más dura de lo que quería—. ¿Sabes lo que significa un mes cuando estás embarazada y sola? Es una eternidad. Yo lloraba cada noche, esperaba una llamada, un mensaje, algo. Y cuando llegó, ya era tarde. Demasiado tarde. Un mes es suficiente para saber que no importas.

Mi madre intentó responder, pero yo la interrumpí.

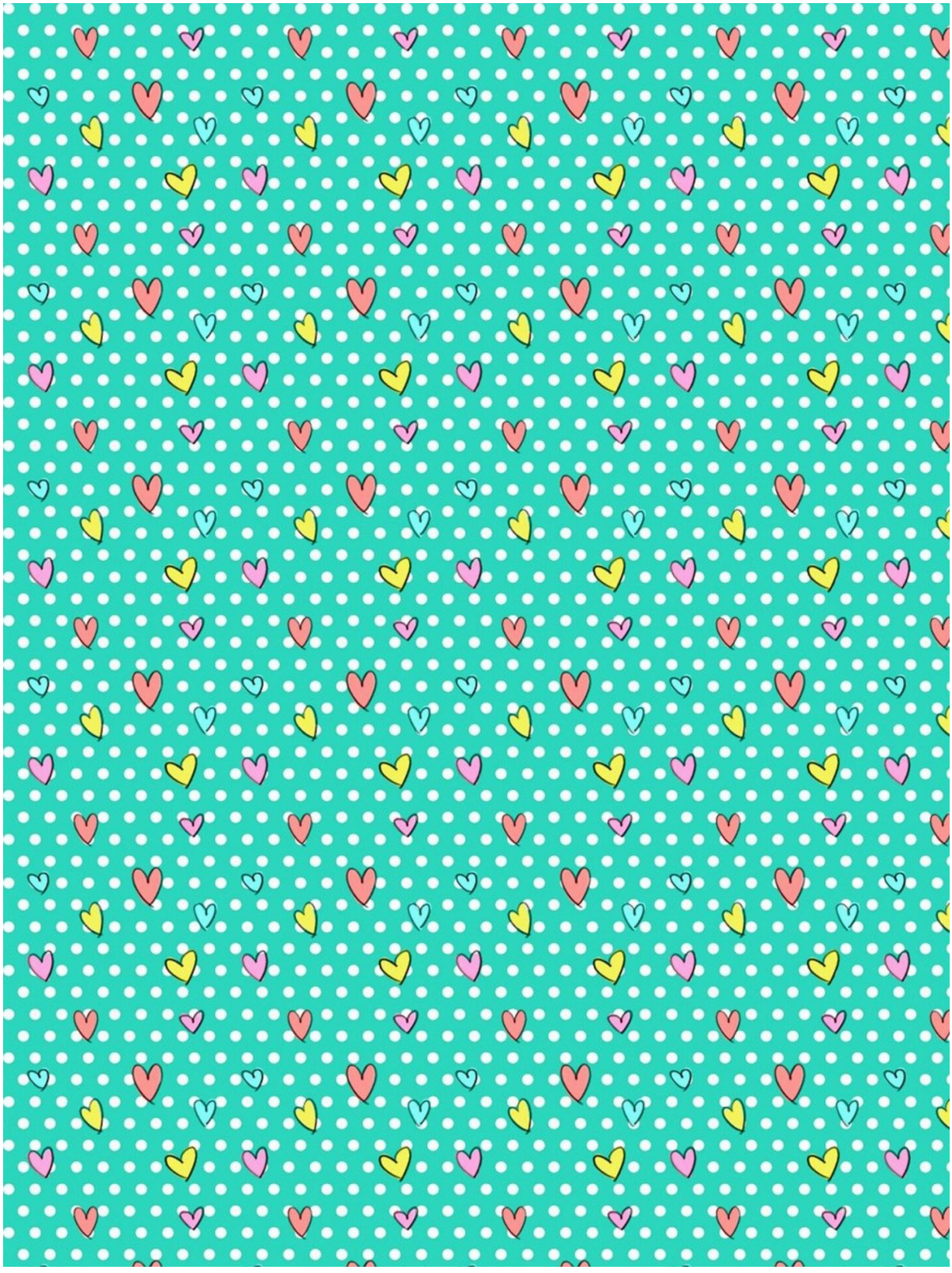
—Nada de lo que diga o haga Marcus ahora puede borrar lo que sentí en ese momento. Nada.

El silencio se extendió entre nosotras, solo roto por el golpeteo de mi pie contra el suelo. Quería convencerme de que era fuerte, de que no me afectaba, de que no me dolía. Pero la verdad era que sí. Me dolía cada vez que cerraba los ojos y recordaba su mirada de hoy. Esa mirada que yo interpretaba como indiferencia, como rechazo, aunque en el fondo una parte de mí gritaba que no podía ser.

Me mordí el labio hasta hacerme daño y acaricié el vientre redondeado.

—Este bebé solo me tiene a mí, mamá. Y no pienso fallarle.

Ella me acarició el cabello en silencio.



CAPÍTULO 24

EMMA

Abrí la puerta del apartamento con la sensación de que el día había durado un año entero. Solté la maleta en el recibidor y me quedé de pie, respirando el aire cargado de polvo y silencio que siempre tienen los lugares cerrados durante meses.

Un hogar. No era perfecto, pero era mío. O al menos, hasta que Tessa llegara.

Me dejé caer en el sofá, acariciándome el vientre abultado.

—Ya estamos en casa, peque —susurré.

No pasó mucho tiempo antes de escuchar un golpe en la puerta. Tessa, con su sonrisa de huracán, apareció con una maleta que casi pesaba más que ella.

—¿Creías que te ibas a librar de mí? —rio, entrando sin esperar invitación.

—Jamás me libraré de ti, ¿verdad? —le devolví la sonrisa, aunque me sentía agotada.

Entre risas y quejas por el peso de su maleta, Tessa se instaló en el dormitorio pequeño. Yo aproveché para preparar un par de tazas de té, tratando de convencerme de que, con ella a mi lado, podía soportar todo lo que venía.

El golpe en la puerta llegó justo cuando Tessa salía del cuarto.

—Debe de ser Dylan —dijo, como si nada, dejándome a mí el encargo de abrir.

Fruncí el ceño.

—¿Qué hace aquí Dylan?

—Seguramente viene a traerme algo que olvidé —respondió rápido, demasiado rápido. Y me empujó con la mirada hacia la puerta.

Con un suspiro resignado, caminé hasta allí. Giré el pomo, abrí… y el mundo se me cayó encima.

Marcus.

Estaba frente a mí, enorme, con esa chaqueta oscura que parecía hecha para su cuerpo, el cabello algo revuelto y una expresión que no había visto nunca. No era el Marcus frío, calculador, ni siquiera el irónico. Era un Marcus decidido, feroz. Y mi reacción fue la única que podía tener: intenté cerrarle la puerta en la cara.

Pero no lo logré. Su pie, ya se había colocado entre el marco y la madera, y lo impidió.

—Apártate, Marcus —gruñí, con el corazón a mil—. No tienes nada que hacer aquí.

—Claro que lo tengo —su voz era grave, dura—. Y no voy a irme.

—Lárgate.

Empujé con toda la fuerza que pude, pero él no cedió ni un milímetro. Solo se inclinó un poco hacia mí.

—Emma, no me obligues a entrar como un ladrón —susurró—. Abre.

El calor subió por mis mejillas. Quise gritarle, pero mis labios temblaban.

—¿Qué parte de: no quiero verte, no entiendes?

—La parte en la que intentas engañarte. —Sus ojos bajaron a mi boca y luego al vientre que mi camiseta apenas lograba cubrir—. La parte en la que me niegas, pero tiembla tu respiración.

No pude responder. Mi cuerpo me traicionaba. El corazón ya latía desbocado, mi piel se había erizado, el recuerdo de sus manos

sobre mí meses atrás me encendía de nuevo.

Al final cedí, más por agotamiento que por otra cosa, y abrí la puerta de par en par. Marcus entró, cerrándola con un suave clic.

Me giré hacia él, furiosa, dispuesta a soltar la primera barbaridad que se me ocurriera. Pero no me dejó. En dos pasos me acorraló contra la pared, con sus brazos a ambos lados de mi cuerpo.

En ese momento Tessa saló casi corriendo desde dentro y antes de que pudiera decirle nada, se marchó.

—Ya hablaremos —le grité.

—No seas dura con ella, no tuvo otra opción —dijo Marcus.

—¿Qué quieres de mí, Marcus? —escupí, aunque mi voz sonaba rota.

—Verte. Tocarte. Quiero recordarte que eres mía. —Su frente se apoyó en la mía, y su aliento ardiente me arrancó un jadeo.

Lo odiaba. Odiaba la forma en la que mi cuerpo lo reconocía, lo deseaba, lo llamaba, incluso embarazada, incluso con todas las razones que tenía para alejarlo.

—No soy tuya —mentí.

Él sonrió con ese gesto arrogante que me sacaba de quicio.

—Demuéstralo. Aléjame. Si consigues alejarte cesaré, pero te recuerdo que todo lo que es mío regresa a mí.

No lo hice. No podía. Mis manos se aferraron a su camisa y tiraron de él. Nuestros labios chocaron, y el mundo desapareció.

Los besos se volvieron frenéticos, hambrientos. Sus manos recorrieron mi cuerpo, con cuidado sobre mi vientre, pero con desesperación en cada curva libre. Yo gemía contra su boca, sintiendo que los meses de ausencia se rompían en un estallido de placer.

Su boca bajó por mi cuello, sus dedos me acariciaron como si nunca hubieran dejado de hacerlo. Mi cuerpo, pesado y sensible, se

volvió fuego en sus manos. Y yo lo dejé entrar, dejé que me invadiera, dejé que me recordara lo que era arder.

Hicimos el amor con una mezcla de urgencia y ternura brutal. Entre jadeos, entre susurros, entre las lágrimas que se me escaparon porque no era solo sexo. Era todo lo que no quería admitir: que aún lo amaba, que lo necesitaba, que él seguía siendo mi perdición.

Cuando finalmente me rendí contra su pecho, exhausta y temblando, Marcus me sujetó con fuerza, como si no quisiera soltarme jamás.

—Esto no es un contrato, Emma —susurró contra mi oído—. Es porque te quiero. Porque te deseo. Porque te necesito conmigo.

Me quedé muda. La felicidad y el miedo se mezclaron dentro de mí, desgarrándome.

No respondí. No podía. Solo cerré los ojos y me dejé envolver por el calor de su cuerpo, sabiendo que, por mucho que intentara luchar, ya estaba perdida.

El silencio del apartamento era distinto después de él. No era el mismo que había sentido al entrar por primera vez, con el polvo aún en las esquinas y la calma falsa de un espacio vacío. Ahora era un silencio denso, cargado de respiraciones entrecortadas, de gemidos que todavía parecían vibrar en las paredes.

Cerré los ojos, dejando que cada recuerdo me inundara.

Marcus. Sus manos. Su voz grave susurrándome al oído mientras me pedía que me tocara.

—Hazlo como mereces, Emma… —me había rogado con una urgencia que me partió en dos.
Y yo lo hice, temblando, mientras sus ojos me devoraban como si cada movimiento fuera un tesoro. Nunca nadie me había mirado así. Nunca nadie había hecho que me sintiera tan desnuda, tan vulnerable… tan deseada.

Recordaba el calor de sus dedos acariciando cada centímetro de mi sexo, la forma en que me llevó al borde una y otra vez, hasta que me hizo estallar de placer con un cuidado imposible de asociar con él.

—Eres mía —susurró antes de hundirse en mí con una delicadeza que no esperaba.
Sus embestidas fueron lentas, profundas, como si quisiera memorizar cada segundo dentro de mí.

Me besó de mil maneras distintas. En la boca, como un ladrón desesperado. En el cuello, como un amante que saborea cada rincón. En la frente, como alguien que protege. Cada beso era un mundo.

No podía recordar haber sentido nunca algo igual.

Él, que había jurado no querer nada conmigo, que me había apartado con palabras crueles, estaba ahora besándome como si yo fuera lo único que importaba en su vida. Y yo, estúpida, me dejé llevar.

Me dejé arrastrar hasta que no quedó nada más que nosotros.

Él dentro de mí. Yo deshaciéndome en sus brazos.

Las lágrimas se me escaparon sin que pudiera evitarlas, y Marcus las besó, una a una, como si borrar mi tristeza estuviera en su poder.

—No llores —murmuró contra mis labios—. No así.

No podía explicarle que lloraba porque lo quería, porque lo odiaba, porque era mi condena y mi salvación al mismo tiempo.

Después, rendida, caí en el sueño más dulce en meses, envuelta en su calor, con su respiración acompasada junto a mi oído.

Me giré en la cama buscando ese calor, queriendo tocarlo. Necesitaba sentir su piel. Necesitaba comprobar que, por una vez, se quedaba.

Pero mi mano chocó contra el vacío. La sábana fría. El hueco abandonado.

Abrí los ojos de golpe.

—Marcus… —susurré en la oscuridad, incorporándome de inmediato.

La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por la luz mortecina de la calle. El aire olía todavía a él, a nuestro encuentro. Pero no había rastro de su cuerpo. No estaba.

Me levanté de la cama de un salto, con el corazón encogido, recorriendo el apartamento con la mirada. El salón, vacío. La cocina, silenciosa. La puerta cerrada.

Se había ido.

No me había despertado para decírmelo. No había dejado una nota, ni una palabra, ni un gesto. Nada.

Solo se marchó.

El golpe en el pecho fue peor que cualquier herida. Peor que todas las palabras que me había lanzado meses atrás. Porque esto no fue un portazo, no fue una discusión. Fue silencio. El silencio más cruel.

Me senté en el borde de la cama, con las manos temblando sobre el vientre que llevaba su hijo.

—Qué idiota eres, Emma —me reproché en un murmullo que me supo a bilis.

Había creído que quizás, tal vez, había cambiado. Que los besos, la ternura, el cuidado… significaban algo.

Pero no. Marcus seguía siendo Marcus. El hombre que no sabe quedarse. El que usa, disfruta y se va. El que jura que no se enamora porque nunca piensa en nadie más que en sí mismo.

Y lo peor era que yo lo había sabido desde el principio. Lo sabía. Y aun así lo dejé entrar.

Me tumbé de nuevo, con el corazón hecho pedazos, con las lágrimas ardiendo en mis mejillas. El aroma de él impregnaba la almohada, y eso me mataba todavía más.

No podía borrar la forma en que me había tocado, en que me había hecho sentir. Pero tampoco podía ignorar la realidad: se había ido mientras yo dormía.

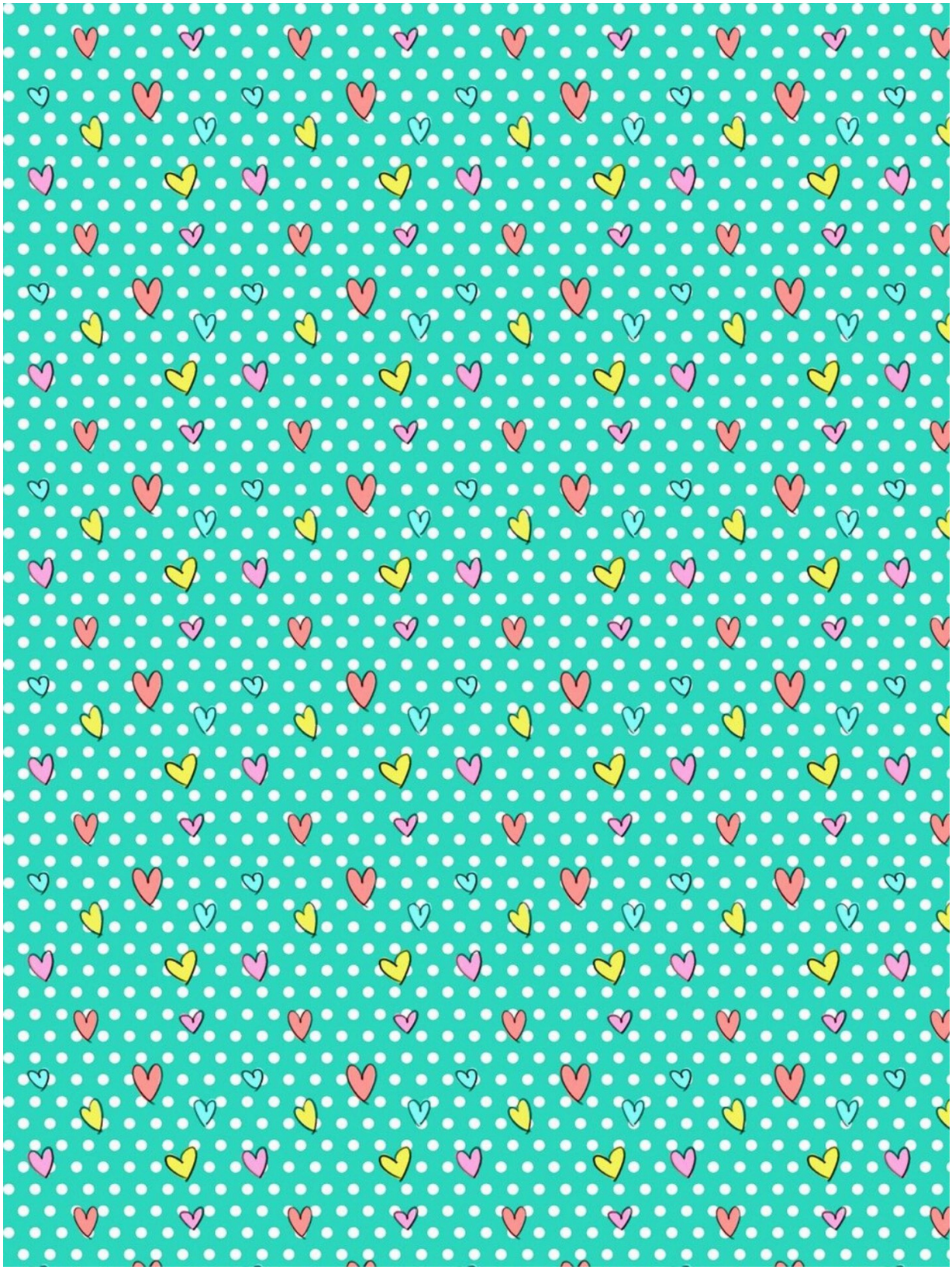
La herida estaba abierta, sangrante, y ahora dolía más que nunca.

Me abracé al vientre, buscando un ancla.

—No lo necesitamos —susurré a mi bebé—. No lo necesitamos a él.

Y repetí esas palabras como un mantra, aunque por dentro supiera que mentía.

Porque lo necesitaba. Y esa era mi desgracia.



CAPÍTULO 25

MARCUS

El primer pensamiento que tuve al abrir los ojos fue ella.
Emma. Dormía a mi lado, con la respiración suave, las pestañas rozándole la piel como alas negras contra la luz tenue que se colaba por la ventana. El cabello revuelto en la almohada, los labios entreabiertos. Y esa barriga… nuestra barriga.

Dios. Era perfecta. Más de lo que recordaba.

Me quedé inmóvil, mirándola como un maldito imbécil que no sabe qué hacer con lo que siente. El calor me subía por el pecho. Podía repasar cada curva, cada centímetro de su piel desnuda bajo la sábana, y aun así no era suficiente.

La noche anterior había sido perfecta… no. Increíble, no sé, podría decir cualquier cosa que no le haría justicia. Nunca había estado con nadie así. Nunca.

El modo en que me obedeció cuando le pedí que se tocara, temblando, mientras yo la devoraba con la mirada. La forma en que se arqueó cuando mis dedos encontraron su centro. El grito ahogado cuando la hice estallar de placer, y la dulzura con la que me recibió después, hundiéndose en mis brazos como si hubiera nacido para estar ahí.

No era solo sexo. No podía reducirlo a eso.
Fue entrega. Fue ternura. Fue todo lo que yo juré que no quería. Y sin embargo, aquí estaba, con la certeza brutal de que lo quería todo. Con ella.

Pasé una mano por mi cara, apretando los dientes. Soy un maldito desastre.

Yo no me enamoro. Nunca lo hice. Nunca lo intenté. Y ahora me encontraba pensando en cómo diablos hacerla feliz. En cómo

cuidarla. En qué demonios comprarle para que no le faltara nada a ella ni al bebé.

Mi hijo. Ese pensamiento aún me atravesaba como un relámpago. Un hijo. Nuestro hijo.

Deslicé la mano hasta su vientre, sin despertarla, apenas rozando la curva tensa y redonda. El calor que me recorrió al hacerlo fue más poderoso que cualquier orgasmo.

—Voy a cuidarte —susurré, aunque sabía que no podía escucharme—. A los dos.

Me levanté con cuidado, como un ladrón escapando de un sueño que no quería romper. Ella se movió un poco, de su boca salió un murmullo suave, y por un instante estuve a punto de volver a la cama, de hundirme otra vez en su piel, besarla hasta que no quedara nada más en el mundo.

Pero no lo hice, la dejé descansar. Así que me vestí rápido, sin hacer ruido, y decidí salir a buscarle un desayuno. Algo sencillo. Café, bollería, chocolate caliente… Quería volver con las manos llenas, entrar por esa puerta y verla sonreír al despertar.

Quería que, por una vez, ella no sintiera que solo sabía marcharme.

Con esa idea bajé las escaleras del edificio y crucé la puerta principal.

Y entonces el infierno me estaba esperando.

—¡Marcus! ¡Marcus, por aquí!

Los flashes me cegaron en cuanto puse un pie en la calle. Una jauría de periodistas y *paparazzis* bloqueaba la acera, empujándose entre sí por acercarse.

—¿Es cierto que tu nueva amante está embarazada?

—¿O solo es otra de tus perversiones, Lancaster, que te excita acostarte con mujeres preñadas?

—¿Cuántos hijos bastardos vas a reconocer en el futuro?

El zumbido se convirtió en un rugido dentro de mi cabeza. Los focos. Los gritos. Los insultos.

Pero lo peor fueron las palabras dirigidas a ella.

—¿Quién es la zorra? ¿Tu juguete nuevo? —habló alguien detrás de mí.

—¿Es una cualquiera a la que preñaste por diversión?

El calor me subió como un golpe seco al estómago.
La rabia, cruda, me estalló en las venas.

—Cállate.

No me escucharon. No pararon. Al contrario: uno de los cabrones más cercanos me apuntó con la cámara y gritó:

—¿Qué se siente, Marcus? ¿Saber que vas a ser padre con una cualquiera que solo quiere tu dinero?

El puño me salió solo. Ni siquiera lo pensé.

El crack contra la mandíbula del tipo fue tan contundente que me asustó. El fotógrafo cayó al suelo, inconsciente, la cámara rodó contra la acera.

Los flashes no se detuvieron, al contrario: explotaron como fuegos artificiales alrededor del cuerpo caído.

—¡Marcus Lancaster acaba de agredir a un periodista!

—¡Tenemos las fotos!

El aire me ardía en los pulmones. El puño me dolía. Y lo único en lo que podía pensar era en Emma.

Si llegaba a ver esto… si llegaba a escuchar lo que decían de ella…

La idea me enloqueció. Necesitaba controlarme. Necesitaba volver con ella, demostrarle que estaba allí. Que no me marchaba.

Me giré, buscando una salida, y corrí hacia la cafetería más cercana, con las cámaras detrás de mí como un enjambre. Entré, jadeando, y me apoyé en el mostrador.

—Un desayuno completo —dije—. Café, chocolate, bollería. Lo que tengan.

La chica me miró con los ojos abiertos como platos. No tuve tiempo de explicarme.

Las sirenas llegaron antes de que me entregaran nada.

Las luces rojas y azules parpadearon contra el cristal de la cafetería, y dos agentes entraron.

—Señor Lancaster —dijo uno, con un tono frío y profesional—. Queda detenido por agresión.

Me giré despacio.

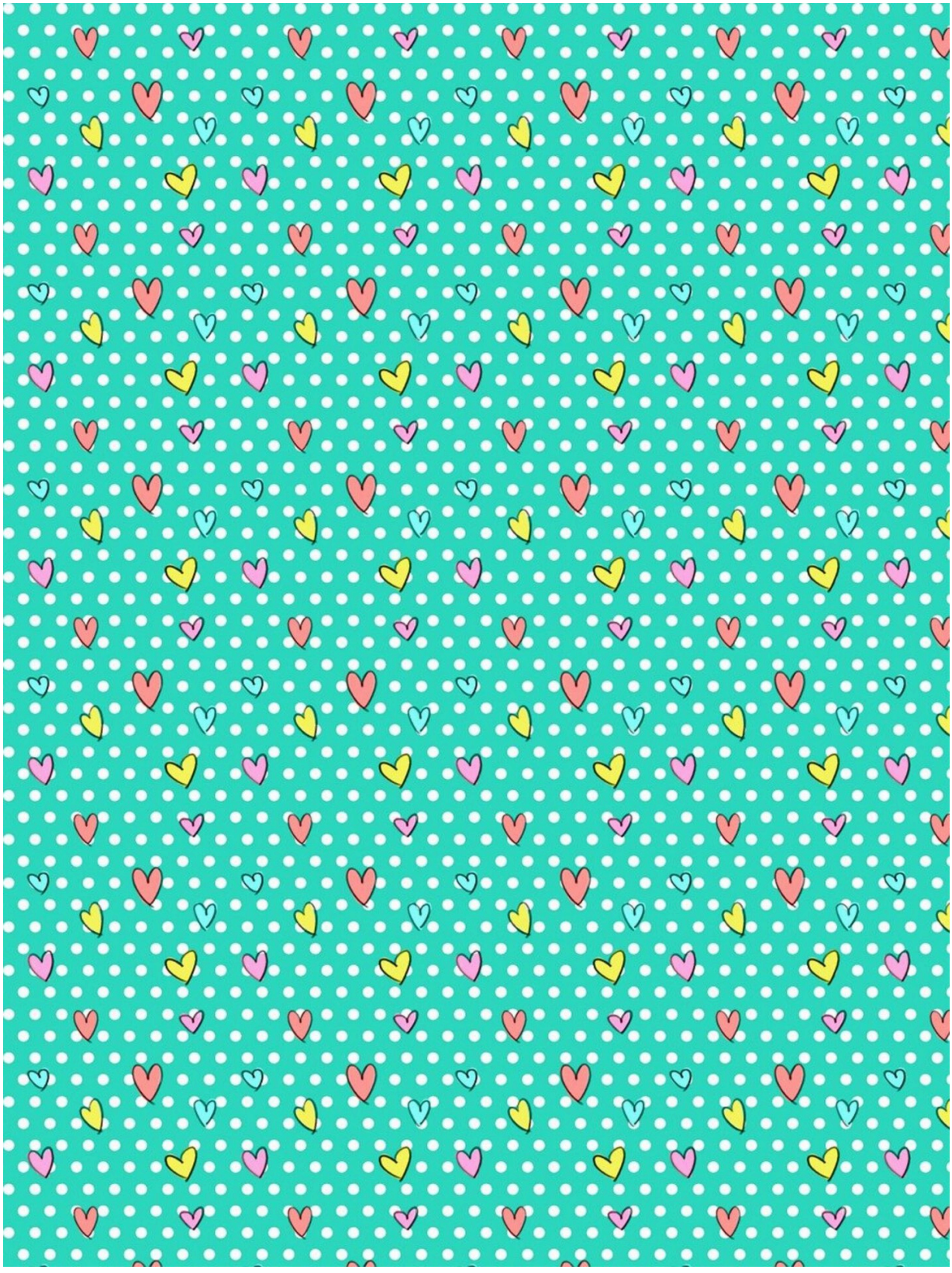
Todo se volvió borroso.

Se escuchaban los gritos de los periodistas fuera. El flash constante. Las miradas acusadoras.

Y en medio de ese caos, lo único que vi fue el rostro de Emma en mi mente, sonriendo la noche anterior, temblando bajo mis caricias, confiando en mí aunque no debía.

La había dejado sola en la cama. Y ahora me llevaban esposado.

Maldito idiota.



CAPÍTULO 26

EMMA

Idiota. Soy una jodida idiota.

Inspiré hondo, y sin pensarlo, tomé el móvil de la mesita de noche. Mis dedos temblaban cuando marqué el número de Tessa.

—¿Emma? —contestó con la voz pastosa, como si todavía estuviera dormida.

—Soy imbécil —le solté de golpe.

Hubo un silencio corto.

—¿Qué?

—Soy imbécil. —Sentí que la voz me salía rota, cargada de rabia y vergüenza—. Y él es peor. Marcus es… —Me atraganté con el nudo que me subía por la garganta.

—Eh, tranquila, dime qué ha pasado.

Me senté en la cama, abrazando la almohada contra el pecho.

—Anoche… volvió a pasar. —La confesión me quemaba en la lengua, pero necesitaba soltarla—. Y yo, como la idiota que soy, me lo creí todo. Cada palabra. Cada beso. Pensé que… —me mordí el labio con fuerza— pensé que de verdad esta vez era diferente. Y ahora me despierto y ¿qué me encuentro? ¡Nada! ¡Se ha ido como siempre!

El silencio de Tessa al otro lado fue más elocuente que cualquier cosa que pudiera decir.

—Lo siento, Emm —susurró al fin—. Lo siento mucho. Escúchame: no te muevas de casa, ¿vale? Voy para allá ahora mismo.

Colgué sin responder. Solo dejé el teléfono caer sobre las sábanas y me tumbé de nuevo, mirando al techo como si las grietas de la pintura pudieran darme alguna respuesta.

Entonces lo sentí: un movimiento suave dentro de mi vientre. El bebé.

Me llevé las manos a la barriga hinchada y las lágrimas me llenaron los ojos.

—Tranquilo, pequeño. —Mi voz salió débil como un susurro—. Mamá está bien. Aunque sea una idiota, está bien.

El timbre sonó veinte minutos después. Abrí y Tessa casi me derribó de lo fuerte que me abrazó. Olía a champú fresco, y traía una bolsa de papel en una mano. Me apreté contra ella, sintiendo que mis rodillas temblaban.

—Lo siento, tía. —Me acarició el pelo con fuerza—. Ese imbécil no merece ni una sola de tus lágrimas.

No contesté. Solo apoyé la frente en su hombro y dejé que me sostuviera.

Me llevó hasta la cocina sin soltarme y empezó a sacar cosas de la bolsa: panecillos, queso, fruta, una botella de zumo de naranja.

—Vamos a desayunar, ¿sí? —dijo intentando sonreír—. Comer ayuda a pensar mejor.

Me dejé caer en la silla mientras ella encendía la televisión de fondo, como hacía siempre cuando quería llenar el silencio.

Y entonces la voz del presentador me heló la sangre.

—Última hora. El empresario Marcus Lancaster ha sido detenido esta mañana tras agredir a un fotógrafo en plena calle.

Sentí que el corazón se me detenía.

La pantalla mostró imágenes: Marcus, rodeado de cámaras, empujando a un hombre y luego… el golpe. Un puñetazo tan brutal que el fotógrafo cayó al suelo como un saco. Después otras imágenes grabadas dentro de una cafetería mientras lo detenían.

Me llevé la mano a la boca, ahogando un grito.

—¡Joder! —Tessa soltó el cuchillo de golpe, el metal retumbó en la encimera—. ¡Tía, eso es aquí mismo! ¡Es tu calle, joder!

Me levanté de golpe, tambaleándome. El presentador seguía hablando, pero yo apenas escuchaba. Reconocía el portal del edificio de enfrente, la cafetería de la esquina, las baldosas de la acera que yo había pisado miles de veces.

Marcus. Allí. Hace menos de una hora. No se había ido para olvidarme. No había desaparecido para evitarme.

Había salido a la calle, y el mundo entero se le había echado encima.

Mis manos temblaban tanto que tuve que apoyarme en la mesa para no caerme. La rabia que me había consumido minutos antes se mezclaba ahora con otra cosa: una punzada extraña de miedo, de compasión, de confusión absoluta.

¿Y si no me había dejado? ¿Y si solo había salido a…?

—Emma… —La voz de Tessa sonaba lejana, como si estuviera bajo el agua.

Miré la pantalla de nuevo. Marcus esposado, empujado hacia un coche de policía.
Y sentí que el aire me faltaba.

Había pasado la noche haciéndome creer que tal vez podía quererme. Me había hecho olvidar todo lo que dolía. Me había tocado como si yo fuera lo único en el mundo. Y ahora estaba en la televisión, convertido en un escándalo. Me dejé caer otra vez en la silla, llevándome las manos a la cara.

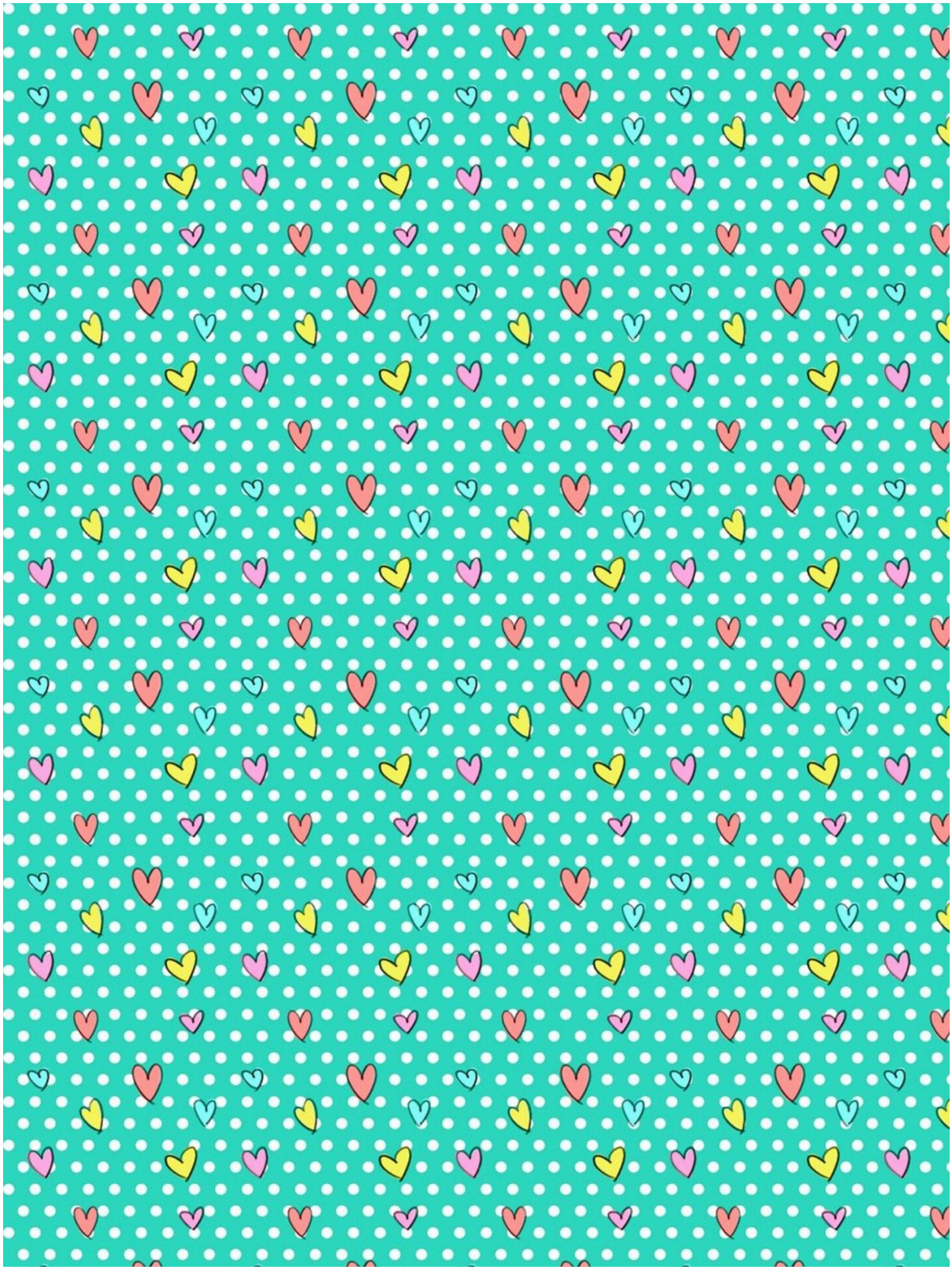
—No puedo más… —susurré.

Tessa se arrodilló frente a mí y me agarró las manos con fuerza.

—Escúchame, Emma. Respira. Sea lo que sea, vamos a resolverlo. Tú no estás sola, estoy aquí ¿vale?

Inspiré hondo, aunque me costó. Dentro de mí, el bebé volvió a moverse, como si también exigiera calma.

Pero yo no podía estar tranquila. Porque, a pesar de todo lo que me repetía, la imagen de Marcus en esas imágenes no se borraba de mi mente.



CAPÍTULO 27

MARCUS

Golpeé la mesa de metal con los dos puños tan fuerte que el ruido retumbó por toda la habitación donde estábamos.

—¡Suéltame de una jodida vez! —grité, con la voz rota—. ¡No habéis entendido nada, imbéciles!

El policía que estaba frente a mí, un tipo con bigote ralo y ojos apagados, ni siquiera se inmutó. Tenía esa calma artificial de quien se cree superior porque lleva uniforme y yo, con la sangre hirviendo, lo odiaba por eso.

—Señor Lancaster, cálmese.

—¿Calmarme? —me levanté de golpe, la silla chirrió contra el suelo—. Ese cabrón me llamó degenerado, dijo que me follaba a mujeres embarazadas por vicio. ¡Que me aprovechaba de ellas!

El agente frunció el ceño.

—Eso no justifica que lo dejara inconsciente de un puñetazo.

Me incliné hacia él, respirando con violencia, sintiendo que cada músculo de mi cuerpo estaba listo para romper algo más.

—¿Ah, no? ¿Y qué habría hecho usted si insultan a la mujer que…? —me mordí la lengua, tragándome las palabras.

No. Ni siquiera aquí, en este maldito agujero, podía decirlo en voz alta. Emma no debía convertirse en carne de escándalo. Bastante mierda tenía yo encima.

El policía anotó algo en un papel. Ese sonido del bolígrafo sobre el folio me sacó de quicio.

—¡Deje de escribir como si fuera mi maldito psiquiatra! —le arranqué la hoja de las manos y la hice una bola que lancé al

suelo—. ¡No pienso quedarme aquí como un animal enjaulado!

Dos agentes más entraron a la sala en ese momento. Uno me puso una mano en el hombro, como si intentara contenerme.

—Siéntese, Lancaster.

Me giré con los dientes apretados y lo empujé de un manotazo.

—¡No me toques!

El otro me miró con esa expresión de advertencia que ya conocía. El gesto de: un movimiento más y acabas esposado al banco. Pero ya lo estaba, de algún modo. Esposado a esta rabia, a este dolor que no podía soltar.

Apoyé las manos sobre la mesa e incliné la cabeza, cerrando los ojos un segundo. Veía su cara. Emma. Su piel caliente bajo mis dedos. El temblor de su voz cuando le pedí que me dejase amarla. La manera en la que me miró, con los labios entreabiertos, como si en ese instante yo fuera su aire.

Y luego no me puedo quitar la sensación esta de que despertase con ese vacío de la cama. La imagen de ella despertando sola me estaba matando.

Tragué saliva con dificultad, sintiendo un nudo en la garganta. ¿Pensaría que la había abandonado? Claro que sí. Esa sería su primera idea. Que yo era el mismo cabrón de siempre, que me había marchado después de follarla como si no significara nada.

Golpeé la mesa de nuevo, pero esta vez más bajo, casi para mí mismo.

—Joder…

—¿Qué ha dicho? —preguntó el bigotes.

—Que se vayan todos a la mierda —mascullé.

La puerta se abrió de golpe y una voz conocida llenó la habitación.

—¡Marcus!

Levanté la cabeza y allí estaba: Dylan, mi hermano, como siempre venía a salvarme la vida. Tras él, el abogado, un tipo bajito y nervioso que ya estaba sacando papeles de un maletín.

—Pero qué coño has hecho ahora… —Dylan se pasó una mano por la cara, frustrado, antes de dirigirse al policía—. Agente, déjenos un momento.

El bigotes asintió, recogió sus cosas y salió con los otros dos.

En cuanto la puerta se cerró, Dylan me señaló con un dedo acusador.

—¿Estás loco? ¿Has perdido la puta cabeza?

Me hundí en la silla, apoyando los codos en la mesa, con la mirada fija en un punto invisible.

—No podía dejar que lo dijera —murmuré.

—¿Qué?

—Lo del bebé. —Levanté los ojos hacia él, desafiándolo a que me entendiera—. Ese hijo es mío, Dylan. Y nadie, ¿me oyes? Nadie, va a llamarlo error, ni capricho, ni a decir que me tiro a embarazadas por vicio.

El silencio que siguió fue casi mortal. Dylan me miró con los ojos abiertos, como si acabara de confirmarle la mayor bomba de su vida.

—Así que… —suspiró hondo— es verdad. La quieres de verdad.

No respondí. No hacía falta.

El abogado carraspeó al entrar de nuevo.

—Señor Lancaster, tenemos que mantener la calma si queremos sacarlo de aquí rápido. El fotógrafo está presentando cargos por agresión, y la prensa ya está haciendo de esto un circo.

—¡Que se joda la prensa! —escupí—. Que se joda él y todos los que me acosen.

El abogado me miró con horror.

—¿Eso es lo que va a decirle al juez, que se jodan todos?

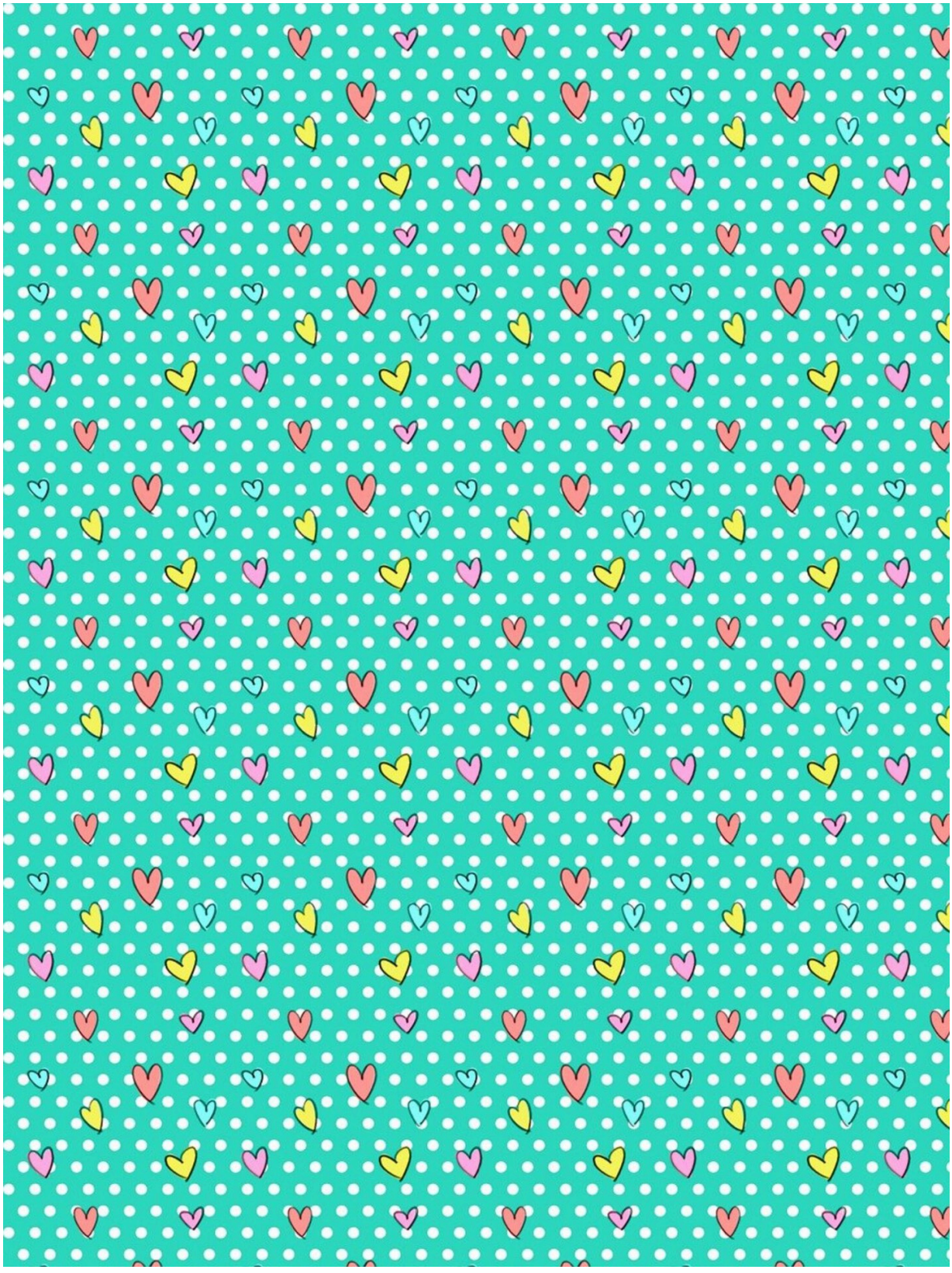
Me callé de golpe. Había hablado demasiado.

Dylan se inclinó sobre la mesa.

—Marcus… ¿Salías de casa de Emma?

Cerré los ojos, maldiciéndome en silencio.

Porque lo único que quería era protegerla, y al final, la estaba arrastrando a un infierno aún peor que el que había intentado evitar.



CAPÍTULO 28

EMMA

El teléfono seguía encendido con la maldita noticia repitiéndose una y otra vez: *Marcus Lancaster, arrestado por agredir a un fotógrafo….* Yo me había quedado clavada en el sofá, con los ojos tan abiertos que sentía que se me iban a salir de las órbitas. Tessa, a mi lado, se llevaba las manos a la cabeza, repitiendo un mantra de insultos que ni siquiera Marcus merecía tan concentrados.

—¡Joder, joder, joder, tía! —dijo de golpe, dándose una palmada en los muslos—. ¡Este pedazo de imbécil no se había ido y te había dejado tirada, estaba en una cafetería!

Tragué saliva con dificultad. Iba a responderle algo, cualquier cosa, cuando de repente lo sentí. Ese *pop* interno extraño, como si dentro de mí se hubiera descorchado una botella.

—Oh, no… —murmuré, poniéndome de pie de golpe.

—¿Qué pasa? —preguntó Tessa, alarmada, siguiéndome con los ojos.

Sentí el calor húmedo bajar por mis piernas y, en cuestión de segundos, el suelo del salón empezó a brillar bajo mí.

—He roto aguas.

—¿QUÉ? —El grito de Tessa resonó en todo el apartamento como una sirena de ambulancia.

—Tranquila —intenté calmarla, levantando las manos—. Es normal, pasa antes del parto, solo tenemos que…

—¡NORMAL UNA MIERDA, EMMA! —me interrumpió, entrando en modo pánico absoluto—. ¡No estamos preparadas para esto! ¡No hemos hecho ni una clase de preparación, ni sabemos respirar, ni… ni…!

—Tessa… respira —le pedí, irónicamente, mientras intentaba mantenerme en pie con la barriga gigante y los pantalones empapados.

Pero ella no me escuchaba.

—¡Ay Dios, ay Dios, ay Dios! —decía corriendo en círculos como un pollito decapitado—. ¡Tienes que respirar hondo, o se te van a caer los pulmones, o algo de eso!

—¿Qué dices? —le pregunté, entre divertida y desesperada.

—¡Eso decía la enfermera esa de TikTok que sigo! —respondió ella, sin detenerse en su histeria—. ¡Que si no respiras bien se te corta el oxígeno y no llega al cerebro!

Rodé los ojos.

—Soy yo la que va a parir, no tú.

—¡Pero yo soy la que tiene que llevarte al hospital! —me señaló con un dedo acusador, como si yo fuera la culpable de todo este desastre—. ¡Y tú ni siquiera fuiste a las clases de preparación porque decías eso de: bah, ya lo veré en YouTube!

—¡No me mires así! —le respondí, ofendida—. ¡Los vídeos estaban muy bien hechos!

—¡Eran de dibujos animados, Emma! —me gritó, tirándose del pelo.

Yo ya no sabía si reírme o darle con un cojín en la cara.

—Bueno, mira, el bebé saldrá igual —dije, encogiéndome de hombros—. No creo que se quede dentro solo porque no hice un curso.

—¡Claro que sí! —siguió chillando—. ¡Los cursos son para que sepas cuándo empujar y cuándo no! ¡Ahora a lo mejor empujas en el momento equivocado y te explotas como un globo de feria!

—¿¡Me quieres tranquilizar o matar de un susto!? —le grité, ya empezando a perder los nervios.

El silencio duró exactamente dos segundos.

—Vale, vale, me calmo. —Respiró hondo, con las manos en las rodillas—. Lo tengo. Lo tengo bajo control.

Me miró como si fuera un general antes de la batalla.

—Vamos al hospital.

—Eso mismo llevo intentando decirte desde que empecé a mojar el suelo del salón —contesté, cruzándome de brazos.

Tessa corrió hacia la mesa, cogió las llaves de su coche, la chaqueta y el bolso. Todo en un solo movimiento desordenado que parecía sacado de una película cómica.

—¡Vamos ya! —gritó, abriendo la puerta del apartamento.

Yo, con toda la calma que pude reunir en esa situación, caminé despacio hacia la entrada, sujetándome la barriga. No podía acelerar mucho, no con cada paso que daba mojando más mis zapatillas.

—¡Rápido, Emma, rápido! —Tessa agitaba las llaves como si eso fuera a teletransportarme.

—Estoy embarazada, no en una maratón.

—¡Pues corre como si lo estuvieras! —me replicó, perdiendo el control otra vez.

Finalmente llegué a la puerta y ella ya estaba fuera, en el pasillo, dando saltitos de los nervios. La seguí, pero cuando crucé el marco, de repente sentí que el suelo se me movía. Una contracción, fuerte, seca, que me dobló el cuerpo hacia delante.

—¡Ahhhhh!

—¡¿QUÉ HA PASADO?! —Tessa dio un brinco y volvió corriendo hacia mí.

—Una contracción.

—¡Pero si no han pasado ni cinco minutos desde que rompiste aguas!

—Pues parece que mi bebé tiene prisa.

Tessa abrió los ojos como platos, me agarró del brazo y empezó a arrastrarme como si yo fuera una maleta.

—¡No, no, no, no, no! ¡No me hagas esto, Emma! ¡Que yo solo he visto partos en *Friends*!

—Pues yo solo los he visto en *Anatomía de Grey*, y siempre acaban mal.

—¡No digas eso ahora!

Llegamos hasta el ascensor. Tessa apretaba el botón como si hacerlo diez veces lo hiciera bajar más rápido.

—¿Y si se queda atascado? —le pregunté, jadeando por la contracción.

Ella me miró con cara de horror.

—¡No me jodas, Emma!

—Era broma —respondí, sonriendo débilmente.

El ascensor llegó. Entramos. Ella seguía apretando las teclas, como si quisiera pilotarlo. Yo intentaba concentrarme en respirar, pero otra contracción me dobló de nuevo.

—¡Ahhh!

—¡No empujes! —gritó Tessa.

—¡Ni siquiera estoy empujando! —le respondí entre dientes—. ¡Se llama dolor natural, Tessa!

—¡Pues aguántate, mujer, aguántate! —decía ella, como si yo pudiera cerrar las piernas y detener el proceso.

El ascensor llegó a la planta baja. Salimos a toda prisa. Ella corrió hacia el coche, abrió la puerta del conductor, se metió y arrancó el motor. Yo, mientras tanto, intentaba alcanzar la puerta del copiloto, moviéndome a trompicones.

—¡Vamos, Emma, sube ya!

Me sujeté a la manilla y, con un esfuerzo monumental, me acomodé en el asiento. Cerré la puerta con un golpe de alivio.

Pero algo no cuadraba.

Tessa respiraba fuerte, se pasó la mano por la frente y dijo:

—Vale, lo tengo todo bajo control.

Yo la miré, ladeando la cabeza.

—Tessa…

—¿Qué?

—Creo que te has olvidado de algo.

—¡Imposible! —me respondió acelerada—. Tengo el bolso, las llaves, el móvil…

—¿Pretendes que el coche arranque con esas laves?

Me miró, confundida.

—¿Cómo que con estas…?

—Sí, Tessa, esas llaves son las de tu casa. —Señalé su mano—. ¡Te las has dejado arriba!

—¡*Mierdaaaaa*!

Emma subió a mi apartamento a por sus llaves del coche y bajó en menos de un minuto.

—Bueno, al menos eres rápida —le dije al entrar en el coche de nuevo.

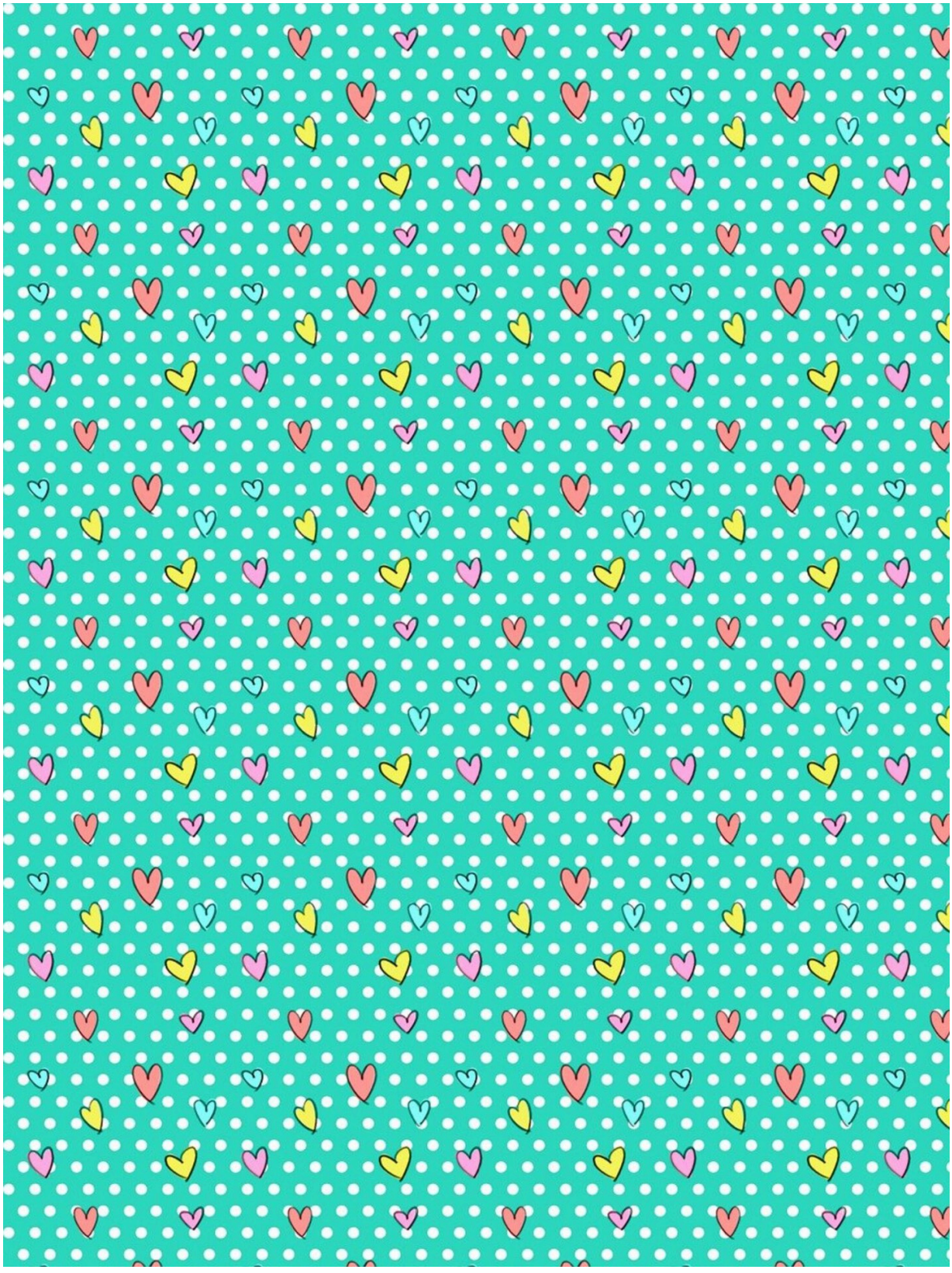
Tessa me miró entre los dedos, soltó una carcajada nerviosa y, de pronto, nos encontramos riéndonos las dos en medio de la locura.

Claro, hasta que otra contracción me hizo doblarme y gritar. Entonces volvimos al caos.

—¡Ay, Dios mío, vamos a tener un bebé en este coche!

—No, vamos a llegar al hospital. ¡Y rápido! —me gritó.

Y así, entre chillidos, contracciones y el coche dando bandazos como en una persecución de película, avanzamos hacia la puerta del hospital.



CAPÍTULO 29

MARCUS

Conduciendo hacia el apartamento de Emma, mi cabeza estaba en mil cosas. Había recibido un mensaje críptico de Tessa, diciendo que Emma estaba cabreada… que no sabía dónde me había metido pero que era un cretino por haberla dejado tirada. Aquel mensaje me confirmó lo que suponía, Emma creyó que me había marchado.

Aparqué el coche frente al edificio y subí corriendo las escaleras, cada segundo aumentaba más mi impaciencia. Llamé al timbre, esperando que Tessa me abriera o que Emma me recibiera con una sonrisa… pero lo que encontré fue otra cosa.

Se había dejado la puerta abierta, y al apoyar mi mano sobre ella se abrió un poco y percibí un charco brillante en el suelo del vestíbulo del apartamento. Mi instinto se disparó inmediatamente. Fruncí el ceño, dando un paso dentro.

Mi corazón dio un vuelco y no tuve tiempo de pensar. Había roto… había roto aguas, pensé, maldiciéndome por no estar allí antes, por cada momento que había perdido sin ella. Cada segundo lejos de ella había sido un martirio, y ahora… ahora estaba ocurriendo algo que no podía controlar desde fuera.

Di un paso hacia el charco y me aguanté la arcada que me subió. No había tiempo para procesar nada, no podía permitirme dudar ni un segundo. Todo instinto me gritaba que había que moverse ya.

—Emma, joder —gruñí para mí mismo.

El motor del coche rugió antes de que pudiera organizar mis pensamientos. Arranqué con brusquedad, cada segundo era importante. Mis manos apretaban el volante hasta hacerme daño; podía sentir cómo mi pulso se aceleraba, cómo cada fibra de mi

cuerpo estaba lista para correr, para llegar a ella y asegurarme de que estuviera bien.

Mientras conducía a toda velocidad, repasaba cada detalle de cómo había podido fallarle, cada momento que la había dejado sola, y ahora ese fracaso me golpeaba en la cara. Ella había estado sola en su apartamento, y yo no pude ayudarla. Nunca había sentido una mezcla de furia y miedo como la de ese instante.

Las calles de Chicago se borraban a mi alrededor; los semáforos, los peatones, todo. Solo había una meta: llegar. Llegar antes de que todo se complicara. Cada segundo que tardaba era una eternidad. Cada pensamiento que intentaba racionalizar se rompía frente a la imagen de Emma, de mi bebé.

Cuando doblé la esquina del edificio, la adrenalina me hizo reconocerlos antes de que tan siquiera pudiera pensar. Emma estaba allí, apoyándose en Tessa, buscando ayuda desesperadamente. El corazón me dio un vuelco y no pude contener un rugido de alivio mezclado con miedo. Bajé del coche lo más rápido que pude.

—¡Emma! —grité mientras corría hacia ellas, sin importarme los ojos que se volvían en la calle—. ¡Estoy aquí!

Ella me miró y vi en sus ojos la mezcla de sorpresa, miedo y un deje de alivio que me atravesó. Tessa me lanzó una mirada que interpreté como: por fin llegas, y yo asentí, sin palabras.

—Marcus… —tartamudeó Emma, apoyándose en Tessa—. No sé qué hacer…

—No pienses en nada ahora, vas a estar bien —le dije eso y la levanté en volandas para que un médico la atendiese.

Sentí su temblor bajo mi palma y me quemó por dentro. No era solo el miedo al parto; era el miedo de que algo pudiera pasarle a ella, a nuestro hijo, y yo no podía permitirlo. La adrenalina y la rabia se mezclaban en mi pecho mientras acelerábamos hacia el interior.

—Vamos a llegar, pequeño —susurré más para mí mismo que para cualquiera, aunque Emma me escuchó—. No vas a sufrir nada, no mientras yo esté cerca.

Tessa intentaba calmarla, murmurando palabras que no sé si escuchaba a oírla Emma, o si solo eran ruido de fondo para su propio pánico. Yo estaba concentrado en un único objetivo: llegar al interior y asegurarme de que todo saliera bien.

Cuando las puertas de cristal se abrieron, me adelanté, llevando a Emma y sosteniéndola, asegurándome de que estuviera bien. Ella respiraba agitadamente, y yo podía sentir cómo el miedo la paralizaba.

—Casi llegamos —dije, intentando que mi voz sonara firme y segura—. No te preocupes, estamos juntos.

Ella me miró con los ojos muy abiertos, y por un instante, todo se detuvo. Solo existíamos nosotros tres y la urgencia de cada segundo que pasaba. Marcus Lancaster, siempre controlando todo, incapaz de relajarse, ahora reducido a un hombre desesperado por llevar a su mujer y proteger a su hijo. Su mujer, sonaba bien, y era la primera vez que lo pronunciaba aunque fuese en el silencio de mi mente.

Al llegar a la recepción miré a la mujer que había tras el mostrador con un gesto brusco para que me atendiera: Emma necesitaba atención inmediata.

—¡Ayudanos! —grité, dejando claro que no era momento de formalidades—. Mi mujer… está de parto, acaba de romper aguas.

Los ojos de las enfermeras se abrieron de par en par, y no dudaron ni un segundo en guiarme por los pasillos. Yo la sostenía con cuidado.

—Tranquila, Emma. Estoy aquí. No va a pasar nada, lo prometo —susurré, y aunque mi voz era firme, mis manos temblaban levemente de la adrenalina y la mezcla de miedo y ese deseo de protegerla.

Me pidieron que la dejase en la camilla que habían acercado junto a mí. Mientras la empujaban en la camilla hacia el paritorio, cada metro me parecía una eternidad. No podía apartar los ojos de ella, de la forma en que su cuerpo temblaba, de cómo su respiración se aceleraba. Y de repente, me di cuenta de algo que me hizo maldecirme aún más: esos siete meses lejos de ella, intentando no pensar, intentando seguir con mi vida… no habían servido para nada. La quería. La necesitaba. Y ahora, viendo cómo entraba en el hospital, me di cuenta de que nunca podría dejarla ir, ni siquiera un segundo.

—Vamos, pequeño, mamá necesita que llegues bien —murmuré para mí—. No te va a pasar nada.

Un médico salió a donde Tessa y yo esperábamos. Se inclinó un poco, mirándome con una calma que no sentí merecer.

—¿Es usted el padre?

Esa simple pregunta me golpeó como un puñetazo. No tuve que pensarlo.

—Sí. —La palabra salió más decidida que nada que antes hubiera pronunciado, como si fuera la primera verdad indiscutible que decía en meses.

El médico asintió y me dejó entrar en la sala. Me acerqué a Emma, que ya estaba tumbada, con el sudor empapándole la frente, los labios mordidos hasta casi sangrar.

No había imaginado que estar aquí, en una sala de hospital, me haría sentir más vulnerable que en toda mi vida. No me temblaban las manos ni cuando cerraba un trato multimillonario ni cuando me enfrentaba a esos buitres de la prensa, pero ahora, sosteniendo los dedos de Emma mientras jadeaba de dolor, estaba al borde del colapso.

—Respira conmigo —le susurré, inclinándome hacia ella. Coloqué mi mano en la suya, apretando con la fuerza justa para que sintiera que estaba aquí, que no pensaba soltarla. Con la otra,

aparté mechones de su pelo húmedo que se le pegaban a la piel—. Mira mis ojos, Emma. Inhala… eso es… ahora exhala.

Ella obedecía a medias, a ratos me lanzaba una mirada cargada de dolor, a ratos cerraba los ojos, luchando contra la contracción. Me mordí la lengua para no maldecir, porque no había nada que odiara más que no poder detener su sufrimiento.

—No puedo más, Marcus… —jadeó, arqueándose contra la camilla.

—Sí puedes —respondí, apretando su mano—. Lo estás haciendo bien. Lo mejor que he visto en mi vida.

No sabía si ella me escuchaba o si simplemente luchaba contra el dolor, pero yo necesitaba decirlo. Necesitaba que lo supiera.

Pasaron minutos —o tal vez horas, ya no distinguía— en los que lo único que existía era el sonido de su respiración y mi voz repitiendo sin parar que todo saldría bien. Y entonces, lo oí.

Un murmullo entre médicos, un cambio de tono en sus voces. Palabras rápidas que no alcanzaba a comprender pero que me helaron la sangre.

—Fallo en… —uno de ellos dijo.

—Hay sufrimiento fetal. Tenemos que abrir ya. —fue lo siguiente que escuché, y sentí cómo el suelo se me desmoronaba bajo los pies.

Emma abrió los ojos de golpe, buscándome. Su rostro estaba pálido, demasiado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Yo tragué saliva, mirando al médico que se acercaba.

—Señor Lancaster, necesitamos que salga.

—¿Qué? No. —mi voz salió más fuerte de lo que pretendía—. No me voy a ninguna parte.

El médico me sostuvo la mirada, con esa calma clínica que tanto detestaba.

—Hay complicaciones. Necesitamos intervenir de inmediato. Ella estará en buenas manos, pero usted debe salir.

—No. —me incliné sobre Emma, ignorando a todos los demás—. No te voy a dejar. ¿Me oyes?

Ella me miró, con las lágrimas resbalándole por las sienes.

—Marcus… está bien… —susurró, aunque su voz se quebraba. Intentaba ser fuerte, incluso en medio de aquel infierno.

—No, no está bien. —Me agaché aún más, hasta que mi frente rozó la suya. Mis labios temblaban al besarle la piel sudorosa—. No tienes que ser fuerte sola, ¿me entiendes?

Las manos de los enfermeros ya estaban en mis brazos, intentando separarme. Me resistí, como un animal enjaulado.

—¡No me saquen de aquí! —rugí—. ¡Soy el padre, maldita sea!

—Marcus… —la voz de Tessa me atravesó desde la puerta. No sabía en qué momento había llegado, pero ahí estaba, con los ojos muy abiertos, tan asustada como yo.

Emma me apretó los dedos con la poca fuerza que le quedaba.

—Ve… —susurró—. Quédate con Tessa…

La desesperación me desgarró el pecho. Me incliné de nuevo, estampando un beso rápido en su frente, como si con eso pudiera marcarla, como si pudiera asegurarme de que no se iba a ir de mi lado.

—No te atrevas a dejarme, ¿me oyes? —murmuré—. No puedes.

Y entonces me arrancaron de su lado.

Sentí su mano soltarse de la mía y fue como si me arrancaran un órgano de dentro. Las puertas se cerraron frente a mí, y me

quedé en el pasillo, con la respiración acelerada, y los puños cerrados hasta doler.

—Marcus… —Tessa estaba junto a mí en un segundo, pero yo apenas podía mirarla. Mi vista seguía fija en esa maldita puerta blanca que se había tragado a Emma.

Me apoyé contra la pared, golpeándola con el puño.

—No puede pasarle nada. —La voz me salió como un hilo de aire. Muy suave—. No puedo perderla, Tessa.

Ella, que temblaba igual que yo, me agarró del brazo con fuerza.

—No la vas a perder. Emma es fuerte, ya lo sabes.

Negué con la cabeza, intentando contener el nudo que me asfixiaba.

—No entiendes… —cerré los ojos, y por primera vez admití en voz alta lo que había estado devorándome por dentro—. La amo, Tessa. Y no se lo he dicho nunca. He sido un imbécil, la he alejado, la he hecho dudar de todo lo que soy. Y ahora si le pasa algo… —la voz se me quebró—. Si le pasa algo, yo no…

Tessa me abrazó, aunque noté que también lloraba.

—Entonces reza lo que tengas que rezar, Marcus, pero mantente en pie. Cuando salga de esa sala, lo primero que querrá ver será tu cara.

Asentí con brusquedad, aunque las piernas me temblaban. No estaba acostumbrado al miedo. A nada que no pudiera controlar con dinero, poder o pura voluntad. Pero esto… esto no dependía de mí.

Y esa era la tortura más grande de mi vida.

Me quedé allí, clavado frente a la puerta cerrada, con Tessa a mi lado, sintiendo que el reloj se burlaba de mí con cada segundo que pasaba. Solo una certeza me mantenía respirando: no podía

perder a Emma. No cuando por fin había entendido que era lo único real que había tenido nunca.

CAPÍTULO 30

EMMA

No recuerdo en qué momento exacto empezaron a sonar las alarmas dentro de mi cabeza. Solo sé que el dolor me estaba matando, que casi no podía mantener los ojos abiertos, y que Marcus estaba junto a mí, sujetando mi mano con la desesperación marcada en su rostro. Lo veía borroso, sudoroso, demasiado grande y vulnerable al mismo tiempo. Parecía que podía romperse, todo lo contrario a lo que siempre me había parecido. Y entonces, de pronto, escuché esas palabras que me helaron la sangre:

—Hay sufrimiento fetal. Tenemos que abrir.

No entendí mucho más. Todo era confuso, las voces de los médicos atropellándose entre sí, los pitidos de las máquinas, y ese murmullo constante que parecía no detenerse nunca. Sentí la presión de la mano de Marcus sobre la mía, y su voz desesperada en mi oído:

—No te atrevas a dejarme, ¿me oyes? No puedes.

Quise contestarle, decirle que no lo haría, que tenía miedo pero también fuerzas. Quise, pero apenas pude susurrar su nombre antes de que me arrancaran de su lado. Sentí el vacío en mi mano, la soledad golpeándome con fuerza mientras me trasladaban a otra sala. Quise llorar, pero ni eso me salía.

El techo blanco y las luces intensas del quirófano me cegó cuando entré. Me pusieron una mascarilla y alguien me habló muy cerca, una voz serena, tranquila, que trató de alcanzarme en medio del caos.

—Emma, soy el doctor Parker. Escúchame bien: vamos a hacerte una cesárea. Todo va a ir rápido. En pocos minutos tendrás a tu bebé contigo, ¿de acuerdo?

Me aferré a esas palabras como a una cuerda en mitad del abismo. Asentí apenas, aunque me temblaba todo el cuerpo.

—¿Va a estar bien? —conseguí preguntar.

El doctor me miró directamente a los ojos, por encima de la mascarilla.

—Va a estar bien. Confía en mí.

Me acomodaron en la camilla, sentí las manos frías de las enfermeras, la presión en mi abdomen cuando comenzaron a preparar la incisión. No hubo dolor —gracias a los fármacos—, pero sí una sensación extraña, como de ser zarandeada desde dentro. Era inquietante, desagradable, como si manipularan un cuerpo que ya no era el mío, pero a la vez me movía.

El tiempo se volvió viscoso. El olor a desinfectante me mareaba, mezclado de repente con algo que reconocí enseguida y que me revolvió el estómago: un olor como a quemado.
Mi respiración se aceleró.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Es normal, Emma —me respondió el doctor con tono sosegado, sin apartar la vista de lo que hacía—. Son los instrumentos cauterizando, nada de qué preocuparse.

Normal. Qué palabra tan inútil en ese instante. Nada lo era. Yo estaba abierta en canal, con un bebé dentro que aún no había visto la luz. Y, aun así, la calma de ese hombre logró apaciguar un poco la tormenta en la que me encontraba.

Después vinieron los zarandeos de nuevo. Mi cuerpo se movía de un lado a otro, como si tiraran de mí desde dentro. Sentía presión, empujones, un vaivén que me hacía apretar los dientes hasta dolerme.

Y entonces, lo escuché.

Primero un gemido débil, apenas un quejido, y después un llanto fuerte, desgarrador, el sonido más poderoso que jamás había

atravesado mis oídos. Mi corazón dio un vuelco tan brutal que tuve que contener la respiración para no romperme en mil pedazos.

—Es tu bebé, Emma. —la voz del doctor sonó triunfante, casi emocionada—. Ha nacido.

Lloré. Lloré sin poder controlarlo, con la garganta cerrada y las lágrimas corriéndome por las sienes. El llanto de mi hijo era real. Estaba aquí.

Lo vi de reojo cuando lo levantaron, cuando la luz blanca lo bañó y pude distinguir su piel arrugada, enrojecida, y esos bracitos moviéndose con furia. El tiempo dejó de existir. Solo éramos él y yo.

Unos minutos después, tras comprobar que todo estaba bien, lo acercaron a mí. Lo colocaron sobre mi pecho, envuelto en una sábana fina, pero su calor se filtró directo a mi piel. Su olor, dulce me embriagó. Sentí el contacto de su piel húmeda y suave, y me derrumbé por completo.

—Hola, pequeño… —susurré entre sollozos, casi incapaz de hablar por el nudo en la garganta.

Mi cuerpo entero vibraba con la necesidad de abrazarlo, de fundirme con él, de no dejarlo jamás. Cada lágrima que caía sobre su frente era amor puro, incondicional, un sentimiento tan gigantesco que me asustaba y me llenaba a la vez.

Lo besé con torpeza, con devoción, con miedo de romperlo. Mi hijo. Mi bebé. El milagro que había esperado tantos meses, la razón por la que había aguantado el dolor, las dudas, la soledad.

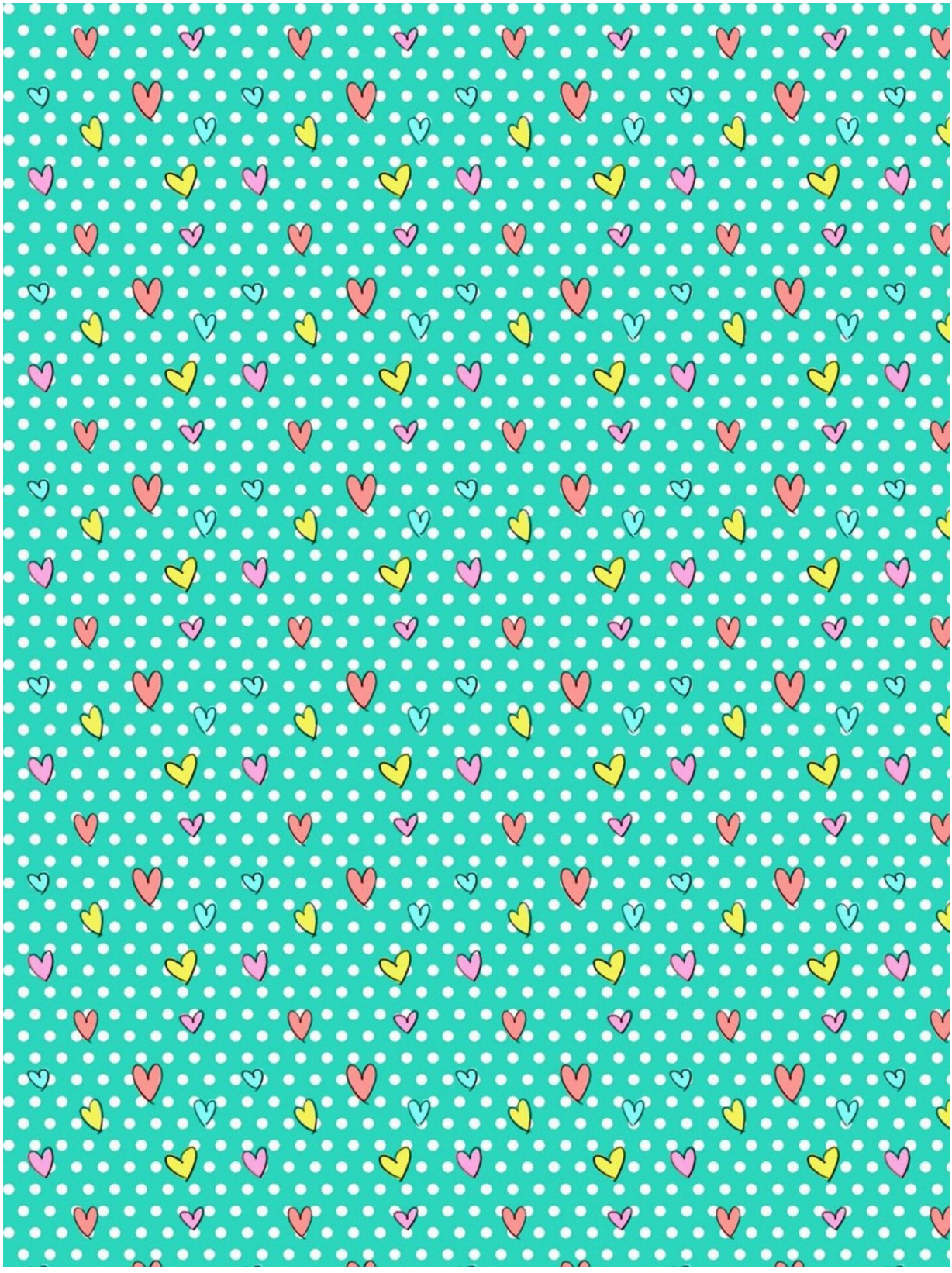
Sentí un fuego nuevo dentro de mí. La certeza de que, pasara lo que pasara, jamás estaría sola. Que nunca más sería solo Emma. Ahora éramos dos.

Me quedé observando su rostro diminuto, sus párpados cerrados, su nariz minúscula. No había vuelta atrás. No podía amar de otra forma. No podía dejar de hacerlo.

Y entre lágrimas y sonrisas, mientras las enfermeras me hablaban y el doctor daba instrucciones, lo único que repetía en mi

cabeza era: *gracias*.

Gracias por llegar. Gracias por quedarte conmigo. Gracias por salvarme.



CAPÍTULO 31

EMMA

El tiempo en la sala de espera se me había hecho eterno. Caminaba de un lado a otro, con los nudillos rojos de tanto apretar los puños, incapaz de sentarme. Cada pitido lejano, cada puerta que se abría, me encogía el corazón. Había perdido la noción de los minutos. Hasta que, por fin, una enfermera apareció.

—¿Señor Lancaster? —preguntó, buscando mi mirada.

Me giré tan rápido que casi tropiezo.

—Sí… ¿cómo están? —Mi voz sonó atropellada.

La enfermera me sonrió con dulzura.

—Felicidades. Ha sido padre. El bebé está sano y ella se encuentra bien.

Las palabras me golpearon con tal fuerza que me quedé sin habla. Solo un calor repentino me subió hasta los ojos, que comenzaron a humedecerse sin control.

—¿De… de verdad? —susurré.

—De verdad —confirmó la mujer—. Ahora la llevan a la habitación 202 para descansar. Si quiere, puede subir por el otro ascensor y los verá enseguida.

No necesité escuchar nada más. Salí casi corriendo, con el corazón desbocado. Jamás había sentido tanta prisa en mi vida.

El ascensor tardó una eternidad en abrirse. Pulsé el botón varias veces, como si eso fuera a hacerlo llegar antes. Finalmente, el sonido anunció la apertura y me deslicé dentro, apoyando la frente en la fría pared mientras cerraba los ojos. Las lágrimas cayeron sin resistencia. Había tenido tanto miedo de perderla que ahora la idea de verla viva, con mi bebé en brazos, me desarmaba por completo.

Arriba, en el pasillo, otra camilla avanzaba lentamente. Emma, pálida pero serena, sostenía entre los brazos al pequeño envuelto en mantas. Miraba a su hijo como si no existiera nada más en el mundo. El suave vaivén de la cama apenas la sacaba de ese trance amoroso en el que estaba atrapada. Hasta que, de pronto, escuchó el sonido de un ascensor abriéndose a su lado.

Y en ese instante fue cuando lo vio.

Marcus emergió de aquella puerta metálica con los ojos enrojecidos y húmedos, el pecho acelerado, el rostro completamente desbordado de emoción. Se detuvo en seco al verla. Como si todo a su alrededor hubiera desaparecido.

Emma sintió un hormigueo inmediato recorrerle la piel. No era solo alivio ni cansancio. Era algo más profundo. La certeza de que él estaba allí, de que lo compartían todo en ese instante.

Marcus se llevó una mano al rostro, intentando contener el sollozo que le explotaba en la garganta. Dio un paso hacia ella, inseguro, como si temiera que fuera un espejismo.

—Emma… —murmuró.

Ella le sonrió débilmente, y levantó un poco al bebé, mostrándoselo con ternura.

—Mira… —susurró—. Es tu hijo.

Marcus cayó de rodillas junto a la cama, incapaz de mantenerse en pie, y acarició temblando la diminuta mano del bebé. Una sonrisa trémula le cruzó el rostro empapado en lágrimas.

—Es… perfecto —dijo en un suspiro, y alzó la vista hacia Emma—. Y tú… tú eres increíble.

Ella sintió que el corazón se le encogía de pura felicidad. Se inclinó un poco, lo suficiente para que Marcus pudiera rozar su frente con la suya. En ese contacto breve se dijeron todo lo que no habían tenido fuerzas de pronunciar antes.

Por primera vez desde que el caos comenzó, Emma se sintió completa. Y Marcus, al verla allí, viva y con su hijo en brazos, supo

que ese instante era el principio de todo lo que había soñado sin atreverse a confesar.

—¿Quieres cogerlo? —le pregunto en voz baja.

CAPÍTULO 31

EMMA

Él me mira, como si no se atreviera, como si temiera romperlo. Pero finalmente lo hace. Con un cuidado que nunca habría esperado de Marcus Lancaster, desliza sus brazos bajo el cuerpecito y lo sostiene contra su pecho. Su rostro se transforma en algo que no puedo describir: devoción pura.

—Pequeño… —murmura, inclinando la cabeza sobre él—. Mi pequeño.

El mundo se me deshace. Nunca imaginé que escucharía esa palabra en su boca, pronunciada con tanta ternura. Lo observo, con el corazón hecho trizas, mientras Marcus mece al bebé suavemente, como si lo hubiera hecho toda la vida. Y entonces lo dice otra vez, pero mirándome a mí.

—Gracias, pequeña por este regalo. Mi pequeño.

Esas palabras me queman por dentro y siento las lágrimas rodando por mis mejillas. Me aferro a la imagen que tengo frente a mí: Marcus con mi hijo en brazos, Marcus convertido en algo que jamás pensé que sería… un padre.

Y en ese momento lo sé. Da igual todo lo que haya pasado, da igual cuánto haya dolido. No puedo luchar contra lo que siento al verlo así.

CAPÍTULO 32

MARCUS

La tenía frente a mí, con el bebé dormido entre sus brazos, y juro que nunca en mi vida había visto nada tan perfecto. Ni los contratos, ni los edificios que llevaba mi nombre, ni los millones en mis cuentas… nada valía la pena comparado con esa imagen. Emma, agotada pero hermosa, con el cabello revuelto cayéndole en la frente y esa sonrisa cansada que me desarmaba entero.

Y entonces lo supe: ya no podía callarme más.

Respiré hondo, intentando que mi voz no temblara, pero la garganta me ardía de tantas cosas no dichas. Me senté a su lado, lo bastante cerca como para sentir su calor, lo bastante lejos como para no asustarla con la intensidad de lo que estaba a punto de soltar.

—Emma… —su nombre salió de mis labios como una súplica—. He sido un imbécil.

Ella alzó la vista, sorprendida, y negó con la cabeza enseguida.

—Marcus, no… no hace falta. Ya está, todo esto… todo lo pasado, no…

Le tomé la mano antes de que terminara. La apreté con suavidad, obligándola a mirarme a los ojos.

—Sí hace falta. —Mi voz salió grave, cargada de esa verdad que llevaba meses quemándome por dentro—. He sido un estúpido, arrogante, un hombre que creyó que podía controlar lo que sentía, que podía alejarte para no hacerte daño. Y lo único que conseguí fue dañarte más.

Ella abrió la boca, quizá para detenerme de nuevo, pero levanté la otra mano y acaricié su mejilla con cuidado, como si fuera

de cristal.

—Por favor… déjame decirlo. Necesito que lo escuches.

Sus ojos brillaban, y ese brillo me dio valor.

—Te amo, Emma. —Las palabras salieron desnudas, sin barreras, sin coraza—. Te amo desde el primer instante en que discutiste conmigo como si no te importara quién era yo. Te amo por tu valentía, por tu forma de reír, porque me haces sentir que no soy ese hombre vacío que todos creen conocer. Me enamoré de ti sin quererlo, sin saberlo, y pasé siete meses de mi vida maldiciéndome por no tenerte a mi lado.

Tragué saliva, notando cómo el corazón me golpeaba el pecho como queriendo salirse.

—He intentado olvidarte, lo juro. He intentado llenar el vacío con cualquier cosa: con trabajo, con mujeres que no significaban nada, con mi ego de mierda… y todo ha sido inútil. Porque cada vez que cerraba los ojos aparecías tú. Porque cada risa tuya me persigue. Porque incluso tu enfado, tus sarcasmos, tus pullas… los necesito, Emma.

Ella sollozó bajito y trató de apartar la mirada, pero no lo permití. Incliné la frente contra la suya, dejé que sintiera mi respiración mezclarse con la suya.

—He fallado, sí. Te fallé cuando más me necesitabas. Y me odio por ello. Pero si me das una oportunidad, solo una… te prometo que pasaré el resto de mi vida demostrándote que puedo ser mejor. Que puedo ser el hombre que mereces.

El bebé se movió ligeramente en sus brazos y yo bajé la vista, emocionado, viendo ese pequeño rostro arrugado que era parte de los dos. Una lágrima me cayó por la mejilla y no intenté ocultarla.

—Nuestro hijo merece un padre que ame a su madre. Y lo tendrá. Porque no solo soy su padre, Emma. Soy un hombre que daría todo, absolutamente todo, por verte sonreír cada día de tu vida.

Ella dejó escapar un suspiro, y cuando volvió a mirarme, vi el torbellino de emociones en sus ojos.

—Marcus… —susurró, pero no llegó a terminar.

No le di tiempo. Apreté su mano, bajé mi boca hasta la suya y la besé. Un beso lento, profundo, lleno de cada palabra que no había sabido decir durante meses. Ella respondió con la misma necesidad, con la misma entrega, y en ese instante supe que no había vuelta atrás.

Cuando nos separamos, la miré con la certeza más clara de toda mi vida.

—Te amo, Emma. Y no pienso volver a dejarte escapar.

Su sonrisa, húmeda de lágrimas, fue la respuesta más hermosa que podría haber soñado. Y en ese instante entendí que, por primera vez en mi vida, había encontrado lo único que realmente importaba. El amor.

EPÍLOGO

Habían pasado tres días desde que salimos del hospital y aún me costaba creer que todo era real. Que estábamos en casa de Marcus, que nuestro hijo dormía plácidamente en la cuna portátil del salón y que las dos mujeres más importantes de nuestras vidas lo miraban como si fuese un unicornio recién llegado de un mundo mágico.

La madre de Marcus tenía las manos juntas bajo la barbilla, los ojos húmedos como si cada respiración del bebé fuese un milagro. Mi madre no se quedaba atrás; lo acariciaba con un dedo, temblando de emoción, como si temiera que se deshiciera en sus brazos.

Desde la cocina, apoyada contra la encimera, los observaba con ternura. Marcus se acercó por detrás, rodeó mi cintura y dejó un beso lento en mi cuello.

—Si siguen así, nunca nos lo van a devolver. —Su voz ronca me erizó la piel.

Me reí bajito, pero él no se conformó. Sus manos descendieron, atrevidas, hasta mi trasero, y lo apretó con descaro.

—Aprovechemos que tenemos dos niñeras gratuitas. —Su susurro era puro fuego.

Me giré horrorizada, mirándolo con los ojos como platos.

—¿¡Estás loco!? ¡Nuestra familia está a unos metros!

Marcus sonrió de esa forma arrogante que me sacaba de quicio y al mismo tiempo me derretía.

—Precisamente. Están tan ocupadas suspirando que ni notarían que desaparecemos un rato.

Le di un manotazo en el pecho, aunque mi sonrisa me delataba. Él se inclinó para robarme un beso más, largo, juguetón, de esos que me hacían olvidar cómo se respiraba. Cuando por fin nos separamos, suspiré resignada y tomé la jarra de limonada que había preparado.

—Ni se te ocurra. Vamos al salón antes de que se den cuenta de algo.

Él gruñó como un adolescente frustrado, pero tomó los vasos y me siguió.

Las abuelas apenas levantaron la vista cuando nos unimos a ellas. Seguían absortas con el bebé, como si fuera la primera criatura en la historia en abrir y cerrar los ojos. Marcus y yo nos miramos y rompimos a reír en silencio.

Y justo entonces llamaron a la puerta.

Marcus arqueó una ceja, pues no esperábamos más visitas. Se dirigió a la puerta, nada más abrir vi a Dylan, Tessa y detrás de él apareció Liam, el pequeño de los Lancaster, con esa sonrisa traviesa que enamoraba.

—Espero no llegar en mal momento —bromeó Liam, dejando un paquete envuelto sobre la mesa.

—Nunca es mal momento si traes regalos. —contesté divertida.

A Liam le siguió Tessa, siempre radiante, con un guiño cómplice que me arrancó una carcajada.

Pronto el salón se llenó de conversación, risas y el clásico caos familiar: Dylan preguntando detalles sobre el parto que nadie quería responder, Tessa burlándose de Marcus por la cara de pánico que puso cuando vio al bebé por primera vez, y Liam, recostado en el sofá, disimulando el aburrimiento mientras en realidad observaba cada detalle.

En medio de una de esas conversaciones cruzadas, Liam alzó la voz:

—Por cierto… ¿alguien sabe algo de Lara?

El silencio fue breve, apenas un par de segundos, antes de que yo sonriera.

—Me acaba de llamar hace unas horas. Creo que está de camino.

Liam se removió en su asiento, incómodo de repente, y anunció que tenía que marcharse. Dylan lo miró divertido, pero no dijo nada.

Liam llegó hasta la puerta, la abrió con decisión… y se congeló.

Allí estaba Lara, apoyada con desparpajo contra el marco, con el cabello suelto y una sonrisa que era pura dinamita.

—Vaya, vaya… —dijo con voz melosa y una ceja arqueada—. Pero si tenemos aquí al escapista número uno.

Liam palideció.

El resto, incluidos Marcus y yo contuvimos la risa.

Liam se queda quieto. Por un segundo, su instinto es retroceder. Otra vez. Pero el orgullo masculino lo ancla. Se acomoda la chaqueta, inclina un poco la cabeza y murmura:

—Lara. Siempre tan… directa.

Ella arquea una ceja.

—Y tú siempre tan cobarde. Aunque me sorprendes, tú eres más de huir por otra puerta, ¿no?

Un murmullo se escapa del salón, voces curiosas que no entienden la electricidad que se acumula.

Yo sonrío con disimulo, Tessa contiene la respiración, Dylan rueda los ojos. Pero ninguno interviene.

Liam respira hondo, pero con dificultad como si el aire se le atascara en el pecho.

—No creas que fue fácil —dice en voz baja, casi como si hablara solo para él.

Lara cruza los brazos, adelantando un pie para no dejarle escapar.

—¿Difícil? Una cita de récord Guinness. Por lo rápida que fue.

Él traga saliva. El recuerdo le golpea de lleno: la mesa iluminada por velas, su risa clara, el sabor de su boca aún fresco en sus labios… y después, el miedo irracional que lo hizo levantarse y largarse como un idiota.

—Me equivoqué —admite Liam, aunque su tono es más ronco de lo que quisiera.

Lara lo mira como si acabara de decir la obviedad del siglo.

—¿Sabes? Me importa poco.

Él da un paso hacia ella, invadiendo su espacio, lo suficiente para que el perfume de ella lo golpee de lleno. Un olor dulce, con un toque cítrico, que le recuerda demasiado al momento en que la tuvo entre sus brazos.

—No he dejado de pensar en ti desde entonces —confiesa, bajando la voz.

Lara, aunque por dentro se le eriza la piel, arquea una ceja con ironía.

—Qué bonito —Se burla ella.

Liam sonríe.

—Tal vez no huya esta vez.

Ella lo mira, desafiante, y con un leve temblor en sus labios.

—Pues claro que no, estúpido, porque no va a ver otra vez.

La electricidad entre ambos es tan evidente que cualquiera en el salón podría encender una bombilla con ella.

Emma que no deja de mirarlos no aguanta más y suelta un carraspeo exagerado.

—¿Os traigo un cronómetro para medir cuánto tardáis en volver a discutir? —dice gritando para que la escuchen.

Tessa la golpea suavemente en el brazo, pero también sonríe. Dylan, por su parte, se pasa la mano por la cara y masculla:

—Esto va a ser un desastre.

Pero tanto Liam como Lara no escuchan nada. Solo se miran.

EL PROBLEMA ERES TÚ

Liam Lancaster huyó en su primera cita, asustado por la intensidad de lo que sentía tan rápido. Ella, por su parte, jamás le perdonará haberse esfumado justo cuando todo empezaba. Pero el destino, travieso como siempre, los obliga a reencontrarse… y esta vez no hay escapatoria: deben cuidar del bebé de Marcus y Emma juntos.

Entre pañales, llantos y noches de vigilia, las chispas vuelven a saltar. Cada roce, cada mirada, se convierte en un juego peligroso.

Lara intentará mantener la distancia, pero Liam no está dispuesto a rendirse, y hará lo imposible para que ella le dé una oportunidad, aunque signifique romper sus propias reglas.

Humor, picardía y pasión se mezclan en esta historia donde un bebé se convierte en el cómplice más travieso de un romance imposible de ignorar.